

Entrecortado y dichoso, apenas detenido en una noche, el primer viaje que hicimos desde Buenos Aires a Mendoza, surge en mi memoria como si recuperase un paisaje a través de una ventanilla empañada.

Apoyados en un miedo, mis cinco años alcanzaron a retener la tarde en que llegamos a Monte Comán, para pasar una noche y proseguir, a la mañana siguiente, hacia nuestro destino.

El hotel disponía de escasas habitaciones, y fue necesario que durmiésemos todos -mis padres, Eduardito, nosotras cinco, la institutriz, la niñera- en tres dormitorios estrechos, pero ni ésta ni cualquiera otra incomodidad hubiese podido aminorar el entusiasmo que provocaba en nosotras el acontecimiento de cenar, con los mayores, en el comedor de un hotel.

Las cinco, vestidas de marinera blanca, lo aguardábamos con tal impaciencia, que nos parecía que la madre tardaba mucho en arreglarse, que la niñera tardaba más que otras veces en acostar a Eduardito.

Cuando, por fin, entramos al comedor, vimos una sola mesa ocupada por una pareja, y poco después de sentar-

nos, oímos que el mozo le decía a mi padre en un tono confidencial:

—“Es el empresario del circo, acompañado de la mujer más fuerte del mundo. Todas las noches levanta tres hombres con los dientes.”

Los cinco pares de ojos agrandados por la curiosidad, se fijaron, simultáneamente, en la pareja. Como me encontraba de espaldas, tuve que darme vuelta para contemplar a la mujer. Mientras la miraba, creí percibir que su cuerpo, que su fealdad, aumentaban poco a poco, y me pareció incomprendible que el empresario pudiera reírse, verla comer, hallarse tan tranquilo junto a ella.

Mi padre, ubicado frente a mí, ordenó que me sentara bien, pero antes de obedecer observé que la mujer se sonreía conmigo, y como no me animara a responderle, me apresuré a darme vuelta para proseguir comiendo.

Yo nunca había estado en un circo y me era imposible imaginar que una mujer colgara tres hombres de sus dientes. Mientras me inclinaba sobre el plato, esa sola idea provocaba en mí una oleada de miedo que me subía por las piernas, que no conseguía detener. Pensé que, tal vez, la mujer se hubiese contrariado por no haber correspondido a su sonrisa, y que aprovecharía la primera ocasión para asirme con sus dientes. Como me encontraba de espaldas, me era imposible vigilar si se levantaba de su mesa para acercarse a la nuestra. Paulatina, inconteniblemente, el terror asumió tales proporciones que, casi llorando, le supliqué a la madre que me dejara sentar a su lado.

Esa noche tuvimos que esperar, para dormirnos, a que el cansancio mitigara la certidumbre de que la mujer del circo ocupaba un cuarto a escasa distancia de los nuestros; y a la mañana siguiente, ubicados en dos breaks —mis padres con Eduardito y la niñera, en uno; la institutriz con nosotras cinco, en el otro— partíamos hacia el pueblo vecino.

Después de tres horas de barquinazos, vadeamos un arroyo. Antes de que nuestro coche descendiera al agua oscura, miramos, con un gesto de desamparo hacia el delantero, para aferrarnos a la madre, quien inclinada so-

bre Eduardito no apartaba sus ojos de nosotras, mientras el chapoteo de los caballos salpicaba nuestros vestidos blancos y el agua casi cubría el eje de las ruedas. Acurrucadas, procurábamos distraer nuestro miedo acariciando a los perros que se escondían detrás de los asientos. Al llegar a la orilla opuesta, experimentamos un pequeño regocijo que luego habrían de proporcionarnos siempre los restos de barro que desprenden las ruedas, el trote aligerado de los caballos después de atravesar un camino pantanoso y difícil.

Antes de que atardeciera, divisamos la vieja casa donde debíamos instalarnos hasta que terminaran de edificar la nueva. Un matrimonio puntano nos recibió en el portón del jardín. La mujer llevaba un vestido con una enorme cola floreada que supusimos habría sacado de algún baúl para conferir mayor realce a su recibimiento, pero que no se quitó durante el mes y medio que permanecemos allí.

A la hora de la cena, fue preciso que encendiéramos una cantidad de lámparas y de velas, para vigilar las paredes pobladas de arañas y de vinchucas, lo cual no impidió que, al menor roce del zapato contra la silla, diésemos un salto, seguras de que una laucha nos trepaba por una pierna.

Mientras habitamos la casa vieja nos impusimos el hábito de llegar fatigadas a la noche, para dormirnos en el acto y sobrellevar, el menor tiempo posible, el miedo a las alimañas que se cobijaban en ella. De día, después de recorrer la quinta, trepábamos a los árboles, subíamos a los techos anochecidos de enredaderas, en busca de murciélagos, y si conseguíamos atrapar alguno, lo encerrábamos en una jaula.

Inmóviles, suspendidos de uno de los alambres, nos parecían trapitos oscuros y arrugados. Otras veces, creíamos que los murciélagos lloraban ocultando la cara, y después de sacarlos de la jaula, los poníamos sobre una rama para que se volaran.

Yo no les tenía ningún miedo, ninguna repulsión, en ese tiempo, pero cuando nos trasladamos de esa casa ló-

brega -llena de partes desunidas y misteriosas- al gran caserón que nos habían construido, los vi tan apretados a las paredes claras, su vuelo era tan silencioso y como de algodón húmedo junto a las ventanas abiertas, que me bastó imaginar la posibilidad de que me rozaran una mejilla, para tomarles una aversión definitiva.

La veo ribeteada de una ternura que nadie podría tocar sin deshacerle algo, sin agregarle más gracia de la que era necesaria y real.

Montaba su caballo, vestida con esos faldones amplios, opacos, que se usaban en aquella época.

La veíamos toda entera de un lado del caballo, la cara escondida bajo el ala del chambergo negro. Del otro, una sola mano enguantada; el perfil tan claro, como si de pronto se acercara a una lámpara.

Parecía que toda la figura hiciera contrapeso, desde un flanco del caballo, al otro, al luminoso, al íntegro de su rostro. Montando así, nos alcanzaba una doble dulzura: podíamos verla de un costado, del costado de la sombra, del menos conocido, y del otro, en donde estaba toda, la recuperábamos intacta, idéntica al panorama de cariño que nos mostraba todos los días.

Mi padre al levantarla hasta la montura, sólo necesitaba juntar las manos para que ella apoyara un pie. La madre subía y, de inmediato, ya lista, se quedaba atenta esperando. Todos sus gestos, aunque fueran nuevos, vivían enseguida un paisaje habitual.

Mi padre hacía avanzar su tordillo, y al infligirle con su bota pequeños golpes en las patas, el caballo estiraba las delanteras y las posteriores en direcciones opuestas, hasta que la montura descendía a un nivel en que no era necesario emplear los estribos.

En semicírculo, nosotras comentábamos la actitud sumisa y obediente del caballo, y después de proporcionarnos ese espectáculo, se alejaban con un trote lento.

El lado resplandeciente de la madre desaparecía, y sólo nos quedaba el menos familiar, el más austero. Al acercarse a los primeros álamos que limitaban la quinta, recién sentíamos que algo nos faltaba. La barba rojiza de mi padre era lo único que divisábamos.

Ahora sé que el otro lado de la madre, el luminoso, iba muy cerca suyo.

- Tres ventanas dan sobre mi niñez. La primera corresponde al escritorio de mi padre. Las pocas veces que entramos en ese cuarto, nos sentimos algo cohibidas frente a los muebles severos, de cuero frío y resbaladizo, y las paredes cubiertas de planos y mapas de distintos países. Presentiamos que allí sólo se llegaba para conversar de cosas serias o cuando era necesario despedir a algún peón, a algún sirviente. De su mesa de trabajo sólo recuerdo el enorme globo terráqueo que, a veces, mi padre hacía girar ante nosotras para que descubriésemos, de inmediato, a Noruega e Irlanda. En un armario se amontonaban flechas, arcos, pipas y collares que los indios le habían regalado en sus diversas expediciones y que nos permitía curiosear de vez en cuando.

Al irnos a dormir divisábamos, desde nuestras puertas, una raya de luz, poco confortable, poco llamativa, en el umbral de la suya. Era la hora en que mi padre escribía, y sólo la madre, con su dulzura permanente, solía entrar para conversar con él.

Cuando su ventana se ilumina, de pronto, y se queda inmóvil en algún recuerdo, me parece que tiene la tristeza de esos encabezamientos de cartas, interrumpidas no se sabe por qué motivo, y que uno encuentra, mucho tiempo después, en el fondo de algún cajón.

La ventana de la madre era más acogedora. Pertenecía a un cuarto de costura. En las casas donde hay muchos chicos, los cuartos de costura siempre son los más dulces, los más buscados. Ante los costureros desbordantes de cintas y puntillas contemplábamos, con frecuencia, ropita que no era de nuestro tamaño. Nunca pensamos que alguien podría llegar, de repente, después de nosotros. La madre pasaba largas horas en el cuarto de costura, tejiendo o bordando cosas minúsculas. En ese cuarto parecía más accesible, más dispuesta a que se le contara todo, de tal modo que al llegar, las menores, a los trece o catorce años, comprendimos que hubiera sido más fácil decirle, allí, el miedo, la vergüenza, la fealdad, la tristeza de esa edad incómoda. Las tres mayores lo alcanzaron. Susana y yo no tuvimos esa ternura: una ventana tan escondida, una luz tan adecuada para disimular el rubor, las ganas de llorar y el encono, la sensación de sentirse separado de los otros por una enfermedad contagiosa. Su ventana mantuvo siempre la luz que conviene a los niños. No he visto otra, después. Los niños llegan a cuartos donde no se les espera, cuartos no contruidos para ellos; se les confecciona la ropita en patios desnudos, en dormitorios habituados a otras presencias, a otras ternuras, a otros recuerdos, o a la hora del té, mientras se conversa con las visitas, en ratos de ocio que distraen cualquier fervor. He visto tantas mujeres que no cambian el tono de su voz, que continúan ejecutando los mismos gestos, permitiendo bromas sobre su aspecto o procurando disimularlo, mirando la vida sin mayor o menor desgano, como si lo que llevaran dentro no les bastara para comprender que viven el enorme regocijo de tener un niño; como si un niño que ha de nacer entrara en el plan de cada día y no hubiera que apartar todos los días y todas las noches que dura esa espera, para poder hablar de ella, más tarde, con un gesto separado del que se emplea al comentar los demás acontecimientos.

Mi madre era diferente. Mi madre no tejía los escarpines ni los mantillones en los ratos de ocio. El ocio lo constituían las otras cosas. Vivía la responsabilidad de lo que esperaba y lo esperaba todo el día, toda la noche. Al entrar a ese cuarto, impregnado de ternura, era como si cambiase

de aire, de gestos. Todas las veces esa pieza, para coser cosas chiquititas, tenía esa mirada un poco agrandada y triste, de tanto mirar hacia adentro, como la que he visto, después, en los que han estado mirando el mar. Cuando jugábamos en el jardín, su lámpara, un poco soñolienta en invierno, nos aseguraba su presencia. Ignorábamos que de un día para otro habría otro nombre en la casa, otra boca que besar antes de acostarse.

La tercera ventana era la de Irene. Yo siempre tuve por ella un poco de admiración y un poco de miedo. Me llevaba seis años. A veces le permitían que se sentara a la mesa, en el comedor grande, cuando las visitas eran de confianza. Mis hermanas mayores hablaban de ella, en voz baja. Le habían sorprendido secretos y, al comentarlos con un tono regocijado y misterioso, se hallaban muy lejos de creer que pronto les llegaría el turno también a ellas. Susana y yo, las menores, no éramos suficientemente perspicaces para adivinar el motivo de esos largos cuchicheos. Una tarde las oí hablando de pechos. Cuando lo pienso, comprendo el miedo que habrá sentido, solita, la primera, al ver que su cuerpo se curvaba, que la caja torácica perdía su rigidez, que los senos comenzaban a doler y a moverse imperceptiblemente.

De su ventana, siempre esperábamos las más grandes sorpresas. Irene nos hablaba de raptos, de fugas, de que alguna mañana se iría con su bultito de ropa, como Oliver Twist, porque en casa no la querían, o porque alguien la aguardaba afuera. Quizá por eso su ventana siempre me pareció misteriosa.

Una noche, cuando todas nos hallábamos acostadas, Irene vino hasta mi cama, para despedirse. Envuelta en una manta, traía un atadito de ropa al brazo. Me habló con voz compungida y me anunció que se marchaba porque nosotros la tratábamos mal y era muy desdichada.

Yo pensé enseguida en la ventana. Pensé que había llegado el momento. Me levanté y la seguí, llorando. Mucho rato después, los labios de Marta, arrepentidos, me dejaron entrever que era una farsa.

Entonces su ventana desapareció, despacito, hasta parecerse a las otras.

Marta
Sangre - temidas

Era cuatro años mayor que yo. Parecía que la encontrá-
bamos siempre mucho antes que a las otras y que siempre
estuviese como esperando.

Se mordía los labios hasta hacerlos sangrar y, despacito,
se arrancaba con las uñas todo el pellejo de las manos. La
retengo aún en esa actitud que solía producirnos un estre-
mecimiento: una mano abierta, la otra encima de ella a todas
horas, moviéndose tan sigilosamente que nadie hubiera no-
tado el desgaste fino de los dedos sobre la piel ya deshilachada,
hasta que, por fin, un surquito de sangre -debido a un gesto
demasiado nervioso-, le hacía fruncir el ceño, para volver, de
nuevo, sin decir palabra, a tironear un pellejo menos sensi-
ble con una mano cautelosa y como displicente.

Siempre recordaré sus manos. Con todo el pellejo levan-
tado, se parecían a las hojas de un libro que se ha leído
muchas veces y que tienen los bordes curvados hacia atrás.
Ignoro cómo soportaba el contacto de las cosas, el roce de la
ropa, de su propia carne. Despreocupada, apática, seria, su
infancia era el mundo reconcentrado de alguien que espera,
sin ayudar a lo que debe venir.

✓✓ Mi padre, sabiendo que desconocía el reloj, la obligaba a
estudiarlo todos los días. Sin sollozos, casi sin lágrimas, que-

ta, Marta lloraba cubriéndose la cara con una mano abierta.
Entre los dedos extendidos y separados, alcanzábamos a divi-
sar un ojo mojado, un pedazo de nariz, un ángulo de la boca.

Algunas veces se despojaba de su apatía y se entretenía
solita. Una noche comenzó a ponerse todas las enaguas al-
midonadas, llenas de pliegues y volados, que se usaban en
ese tiempo. Poco a poco su figura se fue ensanchando hasta
que su pequeña cabeza llegó a ser un punto rubio sobre un
enorme miriñaque. Cuando la madre vino al cuarto, como lo
hacía todas las noches, para tapanla bien, la encontró ex-
hausta, dormida sobre su cama, extraviada en un laberinto
de moños y de puntillas.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, no oyó
ninguna broma. Había recobrado su aspecto serio y alejado.
Una mano estirada debajo de la mesa; la otra, despacito,
hormigueándole entre los dedos.

Nada hubiera resultado más fácil que prever cómo sería cuando fuese mayor.

Siempre dispuesta a ayudarla en algo, seguía a la madre por toda la casa procurando copiar sus gestos, hasta que llegó; paulatinamente, a parecersele en todo. Cuando la madre se entretenía barriendo las hojas secas del jardín, Georgina aguardaba atenta, con la pala, para recoger los pequeños montoncitos sin que la madre se molestase en llamarla. Nosotras nos aproximábamos, algunas veces, y en voz bien alta insinuábamos que era la preferida, para que la madre protestara afirmando que nos quería a todos por igual. Luego, como si sólo comprobáramos un hecho, agregábamos más bajo: —No tanto como a Eduardito —porque, además de ser el único varón, era el menor y sospechábamos que su ternura no podría negar, con idéntico énfasis, una verdad tan dichosa y natural.

Cuando vislumbro la figurita pulcra y reposada de Georgina, no puedo dejar de compararla con uno de esos niños esmerados que tienen buena letra y que antes de leer sus libros los forran con papel maderado. Su prolijidad llegaba al extremo de instigarla a dormir de espaldas, con los brazos a lo largo del cuerpo, para no arrugar las sábanas. De las cin-

co, era la única que, al desvestirse se preocupaba de que la ropa estuviese bien dispuesta sobre la silla, y cuando fuimos mayores, solamente ella poseía un vestido distinto para todas las ocasiones, un traje para días de lluvia, un tapado de medio tiempo. Nosotras leíamos en la cama, o tiradas en el primer sitio que halláramos; Georgina se sentaba derechita junto a una mesa y sólo apoyaba los brazos. Obtenía casi todos los premios con que mis padres recompensaban, al final del año, a quien se hubiese comportado bien y hubiese observado los mejores modales. Nunca ponía los codos sobre la mesa —sacrilegio en que incurriamos a menudo— y nos asombraba que emplease los cubiertos con esa soltura que a nosotras nos parecía tan difícil de adquirir.

Una tarde —apenas contaba siete años— se empeñó en manejar la rueda de la máquina de lavar: una enorme máquina compuesta de un recipiente octogonal para remover y enjabonar la ropa, y dos cilindros superpuestos, entre los cuales se escurrían y se planchaban los manteles y las sábanas. Apenas existía espacio entre los cilindros para introducir un mantel doblado en cuatro.

Al pretender ayudar, Georgina introdujo el borde de una sábana entre los dos cilindros. La lavandera hizo girar la rueda sin fijarse en los dedos que se hallaban demasiado cerca. Oímos un grito. La mujer, fuera de sí, no atinó a dar marcha atrás, hasta que la madre, enloquecida, apartándola convulsivamente, imprimió un movimiento a la rueda en dirección contraria. Recién entonces Georgina pudo retirar la mano; pensé que se le habrían aplastado los huesos hasta hacerse polvo, que le quedaría tan chata y tan blanca como un guante sin estrenar.

Georgina lloraba con una desesperación desconocida, mientras aprontaban el coche para llevarla a la farmacia del pueblo. Un poco alejada, observé cómo los sollozos descomponían, por primera vez, su figura derechita y prolija, y en tanto que las hermanas intentaban consolarla, alguien le mantenía la mano en alto.

Antes de que subiera al break, me pareció que debía acercarme. Pensé que acaso mi alejamiento les produjera extra-

ñeza o creyesen que no me condolía, como ellas; pero, desde pequeña, cuantas veces ha ocurrido algo grave entre personas que me son familiares, no he logrado librarme de la sensación incómoda de que ninguno de mis gestos pasa inadvertido, de que alguien siempre me está mirando. Más tarde comprobé que todas éramos iguales.

Cuando resolví aproximarme, lo hice con un miedo horrible, y recién, muy de cerca, miré el dedito. Era imposible verificar la huella de los cilindros, el dedo chato, acaso separado de la mano. La sangre lo oscurecía todo. Al comprobarlo, casi me alegré, porque así su dolor no me dolía tanto.

Desde muy pequeña me gustaba mirar con mucho detenimiento a la gente. A los seis años, ésta ya era una costumbre bien arraigada en mí. Después me reía; me reía tanto, que la madre hubo de prevenir a los que visitaban la casa que yo era muy "cheeky". Aunque, en inglés, esto quiera decir insolente, yo sé que no era insolencia ni agresividad, porque ese hábito me siguió hasta que tuve más años y pude analizarlo.

Al clavar los ojos en las personas que venían a vernos —el cura párroco, el médico del pueblo, el Obispo de X, todos los visitantes que debían ser huéspedes de nuestra casa— me imaginaba su perfil por dentro. Era como si me introdujera en la persona, físicamente, pero sólo en la cara. Delante de un jorobado o de un manco, nunca sentí esos deseos de reconstruir su figura con mi propio cuerpo. ¡Pero el perfil...! Esos perfiles quietos que, de repente, tienen una curva para todas las lágrimas; esos perfiles que siempre se atisban detrás de un vidrio empañado, o esas caras que parecen hechas, especialmente, para atraer a las moscas. ¿Por qué será que las moscas siempre se posan sobre el rostro de alguien no muy querido...? ¿O es que no se advierten en los que están más cerca?

A los seis años yo me reía si observaba una curva pronunciada en la nariz de cualquiera de los hombres importantes que pasaban por mi casa, y me escurría adentro de sus caras, colocando mi cuerpo adentro de sus rostros para adaptarlo a sus contornos.

A veces me hallaba de rodillas, con los brazos abiertos: era el rostro del cura párroco, la nariz estirada, recta, las cejas apenas pronunciadas. Otras veces me inducía en la cara del médico principal. Entonces era necesario que me sentase a la turca, para formarle la nariz abierta; las puntas de mis pies bastaban para dibujarle la boca casi inexistente; los brazos doblados equivalían a sus ojos pequeños.

El ingeniero Bok, de barba cuadrada y rojiza, requería un sacrificio mayor. Debía de instalarme cabeza abajo, para que mis cabellos le formaran la barba; las manos apenas unidas en la espalda, las piernas dobladas, formando ángulo obtuso con el cuerpo, para imprimirle a sus ojos esa pequeña tirantez que le subía las cejas más arriba de lo normal.

Este pasatiempo duró varios años. Después alguien me dijo que por el perfil se conocía a las personas, y al confesarle que yo procuraba siempre deslizarme dentro del perfil de los otros, me contestó, muy serio, que el perfil debe decirlo todo desde afuera. Pero no le hice caso, porque me pareció muy poco entretenido.

Una tarde —ya contaba once años— quise introducirme en la cara de cierta persona para formarle las facciones con mi cuerpo. Tuve que construir muchas figuras imaginarias, muchos brazos caídos, muchas piernas enredadas. Cuando lo conseguí, el resultado era tan terrible que me dio miedo.

A los dos meses, esa persona murió. La imaginé dentro del ataúd en la postura que yo le construí y que había sido como un presagio.

Desde entonces, al mirar a un desconocido, la costumbre me doblaba el cuerpo, lentamente, para escurrirme dentro de su rostro; pero el juego ya no me traía ninguna satisfacción, ningún regocijo, y terminé por abandonarlo.

Debido a una enfermedad bastante grave, al cumplir los cuatro años, Susana se olvidó de caminar, y sólo después de algún tiempo fue aprendiendo, de nuevo, a manejar las piernas. Siempre de mal humor, se enojaba por cualquier contrariedad; era preciso sostener una lucha cada vez que el médico necesitaba auscultarla, y al rogarle que le mostrara la lengua, accedía después de mucho esperar, pero imprimiéndole un movimiento de rotación que dificultaba su examen.

A la hora del desayuno, todas dependíamos de su estado de ánimo.

—“¡Yo quiero llorar!” —gritaba, de repente, y por más que alguien se apresurase a impedirlo, prorrumpía en un llanto inconsolable. La madre procuraba calmarla humedeciéndole la nuca con una esponja mojada.

—“¡Ahora quiero reír!” —y acto continuo, se distendían todos los rostros ante ese cambio satisfactorio.

—“¡Ahora quiero llorar!” —así, sucesivamente, durante dos o tres meses en que sufrimos la inestabilidad de su barómetro anímico, sin decir palabra. Cualquier enojo la perjudica-

ba tanto, que no quedaba más remedio que obedecerla. Salvo que nos era imposible llorar sin motivo, y muchas veces, apenas lográbamos disimular nuestra impaciencia ante sus ojos azules, tremendamente abiertos, y la impetuosidad rojiza de su cabellera.

Mientras tuvo que guardar cama solicitaba, continuamente, la presencia de la institutriz.

—“¡Quiero que venga Lala!” —así disminuía el nombre misterioso y familiar de Miss Whiteside.

Cuando Lala aparecía, ordenaba, a los gritos, que se fuera y, con el mismo tono intempestivo, repetía su orden a la una, a las dos, a las tres de la mañana, hasta quedarse dormida. Sin la menor impaciencia, con una suavidad inalterable, la institutriz siempre se presentaba a su llamado.

—“¡Póngame la muñeca allí! ¡Ahora sáquela! ¡No la quiero ver! ¡Váyase! ¡Váyase pronto! ¡Quiero llorar!”

Miss Whiteside se marchaba. A las dos noches de esa tarea espeluznante, optó por sentarse detrás de un biombo, y apenas conseguía dormitar cuando la voz, desde la cama, repetía su mandato.

—“¡Quiero que venga Lala!”

Miss Whiteside surgía de atrás del biombo y luego, a la contraorden, se esfumaba despacito, sobre sus tacos de goma, para tratar de dormir en su escondite.

Las manos pesadas y parsimoniosas, como si toda la vida dependiera de uno de sus gestos, movía los brazos, uno después del otro, hasta cuando necesitaba emplear los dos para levantar algún objeto. Al estrechar a alguien, el brazo derecho llegaba un instante más tarde, como si vacilara primero y luego, arrepentido, se apresurase a subrayar el afecto. Cuando pedía un vaso de agua, no la tomaba como los otros, de golpe, sino a pequeños sorbos, apartando el vaso de la boca —como si la probara— cada vez que bebía un trago. Si era necesario que dijese la palabra “mucho” —mucho calor, muchas gracias— se quedaba atónito, en actitud de ofensa; luego, en voz más baja, repetía: “mucho, mucho”.

Cierta vez una mosca se quedó quieta sobre su brazo desnudo. Los dos la vimos, pero me extrañó que no la espantara y aguardé unos minutos para ver qué sucedía. De repente me dijo, con esa voz insegura de los que están a punto de llorar:

—“Váyase, niña. Creo que la llama la señora...”. Yo pensé que quería comerse la mosca.

Ocupaba un cuarto cerca de nuestra quinta y lo llama-

ban cuando era necesario recoger la fruta o podar los árboles. Al cortar una rama, la miraba un ratito y luego, desviando los ojos, la dejaba caer. Por más que alguien le insinuase que se apurara, se hacía el distraído, pretextando que el árbol se hallaba apestado y que era preciso cerciorarse.

Una tarde se quedó dormido junto a una compuerta, me acerqué en puntas de pie y le deslicé una ramita por la cara y el cuello para que creyese que era un bicho. Se despertó como si acabara de soñar cosas tristes y, mientras yo me reía un poco forzada, se puso de pie pasándose la mano por la frente.

—“Estaba en mi casa mientras usted se reía, niña. Muchas gracias.” —Repitió “muchas” en voz baja y se fue.

Desde entonces no volvió a trabajar en nuestra quinta.

Durante el invierno, Miss Whiteside nos llevaba a pasear, dos o tres veces por semana.

Vestidas todas iguales: una pollera azul, una tricota roja o verde, con un gorro del mismo color, antes de llegar al pueblo nos recomendaba, en un inglés engolado: —“Recuerden la sangre azul y pórtense de acuerdo con ella”—, pero al avanzar las cinco rodeando a la institutriz, por la Avenida del Nevado, esa advertencia jactanciosa no impedía el comentario con que la gente nos señalaba: “Allí viene la familia colorada, la familia verde...”.

Otras veces recorríamos una avenida muy ancha, sin adoquinar, que aún conserva el nombre de “Algarrobo Bonito”, y que siempre despedía olor a tierra mojada. Pero una tarde, al observar que la perspectiva de ese paseo nos producía un interés excesivo, Miss Whiteside decidió que no llegásemos hasta el final, con el pretexto de que ya era suficiente el trecho recorrido.

Más allá del algarrobo que daba su nombre a la Avenida, existía un grupo de casas muy modestas, habitadas por gente que pasaba la mayor parte del día en la puerta de

calle. Frente a una de esas viviendas siempre nos encontramos con una criaturita acostada dentro de un cajoncito de madera, apenas de un tamaño mayor que el de una caja de zapatos.

La primera vez que la vimos recostada dentro del cajón, nos imaginamos que jugaba a ser muñeca. Los chicos corrían en torno suyo y saltaban por encima de ella sin que el menor asombro, ni el menor encono, la hicieran incorporar.

Después de verla muchas veces, comenzó a intrigarnos su insistencia por permanecer dentro del cajón. Aunque parecía muy débil y muy cansada, no lográbamos comprender cómo un niño, que contara dos años a lo sumo, pudiese arraigar en sí una costumbre tan extraña.

Un día supimos la verdad. A pesar de las apariencias, tenía cuatro años y medio. Al cumplir quince meses, súbitamente dejó de crecer, y ya habían transcurrido dos años sin que se advirtiera en ella ningún cambio. Cuando sus padres descubrieron que se quedaba muy quietita y se distraía tanto mirando a los chicos y a la gente que pasaba por su calle, la pusieron dentro de una caja, para que no se cayera, junto al umbral de la puerta, y como parecía que eso le gustaba, al comenzar por las tardes el trajín en la Avenida del Algarrobo, la sacaban a la vereda acostada en su cajoncito.

A los dos años de llegar a Mendoza, Marta tuvo una peritonitis y, durante la convalecencia, el médico le ordenó baños de sol, cada día más prolongados.

Con una resignación que era, más bien, mal humor reconcentrado, la veíamos, después del almuerzo, las piernas cubiertas con una manta, la ropa arremangada hasta la cintura, pasar largas horas en la terraza con el vientre desnudo, de un color parecido al pan tostado.

Durante dos o tres meses la vimos, diariamente, en esa actitud. Con frecuencia, para hacerla enojar, le gritábamos "barriga marrón, barriga marrón". Ella se sentía tan humillada, su debilidad era tan grande que no atinaba a contestarnos nada y se ponía a llorar, con esos gestos extraños y mudos que nunca he observado en ningún otro niño.

Una tarde oímos que murmuraba en voz baja:

—"Dios es malo. Dios es malo..."

Recién cumplía diez años y esa frase que, de por sí, nos parecía muy grave, nos impresionó mucho más cuando verificamos que la repetía con una voz fija, concluyente y perentoria.

Después me contó que, durante mucho tiempo, se había sentido tan desdichada que sólo atinaba a decir "Dios es

malo". Necesitaba pronunciarlo en voz alta, como si desafiase a alguien. Apoyados en esa frase, aunque sólo fuera transitoriamente, sus diez años me parecieron tan terribles como si un niño esperara a que oscureciese para repetirse a sí mismo, en la soledad: "mi madre es mala, mi madre es mala", y pensé que ningún olvido podría recaer sobre ese mal humor, sobre ese cansancio.

Una vez que la escuché desde mi cuarto, mientras tomaba sus baños de sol, estuve a punto de decirle, despacito: "barriga marrón, barriga marrón", oculta tras la puerta. Pero sentí un poco de vergüenza cuando comprobé que sus labios se movían, lentamente, para que nadie notara que hablaba sola.

Esa obsesión la siguió mucho tiempo. Luego, cuando la comentamos juntas, años más tarde, me tranquilicé sabiendo que, al mismo tiempo, rezaba todas las noches como nosotras.

Diariamente Miss Whiteside nos reunía en el cuarto donde nos daba clase, para proseguir los cursos de inglés, geografía, historia y religión. Mis hermanas estudiaban concienzudamente. Susana y yo comenzamos más tarde, y aún recuerdo el libro de Manet en el cual lei las primeras cosas. De la Argentina sabíamos muy poco.

Por las tardes, mientras las hermanas practicaban escalas en el piano o aprendían a zurcir medias en esos grandes huevos de madera que ya casi nadie utiliza, sentada en el suelo, yo me distraía con mi pasatiempo favorito. Con una tijera recortaba palabras de los periódicos locales y extranjeros, y las iba apilando en montoncitos. La mayor parte de las veces desconocía su significado, pero esto no me preocupaba en lo más mínimo. Sólo me atraía su aspecto tipográfico, la parte tupida o rala de las letras. Las palabras en mayúscula, como TWILIGHT, DISCOVERY, DAGUERROTIPO, LABERINTO, THERAPEUTHIC, me producían, por sí mismas un entusiasmo y una satisfacción que, ahora, tendría que calificar de estética. Su calidad íntima, expresiva y misteriosa, las perspectivas que podría hallar detrás de algunas, no despertaban en mí el menor interés. Las recortaba, únicamente, para buscar en ellas esa resonancia, un

poco difícil, de las palabras menos usuales, de las palabras que siempre me atraieron más y que viven como separadas de las otras. Las letras enmarañadas, los palotes tiesos de las eses y de las tes, me proporcionaban más distracción que un juego de paciencia.

Y fue así como, mientras oía los nombres de Nelson, de Napoleón, de Wellington -rara vez el de un prócer argentino- inconscientemente facilité, con ese solitario tipográfico, el error de creer en la palabra en sí, en su belleza aparente, que sólo alcanza su plenitud, detrás, adentro de sí misma.

Vanguardia

Frente a nuestra quinta existían varias casas y un rancho, cuyas paredes de barro, deshilachadas y llenas de parches, apenas lograban mantenerlo en pie. A ese rancho llegó cierto día un matrimonio tan sumido en la miseria que, al refugiarse en él, ni siquiera tenía dónde sentarse, hasta que la madre le envió ropa, comida y dos hamacas de mimbre. La mujer rara vez salía del rancho y, en esas ocasiones, la divisábamos desde lejos, agachada, los hombros siempre cubiertos por una vieja pañoleta. Después nos enteramos de que se hallaba tuberculosa y que el marido apenas conseguía juntar unos centavos haciendo pequeños trabajos de carpintería.

Una tarde supimos que Andrea agonizaba, y cuando circuló la noticia de que había muerto, vimos que el marido llamaba a la puerta del jardín. Supusimos que querría alguna ayuda para el entierro o algunas flores más, pero sólo venía a pedir un alfiler de gancho para abrocharse el cuello de la camisa. Le parecía indecente velarla con la garganta descubierta y era el único cambio de indumentaria que podía costearse frente a la muerte de su mujer.

Nos pareció terrible que sólo pidiera un alfiler de gancho.

Cuando mi padre fue a verlo, lo encontró solo en la pieza, de pie ante el cadáver que él mismo había envuelto en una sábana y acostado dentro de su cajón. Dos velas ordinarias iluminaban la cabecera. La luz salía a la calle por la ventana derruida y se llenaba de polvo.

A la mañana siguiente, muy temprano, oímos unos martillazos. Era el hombre del rancho, que cerraba el cajón. Lo imaginamos solo en el cuarto, trabajando como de costumbre, poniéndose algunos clavos en la boca, mientras colocaba la tabla sobre el cuerpo tan conocido y miserable.

Antes del mediodía, un carro de la municipalidad se llevó el cajón.

No creo que ninguna pobreza me haya tocado tanto desde entonces.

→ La muerte, la pobreza de los otros

La gente del pueblo, los vecinos, los huéspedes, cuantos pasaban ante nuestra casa tenían algo que decir sobre la dulzura de su rostro, de sus rulos, de sus grandes ojos azules. Hasta la edad de cinco años fue una criatura perfecta y las hermanas mayores vagaban en torno suyo desde que tenía pocos meses, para que la madre les permitiera hacerlo dormir, mudarlo, tenerlo en brazos.

Una noche en que mis padres se ausentaron por unas horas, Eduardito quedó a cargo de la niñera, quien se retiró a su pieza después de acostarlo. Instalado en la cuna, al lado de la cama de la madre, su llanto podía llegar hasta nuestros dormitorios. Antes de acostarnos, fuimos a verlo y el asombro de sus grandes ojos celestes y pensativos debajo del mosquitero, nos acompañó un rato hasta que nos dormimos.

Esa noche quizá presintiera que la cama grande se hallaba vacía. Habitudo a que se acudiese de inmediato, su llanto pequeño fue aumentando hasta alcanzar un tono desesperado y apremiante. Desde sus camas, las hermanas comentaban que no debiera hallarse despierto a esas horas, que podría hacerle daño llorar tanto. Las dos mayores decidieron levantarse, y nosotras, como siempre, las imitamos.

Una detrás de otra, en camisón, nos dirigimos al dormitorio de la madre. Irene creyó innecesario despertar a la niñera y nos pidió que volviéramos a acostarnos, pues ella lo calmaría, y para que Marta no continuara reprochándole que se aprovechaba de ser la mayor, le prometió llamarla si no llegaba a dormirse pronto.

Desde nuestras camas oíamos el llanto monótono y persistente hasta que, de pronto, sobrevino un largo silencio. Transcurrieron quince minutos. La impaciencia de Marta, al comprobar que Irene no regresaba, terminó por decidirnos a investigar la causa.

En puntas de pie avanzamos por el corredor hasta asomarnos al dormitorio de la madre. Sentada sobre la cama, en una actitud de sacrificio y de misterio, Irene mantenía a Eduardito entre los brazos. El camisón desabrochado descubría su pecho desnudo. Sólo contaba trece años y, a pesar de haberla sorprendido, algunas veces, a medio vestir, las hermanas nunca le habían visto más que esa leve curva que provocó tantos cuchicheos y comentarios burlones. Estupefactas, comprobamos que introducía una mano en la misma forma que lo hacía la madre y levantaba, un poco, la pequeña redondez de su seno contra el cual se hallaba apoyada la boca de Eduardito.

Resentidas, acaso inconscientemente disgustadas, nos retiramos del cuarto. Nos pareció que Irene era "grande", de golpe.

Habíamos fabricado grandes sombreros de papel, y de pie, las cinco delante de un espejo, cada una detenida frente a su rostro, contemplábamos el efecto de la sombra sobre los ojos, el resplandor distinto que la luz de la ventana adquiriría en nuestros cabellos, contra el papel de diario.

La puerta se abrió, de pronto, y una corriente de aire los hizo vacilar sobre nuestras cabezas.

Una de mis hermanas dijo:

—“La primera que pierda su sombrero, se morirá antes que las otras...”.

Inmóviles frente al espejo, los brazos entrelazados para no cometer ninguna trampa, jugamos a quién sería la primera en morir.

Un miedo horrible me fue invadiendo, lentamente. La puerta abierta dejaba entrar un aire rápido y peligroso que de un momento a otro, podría despojarme de mi sombrero. Pensé en Irene, en Marta, en Georgina, en Susana, en mí misma, y mientras las miraba de reojo, sonriéndome con ellas, una muerta de veinte años se acostaba sobre el rostro de cada una de mis hermanas; una muerta joven y perfecta, con una sola flor sobre la almohada.

El viento agitaba los grandes triángulos de papel, sin llegar a derribarlos.

Georgina, con los ojos absortos en alguna visión terrible, parecida a la mía, exclamó bruscamente:

—“No me gustan estos juegos” —y, apartándose del espejo, se sacó el sombrero y lo arrojó, apelotonado, contra el suelo.

Durante un tiempo, la hilera de cabezas frente al espejo me entregaba imágenes probables y tristes, rostros velados para siempre, y me pareció que hubiese sido mejor aguardar a que el viento señalara la muerte más próxima, para ser más dulces, más tiernas, con la hermana que debía morir primero.

Desde que cumplí cuatro años ya me rodeaban del estribillo “No es bonita, ¡pero tiene tan lindo pelo! Parece un varón”. Esos comentarios no llegaban a afectarme en ese tiempo, y cuando alguien me acariciaba la cabeza manifestando que parecía un muchacho, yo creía, candorosamente, que ello implicaba un elogio.

Una tarde me llamaron a la terraza. El comisionista a quien se le encargaban las compras en Buenos Aires, aguardaba allí, cargado de paquetes y de cajas. Supuse que me habrían comprado algún vestido nuevo para ponerme los domingos, cuando la institutriz nos llevaba al Club o a caminar por la Avenida del Nevado.

Al salir a la “verandah” me pareció que todos me ocultaban algo. Observé que mi padre tenía una pequeña luz en los ojos, la luz que le notábamos cuando se hallaba despreocupado. Luego vi a la madre cortando cintas, enderezando moños, probándose un sombrero de alas anchas.

Mi padre me tomó en sus brazos y me paró sobre la mesa. Las demás ya lo habían curioseado todo, y tuve un pequeño miedo porque me pareció que esperaban algo de mí y de lo que ocultaba la caja que mi madre desenvolvía en ese instante.

Siempre vestida en pareja con Susana -a Irene le compraban trajes distintos, a Marta y a Georgina las vestían iguales- me sorprendió que ella no estuviese también sobre la mesa.

Cuando la madre hubo desatado la caja, vi que extraía un traje oscuro, de tela pesada. Después de quitarme el delantal, alguien me obligó a levantar una pierna, luego la otra. Acostumbrada a introducir la cabeza al ponerme un vestido, este nuevo procedimiento comenzó a indignarme tanto como el aire alborozado de mis hermanas. Pensé que me estaban disfrazando y no concebía cómo se me hubiese elegido a mí, a la más fea.

Una vez abrochados los tiradores, me pusieron un saco y me dejaron, sola, sobre la mesa.

-“¡Ahora sí que parece un varoncito!” -exclamó la madre, mientras las hermanas contemplaban el resultado de esa nueva indumentaria, aprobándola y sonriendo.

Los ojos comenzaron a picarme y, de repente, me sentí abandonada y ridícula. Pensé que se proponían exhibirme, hasta que, poco a poco, me fue subiendo un sollozo, el primero, indignado y rebelde. No quería llorar. Me parecía absurdo llorar vestida de hombre y lancé un grito.

-¡No quiero ser varón! ¡No quiero ser varón!

La madre me tomó en sus brazos para despojarme de la ropa nueva y extraña. Lloré tanto, que mi desesperación parecía más bien una crisis nerviosa. Asustada, arrepentida, la madre me acariciaba, mientras los otros, como avergonzados, escondían el traje y se llevaban sus cosas. Nunca volvió a comentarse este episodio.

Lo que más nos atraía en la Avenida del Nevado era el cinematógrafo, al que sólo concurríamos cuando algún circo realizaba una matinée. Al pasar frente a él, siempre nos deteníamos ante sus anuncios, en espera del momento en que nos permitieran penetrar en esa sala conocida, cuando la llenara esa oscuridad que presentíamos misteriosa, apretada y distinta a cualquier otra.

Una tarde en que se estrenaba una cinta cómica, la madre decidió, por fin, dejarnos ir a ver una película.

Cuando regresamos, nuestro entusiasmo sobrepasaba todas las previsiones. Lo comentábamos todo; las mesitas situadas al lado de los palcos, donde nos sirvieron té acompañado de grandes platos de papas fritas; el pequeño estremecimiento cuando se apagaron las luces sin que pudiésemos distinguir dónde se hallaba Miss Whiteside; el instante maravilloso en que la pantalla se iluminó y vimos que una mujer avanzaba hacia nosotros, mirándonos todo el tiempo.

Esa noche, para festejar el acontecimiento, nos permitieron cenar con los mayores y permanecemos en la terraza hasta una hora más avanzada que la habitual.

Pero, de pronto, nuestras voces dejaron de propalar por la casa una sonoridad de fiesta. Los pasos de un caballero

retumbaron, monótonamente, sobre el camino que limitaba nuestra quinta. Un impulso que no hubiéramos podido explicar nos precipitó hacia el portón. Montado sobre un tordillo, que avanzaba al tranco con la cabeza gacha y las riendas sueltas, vimos a un hombre que no logramos reconocer porque el ala del chambergo le oscurecía la cara. Durante unos segundos, la luz de nuestro portón lo iluminó oblicuamente. Vimos un bulto cruzado sobre la grupa de su caballo. Era el cadáver de un hombre. Boca abajo sobre el animal, los brazos le colgaban de un lado, las piernas del otro, balanceándose tristemente, hasta que su vaivén desganado entró, despacio, en la sombra que parecía aguardarlo.

→ Cuando recuerdo el primer film que vimos, siempre lo cruza ese hombre solitario en camino hacia el cementerio del pueblo.

Marta generalmente inventaba sus juegos, en los cuales casi nunca nos permitía participar. Mientras se entretenía, sola, en alguno nuevo, se asemejaba a esos niños que juegan como si fuese necesario hacerlo, o como si presintieran la insistencia y los rostros sorprendidos de los mayores, ante el espectáculo inaudito de un niño que no quiere jugar, que prefiere permanecer quietito en un rincón de la casa o asomado a una ventana abierta.

Sus manos despellejadas y su intransigencia al decidirnos a representar alguna obra de teatro, constituyen las dos circunstancias de su niñez que más recuerdo. Cuando la institutriz nos hacía aprender alguna pieza infantil, Marta siempre oponía obstáculos al repartirse los papeles. Miss Whiteside, para alejar toda intención de favoritismo, entregaba el rol principal a Irene, el segundo a Marta y así sucesivamente. Todas aceptábamos, sin ninguna objeción, la parte que nos correspondía. Marta, en cambio, no toleraba que se le concediese un rol que se hallara exento de grandeza, de hermosura, o que no revistiera contornos sobresalientes, y antes de aceptar un papel subalterno, provocaba un conflicto tan grave como el que suscitó la "Bella durmiente", donde ella sólo quería ser la dama apagada y sensitiva en su caja de cristal.

Recuerdo que una tarde, mientras finalizábamos un partido de croquet, la vimos alejarse hacia el corral donde encerraban a las chivas. Persuadidas de que inventaría algo nuevo, y como tardase en regresar, decidimos ir a cerciorarnos de lo que ocurría. Al llegar a la tranquera observamos que examinaba el suelo con detenimiento mientras una chiva la miraba con ojos asombrados.

—“¿Quieren ver lo que estoy haciendo?” —nos preguntó mostrándonos una ramita que había procurado ocultar en el primer momento, y sin esperar nuestra respuesta se acercó a la chiva menos arisca, le sujetó la cola con una mano mientras le introducía, con la otra, un extremo de la ramita. La chiva pegó un salto y luego, repuesta de su extrañeza, sembró la tierra de bolitas negras. Mientras Marta se reía, observamos que el corral se hallaba atestado de ellas.

—“Todavía me faltan dos” —anunció, como si el éxito obtenido la satisficiera plenamente, pero nosotras, indignadas, ya nos habíamos alejado.

Nunca podré olvidarlo porque el dedo aún muestra una marca blanca que parece electrizarse cuando roza algún objeto.

Una mañana —tenía ocho años— me empeñé en cortar el cogollo de un pan, uno de esos cogollos un poco crudos que nos atraían a todas las hermanas por igual. Los cuchillos se hallaban recién afilados, y el del pan, en forma de sierra, concedía un aire complicado a una operación tan simple como la de cortar rebanadas.

Alguien me arrebató el cuchillo. Obstinada, procuré sujetarlo, pero mi mano llegó un poco tarde y encontré, casi desde el mango, la hoja ondulada y filosa. Una de las hermanas tiró de él y mientras mis dedos resbalaban sobre el filo, sentí la impresión de que algo caliente se quedaba en el cuchillo. En seguida supe que era el dolor, y que la hoja, al salir de mi mano, había abierto el dedo anular hasta el hueso.

Aunque tuve que llevarlo atado sobre el pecho durante varias semanas, cuando me quitaron las vendas la cicatriz casi blanca parecía más viva que nunca.

Después de algún tiempo empecé a olvidarme de ella, a no provocar, con tanta frecuencia, esa especie de contacto eléctrico que experimentaba al restregarla y que me producía una sensación extraña y agradable.

Una noche, para fines de año, nos permitieron beber champagne. Yo deseaba sentirme triste, porque creía que sentaba entristecerse con la bebida. Cuando me fui a acostar, un poco más despierta que otras noches, me quedé en la cama, largo rato, pensando en las mujeres trágicas, enfermas, con las manos extendidas sobre la colcha, o sentadas junto a una ventana. Pero mi cama parecía inclinarse hacia un lado.

No recuerdo si al tocarme, sin querer, la cicatriz suscitó ese golpecito nervioso que hacía mucho tiempo que no ensayaba y que me recorría el brazo como cuando un perro pasa la lengua, varias veces, por la palma de una mano. De pronto, me pareció que un cosquilleo me levantaba el dedo anular, separándolo de los otros, y que ese cosquilleo se traducía en una palabra: "Itilinkili". Pensé que no había entendido bien, y al alzar un poco la mano, vi que el dedito se hallaba levantado, mirándome, mientras me decía "Itilinkili".

Me pareció que "Itilinkili" implicaba un reproche o un recuerdo resentido porque no lo vigilaba todos los días. Itilinkili, Itilinkili... lo oí repetir, hasta que me dormí con la sensación de que el dedito permanecía de pie, toda la noche, diciéndome su tristeza.

Después, siempre que bebía un poco, lo veía incorporarse para decirme su palabra. Una noche se cansó. Ahora ya no lo oigo más. Itilinkili, Itilinkili...

Cuando Georgina tenía un año -Susana y yo aún no habíamos nacido- la niñera que la paseaba por la plaza en su cochecito, le dio una rama para que se entretuviese. Georgina, en un descuido, se tragó una de las hojas y, años después, la madre solía describirnos sus angustias creyendo que se moría.

A fuerza de habilidad y de malicia, las hermanas mayores lograron convencerla de que aún tenía la hoja adentro y que recién al encontrar un árbol de la misma especie al que había pertenecido, después de moverse levemente, la hoja se le subiría a la boca hasta que el viento terminara por depositarla en una de sus ramas. Para esto era necesario, ante todo, saber de qué árbol procedía, arrimarse a los que existían en la quinta para ayudar a que la hoja los reconociera desde su escondite. De lo contrario, otro árbol le crecería adentro.

Amedrentada, vacilante, Georgina iba de un árbol a otro, se apoyaba en sus grandes troncos, y permanecía contemplando sus ramajes, como si esperase que sobreviniera algo inusitado y misterioso.

De vez en cuando, las hermanas se aproximaban para preguntarle:

—"¿No sientes nada? ¿Algo que se mueve adentro?" -y mientras Georgina se palpaba la garganta, moviendo la ca-

beza negativamente, proseguía: —“Debe de ser aquél, o el que está cerca del portón. No tienen hojas muy grandes...”.

Susana y yo atemorizadas, la seguíamos pensando en lo terrible que sería si un árbol le creciera, derecho, adentro de su cuerpo.

Cuando las hermanas se fatigaron de la broma, decidieron hacerle creer que un árbol acababa de reconocer a la hoja y que ya no era necesario aguardar a que se le subiera a la boca porque, de noche, mientras durmiese, la hoja volaría a su árbol sin que ella se diera cuenta.

A la mañana siguiente, apenas nos sentamos a tomar el desayuno, Marta le preguntó:

—“¿Cómo estás? ¿No te sientes mejor ahora que no tienes la hoja adentro?”

Pero Georgina se rió. Ya había estado llorando en los brazos de la madre.

Al secar la tierra y conferirle un aspecto apagado, blanquecino, el salitre la quebraba en pedazos multiformes, ligeramente curvados hacia arriba. A veces, las cinco de rodillas en el camino, apilábamos grandes trozos de esa tierra separada y endurecida que, a pesar de sus grietas, no se quebraba si deslizábamos la mano por abajo, con cautela, para retirarla de su sitio.

¡Cuántas veces, caminando entre los álamos, dejé de pisar una de esas enormes baldosas de tierra, de bordes blancos y hendiduras profundas y precisas, acostadas en el camino como las grandes hojas que viven en los estanques!

Antes de dibujar nuestros nombres con una ramita, retirábamos algunos de los pedazos de tierra que componían un interminable juego de paciencia y, con toda precaución, los colocábamos en hilera. Si una de esas pequeñas islas secas se quebraba en nuestras manos, la desmenuzábamos hasta hacerla polvo, para que no se quedara sola y pudiese, de nuevo, ser camino. Recién abajo, hallábamos la tierra blanda, removible, sobre la cual dibujábamos las letras de algún nombre.

Al cruzar la plaza del pueblo veíamos arrinconados junto a los bancos, innumerables mosaicos de tierra rota, como si su presencia ribeteada de ceniza, o la distracción de sus

hendiduras, hubiesen provocado una impaciencia. Durante algún tiempo supuse que ello se debía al roce de los zapatos, al ir y venir de los ocupantes del banco. Ahora sé que eran las parejas de novios quienes los echaban a un lado para poder escribir, como nosotras, sobre la tierra fresca que recubrían, el nombre más familiar y más querido. Al observar que un pie impaciente los acumulaba debajo de los asientos, detrás de un árbol, una ternura extraña me hacía desviar los ojos, segura que de no hallarme acompañada, no tendría más que espolvorearlos sobre el camino para desprender, de mí, esa urgencia por evitar que alguna cosa se quedara sola.

Cuando pienso en la casa de Mendoza, más que los árboles, más que el paisaje, vienen a mi encuentro esos pedazos de tierra colocados sobre el camino, como grandes hojas inmóviles que el viento no consigue arrastrar, y el recuerdo los apila, otra vez, al lado de algún banco, detrás de un árbol, para que su dureza no perjudique la caligrafía más desgarrada y dulce.

Después del almuerzo percibíamos un rumor parecido al que producen los caballos cuando mastican maíz. Eran las ruedas del coche sobre el pedregullo. Pascual, el cochero, anunciaba que podíamos ocupar el break, y a la media hora de trayecto llegábamos, las cinco, a la quinta de Madame Lagrange, que nos daba clases en francés y de quien aún nos acordamos por su finura y su elegancia.

Madame Lagrange nos recibía siempre como si fuésemos invitadas, y por más que nos presentáramos en su casa cuatro veces por semana, la frescura de su recibimiento nunca se acostumbró a una modalidad habitual, ni demostró el menor indicio de que dos días antes nos había acogido de idéntica manera.

Su hija, de quince años, llamada Jacqueline, de anchas trenzas oscuras sobre el pecho, me llenaba de admiración. Ésta conocía, sin embargo, frecuentes intermitencias, pues la admiraba, tan sólo, al recordarla. Al verla de cerca, ayudando a despojarnos de los abrigos, sirviéndonos la leche cortada con canela, que nos gustaba tanto, mi admiración decrecía hasta aproximarse a la indiferencia, y hubiera preferido verla menos, que me contaran episodios donde ella interviniese.

En esa época me hallaba convencida de que las mujeres debían de ser muy débiles, físicamente, y que una especie

de languidez, una perpetua convalecencia constituía la característica de la verdadera feminidad. Segura de que una mujer capaz de desmayarse a menudo era perfecta, una noche me acosté con una mano cerca de la garganta, imaginándome desmayada. Ansiosa por llegar a ser una mujer ideal, me abstuve de respirar y, entrecerrando los ojos, aguardé a que el techo y las paredes comenzaran a girar en torno mío, dulcemente hasta que sobreviniese el marco precursor del desmayo. Pero esa noche me dormí más pronto que nunca.

Una tarde Madame Lagrange nos indicó que no aguardásemos a Jacqueline para la hora del té, porque se había desmayado mientras le probaban un vestido. No bien oí la palabra desmayo, permanecí atenta, segura de que, al fin, me hallaría frente a una mujer perfecta. Cuando mi hermana mayor inquirió si ello significaba un síntoma grave, quedé en suspenso, temiendo de que fuera algo anormal, pues ya no me interesaría tanto. Sentí un gran alivio cuando la profesora, con un tono que no entrañaba aflicción, prosiguió diciendo:

—“Siempre se desmaya mientras le prueban un vestido. No puede estar de pie, mucho tiempo, sin hacer nada, y por más que la costurera se apresure, apenas le pide que extienda un brazo, hay que acostarla y darle aire. En el colegio sucede lo mismo. Me he visto obligada a solicitar que no le exijan rendir los exámenes de pie”.

Convencida y definitiva, mi admiración sólo requería un asombro más para que su regocijo fuese completo. Necesitaba verla en esa postura desmayada que yo presentía, poblada de palideces, de manos que se pasean encima de una cortina, del respaldo de una silla, sin lograr asirse. Me propuse rogarle a la profesora que me permitiera atisbar desde alguna rendija la próxima vez que le probasen un vestido, pero desistí por temor a que las hermanas me lo reprochasen.

Cuando Jacqueline, un poco pálida, entró al comedor, no cesé de mirarla. Mis hermanas le dirigían la palabra y la atendían como si fuese una convaleciente. Me pareció que

un resto de oscuridad velaba sus ojos y que las venas del cuello y de las manos, más acentuadas que nunca, se movían casi imperceptiblemente.

Al despedirnos, se adelantó a ordenar, como siempre, nuestros útiles, a alcanzarnos los abrigos. Todas insistieron en que se quedara quieta y no aceptaron ninguna ayuda. Yo vacilé un instante; haciéndome la distraída permití que sostuviese mi abrigo y, a pesar de saber que era pesado, introduje los brazos, lentamente, con la esperanza de que si realizaba algún esfuerzo, acaso se desmayara, de nuevo.

En el curso de ese invierno sólo sufrió tres desmayos. Para fortificarla, la obligaban a alimentarse mucho, y a hacer ejercicio, a montar a caballo. Nada me parecía tan absurdo como que le impusieran un régimen para despojarla de la anemia que la aquejaba, y siempre que se resistía a un segundo vaso de leche, a una tostada, yo recuperaba en ese desgano la certidumbre de su feminidad.

Cierta vez, la profesora se refirió a ella con un tono tranquilo que me pareció de mal augurio. El temor de oír algo desagradable me instigó a salir del cuarto, pero me abstuve, segura de que la profesora vería en ello una incorrección. Resignada, me dispuse a escuchar lo menos posible.

—“Jacquette está mucho mejor. Los desmayos son cada vez menos frecuentes y el médico asegura que dentro de poco tiempo ya no sufrirá ninguno”.

Cuando Jacqueline entró al comedor, su rostro pálido no me produjo ninguna emoción, ningún interés. Ya era igual a nosotras.

Georgina se hallaba enferma. A cada instante era necesario que la madre entrase, casi a tientas, en la penumbra de su dormitorio, para cambiarle los pañuelos fríos que le cubrían la frente, mientras nosotras, en el cuarto contiguo, procurábamos hacer el menor ruido posible. Hastiadas de ese recogimiento involuntario, decidimos alejarnos de la casa para jugar a la mancha. Cuando llegamos cerca de los álamos, comprobé que Susana no se encontraba entre nosotras y decidí ir a buscarla. Al entrar al salón, oí que alguien se aproximaba y me escondí detrás de una puerta con intención de asustarla. Ya iba a pegar un salto cuando observé que Susana avanzaba en puntitas de pie, haciendo "pucheros", con algo oculto en una mano. Supuse que la hubiesen retado y dejé que se alejara para seguirla.

Después de cerciorarse de que no había nadie, entró en el dormitorio de Georgina, para acercarse despacito a su cama y quitarle el pañuelo de la cabeza. Luego extendió el montoncito de cinta mojada que llevaba en una mano, la colocó sobre su frente y salió del cuarto en la misma forma silenciosa y apesadumbrada.

Con el mayor cuidado me aproximé a la cama. Georgina se hallaba adormecida. Sobre su frente pálida vi una cinta

celeste. Era el gran moño, la cinta predilecta de Susana, que la madre anudaba a sus rulos cuando quería estar paqueta.

Irene contaría alrededor de catorce años cuando todas nos enfermamos de fiebre tífus.

Siempre me gustó estar enferma. Si a la hora del desayuno, la madre me pedía, después de tocarme la frente, que me tomase la temperatura, al entregarle el termómetro yo vigilaba su rostro para comprobar algún cambio de expresión, que me procurara el regocijo de saber que debería guardar cama. Si además de permanecer acostada, comenzaba a llover durante la tarde, mi dicha era completa, porque sabía que la madre y las hermanas vendrían a mi cuarto para sentarse a los pies de mi cama y que todo lo que yo dijera, por insignificante que fuese, sería escuchado con más atención por hallarme enferma.

La fiebre tífus de Georgina fue más virulenta que la nuestra. Por espacio de quince noches, su temperatura ascendió tanto que fue necesario envolverla en sábanas heladas, procedimiento que no dejaba de provocar en mí cierta envidia, pues la única vez que me envolvieron en sábanas húmedas tuve una sensación tan misteriosa como la de bajar hacia un lugar desconocido.

Aunque la institutriz hubiera podido ayudarla, la madre trabajaba día y noche, sin consentir que nadie nos diera los remedios, que nada fuera ejecutado durante sus cortas ausencias. El médico francés que nos atendía pasaba,

a veces, noches enteras en la casa, porque el trayecto hasta la suya era tan largo que hubiese sido imposible llamarlo con urgencia.

Fue en esa ocasión, y cuando nos hallábamos fuera de peligro, que la madre manifestó, delante de todos, que yo era la más suave, la que siempre sonreía, la que nunca le ocasionaba ningún trabajo cuando estaba enferma. Yo me sentí enternecida conmigo misma y como nunca pedía nada, como me gustaba que las horas transcurriesen, una tras otra, en una larga somnolencia y, casi prefería que no me diesen vuelta las almohadas, que no se ofrecieran a arreglarme la cama, pude descubrir, desde temprano, la razón por la cual cierta clase de enfermos me ha exasperado tanto. Capaz de desvelarme por ellos, me hacía la distraída, sin embargo, ante la magnitud exagerada de sus dolencias, porque me hallaba convencida de que explotaban su enfermedad, de que se aprovechaban de las circunstancias para llamar la atención, para pedir cosas, para quejarse y estar malhumorados... como si necesitasen alborotarlo todo, como si un estado febril no fuese una de las sensaciones más agradables y la convalecencia no se hallara rodeada de un encanto transitorio e indefinido.

Después he pensado, con frecuencia, que muy pocas personas merecen permanecer, aunque sea de noche, en ese mundo extraño originado por la fiebre, o en ese otro mundo de la convalecencia, poblado de siestas y de sueños cortos que vienen, sorpresivamente, cuando no existe ningún apresuramiento, ninguna ansiedad inútil por vivir como los otros.

Sólo una vez en que me hallaba muy grave, el insomnio me pareció demasiado habitado y nuevo para afrontarlo en silencio, durante horas enteras. La madre, también enferma, había sido internada en un sanatorio, y me sentí tan sola, tan distante de todos en esa noche en que sólo yo seguiría despierta, me parecía tan terrible que ella no se encontrara a mi lado e ignorase mi gravedad que, con tal de asirme a algo familiar y querido, fui agravando los pormenores de su ausencia y de mi miedo. Cuando la angustia se

tornó insoportable, le pedí a Irene que me tuviese la mano, o pasara la suya por mi frente, y aunque la noche iba a finalizar e Irene se hallaba muy cansada, el miedo -la morfina, al desgarrarme la cabeza, poblaba el cuarto de lámparas- me hizo exigirle ese gesto que, a la mañana siguiente, debía de llenarme de arrepentimiento.

Cuando trajeron a la madre a casa y entró a mi cuarto, frágil, mitad triste, mitad contenta, la distancia nueva que habíamos recorrido separadas nos hizo sonreír con los ojos mojados, y apenas pudimos abrazarnos llorando sobre mi cama.

Al declinar la fiebre tifus, comenzaron a alimentarnos, pero nos permitían comer tan poco que, al traernos el té con leche, con dos o tres pancitos de azúcar, inventamos el recurso de sacar el azúcar enseguida y beber el té amargo. Colocábamos los pancitos mojados sobre la almohada, procurando que la madre no nos viera y, luego de beber el té, los comíamos, despacito, para que durasen mucho tiempo; pero las fundas de todas las almohadas presentaban un pequeño círculo húmedo y pegajoso que no lográbamos ocultar.

Cuando nos fortalecimos suficientemente como para abandonar la cama se nos caía tanto el cabello que fue necesario raparnos. Aún existe una fotografía en la cual nos hallamos las cinco, todas vestidas iguales, formando una escalera de cabezas lisas y relucientes. Si no fuera por ese detalle indecoroso, la convalecencia hubiese sido perfecta.

Vino dos veces a vernos. Alta, toda vestida de blanco, llegó en un sulky guiado por ella misma, y antes de entrar a la casa se quitó un guante, aproximándose al caballo para darle un terrón de azúcar.

En su segunda visita trajo un pequeño paquete que abrió, lentamente, con sus dedos largos e inhábiles. Nos regaló un collar a cada una y permaneció una hora en la terraza, mirándonos como si buscara un recuerdo perdido. Cuando la madre le ofreció una taza de té, aceptó de inmediato, pero luego no bebió ni un solo sorbo, y antes de irse, preguntó, con una voz un poco triste, si podían servirle un vaso de agua con unas gotas de limón. Esa vez, la madre agitó su mano cuando el sulky dobló el camino frente a la avenida de álamos, y nosotras nos olvidamos de preguntar quién era.

Con frecuencia la vi pasar, vagamente, al lado de otros recuerdos, y estuve a punto de inquirir cómo se llamaba, por qué razón no volvía a visitarnos. Algo me impedía averiguarlo, y cuando, mucho tiempo después, la recordé de nuevo, preferí dejarla en el misterio de su repentina aparición en el pequeño sulky o sentada en la terraza con su gran sombrero de paja sobre la falda.

También recuerdo que, antes de marcharse, había deshilachado, hilo por hilo, despacito, toda la cinta que sujetaba los regalos como si se hallase sola, esperando.

Susana y yo contemplábamos cómo las arreglaban, con qué cuidado la madre colocaba sobre la cabeza de Irene, de Marta y de Georgina, las pequeñas coronas de azahares, de las que emergía un tul blanco que llegaba hasta el suelo, y mientras las manos de la institutriz recogían un pliegue y las de Madame Lagrange enderezaban un rulo, experimentábamos un gran vacío, como si, de repente, nos hubiésemos quedado solas.

De las tres, Marta era la menos cohibida, la que mejor lucía su traje de Primera Comuni3n, y estoy segura de que al ir hacia el 3ltar, en medio de las otras dos, lo hac3a persuadida de que iniciaba uno de esos sue3os maravillosos que entreten3an su infancia y que le proporcionaban ese aire indiferente y tranquilo.

Irene, como siempre, nos llenaba de admiraci3n. Era tan alta que nadie hubiese cre3do que s3lo contaba catorce a3os, y cuando inclin3 la cabeza, despu3s de recibir la Comuni3n, se hallaba tan p3lida que, por primera vez -a pesar de haberlo o3do con frecuencia- advert3 que era muy linda, pues siempre me hab3a parecido demasiado rozagante y no lograba concebir, en ese tiempo, que pudiese aunarse la belleza a un aspecto saludable.

La figura pequeñita de Georgina se hallaba más cerca de mi ternura y al mirarla satisfacía, momentáneamente, en ella, esa debilidad que albergaba en mí por todo aquello que no puede manejarse solo, que exige vigilancia y protección.

Al salir de la iglesia nos dirigimos al estudio del único fotógrafo que existía en el pueblo. Era un hombre joven que caminaba de un lado al otro, como si buscara, de continuo, algún objeto. Cuando se daba vuelta para examinar la máquina, volvía a girar con rapidez sobre un pie, presentando un rostro blanco, una boca de labios angostos y casi rosados que sonreían de la misma manera que si acabara de sorprender a alguien en una actitud incómoda. Mientras situaba a las hermanas frente a un biombo, les tomaba el mentón entre el pulgar y el índice, y después de ensayar diez veces el ángulo que más les conviniera, retrocedía con un pequeño salto de bailarina para situarse, él mismo, en una pose tierna y amanerada.

Esa mañana vimos, sobre la mesa de su estudio, una caja de zapatos cubierta por una pañoleta que levantó, con gran cuidado, al observar nuestro interés. Inmóvil dentro de ella, un conejo blanco, de ojos rosados, casi opacos, agonizaba tan lentamente que le exigía volver los ojos hacia la caja y aprovechar cualquier pretexto —mientras perpetuaba a los clientes rodeados de columnas y escalinatas versallescas— para acercarse en puntas de pie y vigilar la muerte de su conejo.

Susana y yo permanecemos junto a la caja en tanto que las hermanas procuraban mantenerse en pose. Cuando oí el obturador de la máquina, mi mirada pasó, instintivamente, del conejo a la figura blanca y vaporosa de Georgina. No sé por qué, me pareció que Georgina tenía que ver con el conejo grande y blanco y necesité cerciorarme de que sus ojos no eran rosados, sino azules y relucientes.

Mientras acariciaba al conejo comencé a tener miedo y decidí acercarme a Susana para preguntarle si ella no advertía ese parecido, pero, en ese instante, el fotógrafo recubrió la caja y se despidió de nosotras como si quisiera hallarse a solas con esa agonía sin una queja, en que todo parecía tan agradable y tan decente.

Durante toda la tarde procuré no pensar en lo sucedido, pero cuando las hermanas se quitaron sus trajes blancos, me convencí de que no conseguiría alivio hasta que no lo dijera en voz alta.

Estoy segura de que en los dos años que permaneció en nuestra casa, había llegado a querernos, pero cada día extrañaba más su país y, siempre que le preguntábamos si era dichosa en la Argentina nos respondía, evasivamente, como si hiciera memoria con una voz tan remota que no nos atrevíamos a insistir:

“Tengo muchos muertos enterrados en Valencia...”

La tarde antes de que se marchara, pidió a la madre que la acompañase a su pieza para mostrarle lo que llevaba en sus baúles. La madre se negó, pero ante su insistencia no tuvo más remedio que acceder. Indiferentemente, echó una ojeada sobre sus ropas y objetos, y ya se iba a retirar del cuarto cuando observó un pequeño cajoncito de madera arriado a los baúles. La mucama se apresuró a abrirlo. Se hallaba lleno de tierra, de montoncitos de polvo como los que se recogen con la pala después de barrer una pieza.

—“Me llevo tierra del jardín y un poco que he juntado de los cuartos”.

Había encontrado la manera de demostrarnos, en silencio, su apégo por la Argentina.

Recuerdo las noches de los sábados. El itinerario dichoso de toda la semana nos llevaba a ese día sabiendo que era distinto de los otros y que ni siquiera el domingo —libre de estudios y de cualquier ocupación— nos acercaba a una noche tan alborozada, tan simple, tan enteramente nuestra, como la noche de los sábados.

De las grandes y pequeñas realidades que retengo: los minúsculos delantales de organdí blancos que la madre se ponía para servirnos el té; el momento siempre regocijante en que yo colocaba un pie sobre el primer peldaño del break; las anchas tajadas de sandía que nos daba el cochero Pascual; la casa de cemento, dividida en secciones, donde vivían doscientos conejos; el cuello lustroso y húmedo de los caballos; las uvas en caña que la madre preparaba en grandes frascos (a veces nos hacía cerrar los ojos y abrir la boca para introducir una enorme uva extraña y alcoholizada que paladeábamos largo rato); la alegría de Esthercita en el baño; el orgullo de ir parada entre las rodillas de mi padre, mientras guiaba los caballos; mi agradecimiento cuando la madre manifestó que yo era quien le había ocasionado siempre menos trabajo, la más suave cuando estaba enferma;

las tardes de lluvia en que era necesario jugar adentro... nada, ninguna reminiscencia revive en mí —con una verdad tan nítida— alcanzándome el sentido perfecto de esa época, como las noches de los sábados.

Al atardecer de ese día, durante casi todo el año, nos daban, después que habíamos jugado, un baño caliente. A Susana y a mí nos bañaban juntas, cada una en un extremo de la gran bañera. Las manos de la madre, al principio, nos producían pequeños estremecimientos mientras nos enjabonaba la espalda. Las estufas encendidas en todos los dormitorios, las toallas y los camisones entibiados, todos los detalles de esas noches permanecen en mí, sin que ninguna distancia de años aminore su ternura, su calidad inconfundible.

Una vez bañadas, nos acostábamos y nos servían a todas un gran vaso de leche caliente. Comenzaban, de inmediato, los mismos comentarios sobre la frescura de las sábanas, los mismos consejos para mantener el calor en todo el cuerpo, hasta que alguna se animaba a sacar un brazo, otra a incorporarse sobre la almohada. A los pocos minutos, las voces de las hermanas mayores venían al encuentro de las nuestras. Esa noche, la luz quedaba encendida un largo rato, y las puertas que comunicaban un dormitorio con otro permanecían abiertas hasta que nos dormíamos.

Desde las camas invisibles, las voces llegaban rodeadas de silencios nuevos; las frases adquirían un tono de confianza y de misterio que no les era habitual en otras horas. Sabíamos que cada sábado sería igual al anterior, pero, ya viviéndolo, no concebíamos ningún cambio, e íbamos al encuentro de esa noche como si ya presintiésemos que de su bienestar transitorio sobrevendría algo arraigado y duradero.

Las palabras se distanciaban, poco a poco, y detrás de un silencio más obstinado que los otros, la voz de Irene, apenas soñolienta, comenzaba a discurrir la porción de misterio que la atraía con más vehemencia, y nos hablaba de raptos y de fugas, de alguien que la aguardaba junto a la hilera de álamos. A veces Marta hacía desfilar los grandes personajes que le gustaría ser y nosotras tres callábamos.

semidormidas, porque aún no conocíamos nuestro sueño. La madre entraba más tarde que de costumbre, y sigilosamente, recubría una espalda, alisaba una manta y se iba, apagando todas las luces a su paso.

Siento, a veces, una nostalgia tirante, una nostalgia parecida a la que sólo dejan las cosas chiquitas y simples, los acontecimientos más ingenuos. Es el recuerdo de las noches de los sábados, que vienen hacia mí en una gran oleada de ternura y de pureza para alcanzarme la certidumbre de que mi infancia no pudo ser más dulce.

Mi padre hizo colocar en el jardín un juego que no he vuelto a ver nunca. Lo llamábamos el "runclaff". Consistía en un grueso poste que se levantaba a unos cuatro metros del suelo, de un cuadrado giratorio dispuesto horizontalmente en su extremidad superior, y de cuatro sogas anudadas, de trecho en trecho, que pendían de sus ángulos. Cada una tomada de una de ellas, con ambas manos, para que no resbalasen, las cuatro corríamos, al principio, y a medida que el cuadrado giraba con mayor velocidad apenas rozábamos el suelo con un pie hasta elevarnos en grandes ondas que nos distanciaban de la tierra, que nos acercaban a ella nuevamente, en un vuelo rápido y circular.

Cierta vez, Irene, Marta, Georgina y yo nos asimos de las cuerdas y comenzamos a correr, como de costumbre. Ya en plena marcha, repentinamente se me ocurrió que no podría detenerme, hallarme, de inmediato, sobre el suelo. Pensé, con espanto, que si las hermanas se resistían a detenerse, me vería obligada a seguir volando durante horas enteras.

Más tarde, en los colegios, en los subterráneos, en los ascensores, conocí una angustia parecida. No me importaba permanecer horas y horas en el mismo sitio. Lo esencial era

saber que podría salir cuando quisiera. Si durante una función teatral o algún concierto, se cerraban las puertas para impedir la entrada a los que llegasen con atraso, inmediatamente averiguaba si éstas podrían abrirse del lado de adentro, y cuando se me antojara. De lo contrario, prefería renunciar al espectáculo.

Decidida a comprobar, de una vez, si mi angustia podría llegar a ser insoportable, intenté una prueba y les grité a las hermanas que me hallaba cansada, pero ellas, creyendo que bromeaba, no consintieron en dejar de correr el tiempo suficiente para que yo pudiese desprenderme.

Un miedo auténtico me obligó a insistir en que se parasen. Me elevé en el aire, en un vuelo ondulado y silencioso, y como aún se resistieran, decidí aprovechar la próxima curva para soltar la soga, pues era necesario que lo hiciera en el instante de mayor altura para caer lejos e impedir que mis hermanas se golpearan contra el poste.

Transcurrieron algunos segundos antes de que decidiera tirarme. Las cuatro girábamos sin cesar, casi horizontalmente, en torno del poste. Cuando la curva ascendente se acentuó, solté las manos de la soga, oí un grito de las hermanas y caí sobre el camino. Aunque las rodillas me sangraban y sentía una mano entumecida, me levanté y les dije que no era nada. Por lo menos, había eliminado ese miedo.

Los años me van separando de su nacimiento, del regocijo siempre nuevo a que me habituó, de su muerte tan a destiempo, tan apurada. Pero su nombre —aún hoy— lo remueve todo, de golpe, y compruebo cómo, al lado de su figura pequeña, la madre recupera, desde tan lejos, los gestos que acaso fluyan con más fuerza, desde ella hacia mí.

Mientras esperaba a Esthercita, su pudor sólo tenía, para nosotras, una ventana semi-abierta: el cuarto de costura, y hasta su silueta, apoyada contra lo que yo recorto de mi infancia, nunca tuvo un perfil extraño, nunca insinuó una deformación debajo de las puntillas y de las cintas.

Ignoro si un hijo más le proporcionase algún regocijo, tal vez una tristeza, un miedo. Su recato impedía que sus ademanes habituales denotaran algún cambio y su ternura era tan llana y persuasiva como siempre.

El único anuncio de la proximidad de Esthercita fue la brusca aparición de una enfermera, cuyo uniforme blanco puso en los corredores una serenidad y una pulcritud que nos indujo a sospechar un acontecimiento inusitado. Cuando se dirigió a nosotras, la miramos cohibidas. Era tan fea y tan alta que aún la recuerdo con cierta compasión.

¿Habrà sido ella quien hizo nacer en mí esa lástima que siempre me inspiraron las mujeres altas y desgarbadas, que yo suponía eternamente solitarias? ¡Me parecían tan incómodas cuando no eran felices...! Como si no pudiesen llorar, como si no debieran llorar, como si todo les doliera más. Siempre me entristecía oír que una mujer grande se hallaba enamorada de alguien que no la quería, y fatalmente, sin llegar a comprender por qué, me imaginaba sus zapatos, tan sin gracia, tan imposibles de disimular hasta caer en sus pies que representaban una de las tantas cosas que siempre he procurado evitar.

La primera vez que vimos a la enfermera, la madre permaneció en cama; nos hizo llamar a su cuarto para despedirse de nosotras con una ternura más detenida que nunca y nos anunció que pasaríamos el día en la quinta de Madame Lagrange.

Cuando regresamos, la enfermera nos aguardaba en la terraza para conducirnos a su dormitorio.

Al oírnos entrar, mi padre se incorporó bruscamente. En la almohada, junto al rostro un poco pálido de la madre, un hueco delataba la reciente presión de una cabeza. Pero no tuvimos tiempo de detenernos en ese detalle. Vimos una cuna, con un gran moño rosa y cortinados nuevos. La madre nos pidió que nos aproximáramos y las manos de la enfermera, al impulsarnos hacia adelante, aminoraron nuestra timidez.

Un poco avergonzadas, miramos adentro, sin que ninguna se atreviera a decir la primera palabra.

—“¿No saben quién es? —preguntó la madre, con una voz que parecía un orgullo, y también, un poco, lágrima—. Es la nueva hermanita...”

En puntas de pie, inclinadas sobre la cuna, besamos todas el caminito angosto de su frente. Esthercita.

Durante algunos días, no recuerdo qué comentario o qué libro me indujo a fingir una actitud seria, una postura grave y pensativa. Cuando las hermanas me llamaban para jugar, les respondía con un acento reconcentrado:

—No puedo. Tengo que pensar en muchas cosas...

Las hermanas me rodeaban tirándome del vestido, se reían, bailaban en torno mío tomadas de las manos. Impasible, empeñada en persistir en mi pose meditativa, yo me alejaba de ellas, para sentarme, sola, en un rincón de la terraza.

Al comprobar que no impresionaba a nadie, el tercer día esa actitud comenzó a fatigarme. Cuando terminaron las clases y llegó la hora de los juegos, procuré acercarme a ellas, pero, decididas a vengarse, mis hermanas se alejaron de mí.

Dispuesta a no demostrar ningún arrepentimiento, ningún cambio en mi conducta, esta tarde permanecí sola, junto a la terraza, mirándolas de soslayo, mientras ellas y la institutriz terminaban un partido de croquet. Fue inútil que me esforzara en pensar en algo complicado, que aparentase sumirme en las reflexiones más profundas; sólo me invadía una sensación de hastío y desamparo.

A la tarde siguiente, para precaverme contra ese aislamiento que yo misma me había procurado, me acerqué y les dije:

—¿Jugamos al croquet?

Las hermanas me miraron y se hicieron las distraídas, hasta que una de ellas me respondió:

—“Tú no puedes jugar. Tienes que pensar en muchas cosas...” —y se alejaron corriendo, hacia el jardín.

Media hora más tarde, al entrar en mi cuarto, Miss Whiteside me encontró llorando sobre la cama. Sin decir palabra, me secó los ojos con su pañuelo, me alisó los cabellos. Luego oí que una de mis hermanas se aproximaba. A los pocos minutos se hallaban todas en mi cuarto, comentando insignificancias, hasta lograr que yo olvidara mi soledad e interviniera en la conversación.

Cuando me describieron su larga agonía, su cuerpo rodeado de brasas en el patio de la caballeriza, sus quejidos cada vez más separados y breves, me pareció que su muerte adquiriría, exactamente, los contornos con que yo la hubiera previsto, de habérmela imaginado.

El día que mi padre decidió cambiar de caballo porque su tordillo, ya demasiado viejo, le inspiraba lástima y siempre temía fatigarlo, no supuso que éste echaría de menos el hábito de ir a su encuentro todas las mañanas, de escuchar su voz mientras le acariciaba el pescuezo, de agacharse casi hasta el suelo para que montara sin esfuerzo.

La primera vez que no fueron en su busca para ensillarlo, permaneció cerca del alambrado, las orejas estremecidas, mientras seguía al caballo que conducían de la brida hacia la terraza donde mi padre se encontraba, y una vez que lo perdió de vista y oyó su galope lejano, lanzó un relincho quejumbroso y anduvo toda la mañana de un lado al otro del potrero, a la espera de algo que le explicara ese abandono inusitado. Como si también lo hubiese extrañado, al regresar de su paseo matinal mi padre fue a verlo para decirle las frases tiernas y habituales.

Pero a la mañana siguiente, sus ojos, aún más asombrados, siguieron, de nuevo, la escena del día anterior. Cuando mi padre se aproximó para acariciarlo apoyó la cabeza contra su brazo, con más empeño que nunca, como para impedir que se alejara en el nuevo caballo, mientras vigilaba, tristemente, los preparativos que efectuaba mi padre antes de iniciar el galope.

Alejado de los otros caballos no pasó mucho tiempo antes de que el tordillo comenzara a recorrer el potrero con ese galope peculiar de los caballos desensillados. Durante unos minutos permaneció en una tensión que le hacía temblar las orejas, hasta que, de pronto, como si el rumor de los cascos le produjese una desesperación incontenible, se lanzó al galope, en dirección del alambrado y pegó un salto para cruzarlo.

Se oyó un relincho entrecortado, desgarrante, y cuando el cochero corrió hacia él, lo halló fuera del potrero, una pata enganchada en el alambrado. Al saltar se había abierto el vientre contra un poste.

Entre varios peones lo transportaron, de inmediato, a la caballeriza; desde donde nos llegaban sus quejidos dolorosos y extraños. Cuando mi padre regresó, ya había comenzado su larga agonía. Enteramente rodeado de brasas para mantenerlo en calor, durante horas enteras permaneció rígido, los ojos clavados en el mismo punto. Para comprobar si aún eran capaces de reconocer a alguien, mi padre se arrodillaba en el suelo procurando ponerse al alcance de sus ojos agrandados y tristes.

El cochero Pascual lo vigiló toda la tarde, toda la noche. A la mañana siguiente, muy temprano, cuando mi padre se dirigió a la caballeriza, su tordillo ya había muerto.

Murió de celos. Así lo comprendí yo y así quiero seguir creyéndolo siempre.

A la mañana siguiente, la cocinera se marchó sin despedirse. Cuando Irene se dio cuenta del engaño, fue hacia su cuarto, entristecida, para volver a colgar sus trajes, a desatar los libros, a colocar todas las cosas en su sitio.

Su aspecto era tan trágico que, por primera vez, no nos atrevimos a seguirla.

La madre acababa de despedir a la cocinera. Sentada sobre la cama, los vestidos, los juguetes y cuanto poseía amontonado junto a la almohada, Irene lloraba despacito. Era ella la que siempre inducía a los sirvientes a que se marcharan. Les cambiaba de sitio los objetos, les escondía los utensilios más importantes, les gritaba cosas desde atrás de una puerta, inventaba mil argumentos para que la madre terminara rogándoles que se retirasen.

Pero María le gustó desde el primer momento y al enterarse de que la madre la había despedido, fue en busca de ella y le rogó que le avisase cuando se marchara, para irse juntas. Enternecida, la cocinera le respondió que recién partiría a la mañana siguiente, y sólo después de obligarla a prometer que la despertaría a tiempo, Irene regresó a su dormitorio. En silencio, haciéndose la desentendida si le dirigíamos alguna broma, llorando sin que se la oyera, comenzó a envolver su ropa, sus libros, todas sus pequeñas cosas, y cuando hubo terminado de hacer un paquete casi tan grande como ella, se acostó, porque debía levantarse temprano.

Recuerdo que, a pesar de ser muchas, cuando la madre contaba a sus amigas la última gracia de alguna de nosotras, las palabras nuevas que repetíamos, los gestos que copiábamos de los mayores, siempre conseguía enumerar, por separado, y con un tono diferente, las características que descubría en cada una.

Uno de los temas en donde su ternura se demoraba —como si recorriera esos recuerdos, con frecuencia, para conservarlos intactos, con la misma deleitación con que yo lo haría mucho después con éste o con aquel episodio para ensayar el recuerdo e impedir que ningún olvido lo amenazase— me procuraba tal sensación de desamparo que me era imposible escucharla con calma. Esto ocurría, inevitablemente, cada vez que la madre rememoraba los detalles de nuestro bautismo.

Nuestro entusiasmo por los niños —que nos ocupaba horas enteras imaginando cómo, cada una, vestiría al suyo, los nombres con que le gustaría llamarlo— agravaba mi disconformidad porque, sin quererlo casi, retrocedía hasta mi bautismo imaginario y regresaba al juego sabiendo que ya era tarde, que ya no era posible volver a realizarlo. Cuando representábamos, entre nosotras, la ceremonia del bautismo, donde todas desempeñaban un rol distinto, vestíamos a

las muñecas con largos trajes de puntillas, y nunca se me ocurrió pensar que esa ternura del niño en brazos de la madrina, con un vestido que casi tocara el suelo, pudiese faltar en la vida de nadie.

Un día que la madre contaba pormenores del bautismo de cada una, me enteré que todas, menos yo, habían sido bautizadas a los pocos meses de nacer, con sus largas envolturas y sus puntillas blancas. Cuando lo supe —tendría seis años— no me produjo, de inmediato, el mayor efecto. Lo lamenté un poco, pero me resigné sin hacer comentario alguno, porque la madre, arguyó que cuando yo contaba escasos meses, mi padre dirigía una expedición y había prometido esperarlo.

Sólo algún tiempo después comencé a tenerme un poco de lástima. Apoyada en los recuerdos de la madre, me imaginaba a los dos años de edad —edad en que me bautizaron— vestida de blanco, con moños y encajes, lo mismo que las otras, pero con un traje corto que ni siquiera me cubría las rodillas. Alguien me condujo de la mano, al entrar en la iglesia, pero me dejó subir, solita, las gradas hacia el altar. Me imaginaba que recién entonces habrían intentado tomarme en brazos y aunque procuraba convencerme de que, en esa ocasión, mi dulzura fue igual a la de otros niños, presentía que algo había faltado, que la escena no tuvo la misma solemnidad, el mismo encanto; que el vestido aun siendo nuevo no era un traje de bautismo y que, posiblemente, me lo habrían puesto los domingos, en vez de guardarlo en un baúl junto con el de las hermanas.

No me atreví, sin embargo, a confiar a nadie mi decepción. Cuando la madre lo contaba, me sentí enternecida, como si yo misma me tuviese un poco de lástima. Hubiera preferido que no lo contara, o por lo menos, que yo no hubiera llegado nunca a saberlo. Me avergonzaba un poco y tenía miedo de ruborizarme, presintiendo que a alguien le parecería tan humillante como a mí el que tuviese que subir las gradas, caminando, para que me bautizaran. Mi infancia, estaba segura, no había sido completa; le faltaba ese regocijo para el recuerdo que, de ella, guardasen los otros.

Georgina era la única que conseguía adormecerla de inmediato. Yo no alcancé, como las mayores, el privilegio de hacer dormir a Esthercita, y aunque me lo hubiesen permitido, rara vez habría podido saborearlo, pues Marta y Georgina se la disputaban de continuo.

Cuando Esthercita se hallaba desvelada, generalmente se la entregaban a Georgina, para que procurase hacerla dormir. Georgina poseía su "sistema" y, a los pocos minutos de entrar en el dormitorio de la madre volvía a reunírsenos en el jardín, con el aire satisfecho de quien ha realizado una proeza.

Una tarde nos propusimos averiguar por qué razón Esthercita se dormía tan pronto con ella. Acurrucadas detrás de los cortinados, seguimos los preparativos de la madre mientras mudaba a Esthercita, hasta el momento en que se la entregó a Georgina envuelta en su mantillón blanco.

Después de pasearla en brazos, a lo largo del cuarto, Georgina se sentó sobre la cama grande. Nos pareció que, como siempre, Esthercita jugaba a hacerse la dormida, que permanecía algunos segundos con los ojos cerrados, para volver a abrirlos, sin que ninguna sombra velara sus gran-

des pupilas. Fue ese el momento que aprovechó Georgina para implantar su sistema. Cuando los párpados indecisos de Esthercita comenzaron a descender para reabrirse de nuevo, Georgina sopló, suavemente, sobre ellos. No fue necesario que lo hiciera dos veces. Esthercita ya se había dormido profundamente.

Desde muy pequeñas, Susana y yo nos habituamos tanto a la frase dicha en inglés: "no son bonitas ¡pero tienen tan lindo pelo!" que, a veces, nosotras mismas, sin la menor presunción, nos adelantábamos a decírla cuando llegaba alguna visita o cuando alguna amiga de la madre acariciaba nuestras cabezas.

Durante mucho tiempo, sin embargo, el color rojo subido de nuestros cabellos provocó las burlas de mis hermanas, quienes, en cierta ocasión, llegaron a manifestarnos que no éramos hijas de la madre ni de papá, sino que habíamos sido recogidas, adoptadas por ellos.

Susana y yo nos mirábamos y comenzamos a dudar. Nos pareció que el color de nuestro pelo nos separaba de las otras, cuyas cabezas rubias serían, más tarde, idénticas a la de la madre. La barba rojiza de papá no nos convencía de su parentesco, persuadidas de que todo se heredaba del lado materno.

Cuando las bromas se tornaban demasiado insistentes, llorábamos la seguridad de que algún día tendríamos que abandonar la casa, despedirnos de la madre, de papá, de las hermanas. Marta murmuraba que yo tendría que trabajar y que sería la "oveja negra" de la familia, como en el libro

de "Las cuatro hermanitas", que la institutriz nos había leído y con cuyas protagonistas nos comparábamos. Durante mucho tiempo, el término oscuro de oveja negra, la convicción de ser hija adoptiva, me unió a Susana, cada vez más íntimamente, en previsión del día en que tendríamos que marcharnos. Ella en cambio, sólo sufrió más tarde el tono viviente e intenso de su cabellera, más rojiza que la mía, pues recién a los diez años, al volver juntas de la escuela, se detenía algunas veces frente a una vidriera y comenzaba a llorar, desconsoladamente, porque las llamaradas de sus cabellos se reflejaban en los cristales con una violencia que no permitía prever ningún cambio que la mitigara.

Algún tiempo después, al conocer a mi abuela materna, la oí decir, mientras acariciaba mi cabeza con un gesto reminiscente: "tiene el cabello tan lindo como cuando era joven". Alborozada, triunfante, fui en busca de mi hermana y le dije:

—Abuelita dice que su cabello era igual al mío. ¡No somos hijas adoptivas!

Susana contempló mi cabeza como si toda su felicidad hubiese dependido de ella.

Cierta vez que solicitamos cocinera a Buenos Aires, nos enviaron un ejemplar cuyos contornos desordenados y opulentos albergaban un buen humor fabuloso, las condiciones físicas y morales de una excelente cocinera. A los pocos días de hallarse con nosotras, ya descubrimos, en ella, un orgullo contagioso que todavía hoy, al recordarla, nos induce a agregar: "Fue cocinera del Rey de España".

Desconozco si sus recomendaciones atestiguaban esa pretensión. Lo cierto es que urdía unos platos de cuya trascendencia aún se guarda memoria en mi casa. Un poco lejos, yo sólo retengo de ellos su porción decorativa, el acierto con que situaba un verde al lado de un amarillo, la altura espectacular de algunos postres, la transparencia y el aire equilibrado de sus jaleas; de la parte culinaria en sí misma, sobreviven, únicamente, el dulce de leche, las humita y las empanadas que aprendió a hacer al llegar a Mendoza donde permaneció cuatro años.

Una tarde fue al pueblo para que el médico la examinara, pues se sentía indispueta, y aunque el diagnóstico no aminoró su buen humor, tuvo que someterse a una intervención quirúrgica.

En el hospital la operaron de inmediato, y a los quince días ya se había reiniciado en nuestra casa el desfile de platos historiados por los apellidos de los grandes de España.

Aunque su comportamiento con los peones y jardineros, tanto como su proximidad a los cincuenta años, la hicieran insospechable, la gente mayor notó, al poco tiempo de reintegrarse a la cocina, que su vientre presentaba un aspecto extraño, como si un niño le creciera en un costado.

Cuando consideró imposible callar, supimos, por la madre, que le había mostrado el vientre para que se lo palpara, y como nada justificase esa protuberancia y la hinchazón fuera en aumento, decidieron llamar al médico.

Después de mucho insistir consintió en que se le reabriese la herida, pero empeñada en cerciorarse, por sí misma, de lo que ella ocultaba, sólo aceptó una anestesia local.

Ante la estupefacción de Josefa y el azoramiento del médico que la operaba, al primer bisturetazo apareció una de esas tijeras angostas y largas que se emplean para cortar las gasas. Afortunadamente para el médico, Josefa se hallaba sujeta a la mesa de operaciones cuando éste intentó ocultar las tijeras en un bolsillo del delantal. Al comprobar que le era imposible incorporarse para agobiarlo de improperios, después de insultarlo en voz baja se obstinó en preguntarle, con un tono irónico y burlón, si no se había olvidado también los guantes, el guardapolvo, hasta que el médico, exasperado, la obligó a aspirar una fuerte dosis de éter para conseguir cerrarle el tajo.

Cuando volvió en sí, sólo la enfermera y el practicante de guardia usufructuaron de su encono, pero aunque lograra eludirlo, no transcurrieron muchos meses antes de que el médico se viera en la necesidad de escurrirse a otro pueblo, porque las bromas y los extravíos quirúrgicos que se publicaban en el diario local, habían acobardado a la clientela.

Josefa, en cambio, adquirió tal popularidad que no tardó en echarse a perder. Cada vez que venía alguien a la casa, por más que nos empeñáramos en evitarlo, se valía de cual-

quier pretexto para contar el asunto de las tijeras, hasta que éstas llegaron a constituirse en una verdadera obsesión.

Una noche exageró tanto su volumen, las rememoró con tal exuberancia de detalles, se adjudicó una actuación tan lucida y lindante con el crimen, que fue necesario despedirla. Estoy segura que, de contarle en España, dirá a estas horas que el médico poseía veleidades e instrumentos de horticultor.

A veces Susana y yo nos preguntábamos:

—¿Qué será lo más triste? ¿Algo que no tenga nada que ver con la familia, ni con alguien que se vaya o que se muera? ¿Qué sea lo más triste para todos, sin tener ninguna relación con personas?

Susana se quedaba pensativa y luego hacía desfilar un ejército de animales muertos, inundaciones, un rayo adherido a un árbol. Pensábamos en muchas cosas. Las mías eran más simples. Yo me imaginaba los pichones en el suelo, las vacas muertas y olvidadas en el camino, un águila llevándose un cordero, una serpiente enroscada a un caballo, apretando el abrazo hasta asfixiarlo.

Siempre relacionaba la tristeza con los caballos. Me parecían tan decentes, tan resignados, tan silenciosos. Cuando quería imaginar un dolor grande en algún animal, no pensaba en los perros ni en los gatos, en las vacas ni en los conejos. Siempre veía un caballo.

Una noche en que habíamos hablado mucho, me fui a acostar pensando en el tordillo de mi padre que se agachaba hasta el suelo para que él montara sin ningún esfuerzo. Alguien había comentado un libro cuya protagonista se hun-

de en un pantano, sin que nadie consiga salvarla, y donde lo último que se ve es la mano agitándose, como una hoja, sobre el barro. Pensé en seguida en un caballo, en un caballo blanco que fuese sumergiéndose, poco a poco, en esa región movible y pegajosa, hasta que sólo quedara afuera la cabeza, la boca desesperada, la nariz y los ojos desmesurados y tristes porque se van llenando de tierra insistente, elástica y mojada.

Cuando Susana volvió a preguntarme "¿qué será lo más triste?", le dije mirándola como si le comunicara una noticia muy penosa:

—Un caballo blanco, hundiéndose en un pantano.

Los dedos temblaban levemente junto a la carta recién abierta, pero su lealtad no le facilitó ninguna demora, ningún momento propicio para comunicarnos su partida.

—“He recibido noticias de Inglaterra. Mi hermana ha muerto. Los chicos no pueden quedar solos.”

La madre la abrazó en silencio, mientras nosotras buscamos un pretexto para alejarnos, porque sabíamos que nuestra tristeza era tan torpe y tan inhábil como para ser incapaz de adelantarse y proferir una palabra. Presentíamos el desgarrón, pero no lográbamos ubicarlo en un día, en una noche, mientras tuviésemos a nuestro lado su figura pequeña y gris. Era necesario llegar a su ausencia, al primer minuto después de su partida, para poder construir esa congoja.

A la hora de la cena ya se hablaba con más naturalidad.

—“Escribiré mucho” —nos decía, apenas agitada su dulzura por un rumor de tristeza.

Esa noche, sin embargo, nos reímos tanto como otras veces. Comentábamos su llegada a Londres, el momento en que descendería del barco para arrojarse en los brazos de su hermana menor. De pie, una a cada extremo del salón,

ensayábamos la escena. A una señal dada lanzábamos un grito y corríamos hacia la que avanzaba a nuestro encuentro, para estrujarnos con un furor que excedía todo afecto y que terminaba haciéndonos rodar por el suelo. La institutriz nos miraba, chiquita, desde su sillón. Parecía que tuviese miedo o que la curva de su mejilla ya cansada, aguardara una lágrima.

A los ocho días cerró sus valijas. La madre se despidió en su cuarto porque era la hora de dar el pecho a Esthercita, y al dirigirnos a la terraza, algunas lágrimas rodaron, lentamente, sobre su pecho desnudo.

En la terraza, sospechando que no podría verla partir así, de cerca, al alcance de la mano, fui la primera en despedirme, y mientras los abrazos se sucedían con una ternura que desbarataba toda intención serena, me dirigí, disimuladamente, hacia mi cuarto.

Cuando los últimos gritos llegaron desde la escalinata, comencé a llorar como nunca lo había hecho antes y me acerqué a la ventana para verla por última vez. El break ya doblaba la curva de la entrada. Miss Whiteside iba sentada derecha, mirando hacia la casa, el sombrero un poco ladeado, las manos sobre la falda.

Al verla, detenida en el portón, con su chico en brazos, supusimos que era una mendiga, aunque se le advertía un aire desesperado, como de apuro, en vez de la resignación forzada de quienes piden limosna. Cuando la mucama fue a hablarle observamos que, después de señalar hacia los fondos de la quinta, gesticulaba y sacudía al niño como si se refiriese a él.

Rosa fue al encuentro de la madre mientras nosotras descendíamos al jardín.

—“Tiene el hijito muy enfermo —explicó Rosa—. Dice que lo único que puede curarlo es bosta caliente y pide permiso para entrar al corral”.

La madre accedió enseguida y aunque procuró retenernos, nosotras avanzamos, a escasa distancia de la mujer, quien se dirigía hacia el corral casi corriendo, mientras hablaba consigo misma y estrujaba al niño inmóvil entre sus brazos.

Al llegar al potrero donde pastaban las vacas, se escurrió por entre los alambres, se acercó resuelta a los montones de bosta y, sin vacilar, los fue palpando uno después de otro, hasta que verificó que ninguno poseía suficiente calor. Sentada sobre unos troncos, los ojos agrandados e implorantes,

permaneció mirando a las vacas que rumiaban indiferentemente. Cada vez que una cola pegaba un latigazo, la mujer se estremecía y su rostro, dividido por surcos ásperos, se apaciguaba como si un alivio o una esperanza lo dulcificara, momentáneamente, hasta que volvía a sumergirse en un vaivén de brazos que no lograba reanimar al niño.

Después de una larga espera, repentinamente se lanzó al medio del corral. De un montón de bosta salió un humo apagado. Una vaca nos miraba con ojos redondos y dormilones.

Amedrentadas, nos juntamos unas a otras. Sobre la cara de la mujer pasaba, de nuevo, el alivio, pero esta vez se detuvo hasta aplacar la angustia apretada de la boca, la movilidad violenta de sus ojos.

Vimos cómo desvestía al niño que ni siquiera lloraba. Vimos el cuerpo pequeño, sin ninguna gracia de curvas, completamente desnudo, detrás de la vaca inmóvil e indiferente.

Luego de acostarlo, boca abajo, sobre el suelo, con una mano lo sujetó fuertemente para que no se moviera y, arrodillada a su lado, hundió la otra en la bosta humeante, varias veces, sin repugnancia, impregnada de un olvido para todo lo que no fuera la vida de su hijo. El chico permaneció quietito sobre la tierra. La mano iba y venía del montón de bosta a su cuerpo hasta formarle una enorme cruz sobre la espalda desnuda.

En sus ojos, en sus movimientos existía algo de encrespado, de enfurecido. Cuando no hubo ningún hueco que rellenar, cubrió al niño con su pañoleta y lo dejó, largo rato, sobre el suelo. El niño no se movía. La mujer esperaba. Al enfriarse la cruz trazada sobre la espalda, lo levantó con precaución, lo envolvió en todos sus trapos y, escurriéndose entre las vacas, se fue por la última tranquera, sin vernos, sin mirarnos, como si ya hubiese realizado el milagro de su ternura, de su miedo.

Cinco cabezas juntas. Un aire frío se detenía en la nuca. Cinco cabezas juntas; una oscura, dos rubias, dos rojizas. El aire glacial en la nuca, todo el tiempo, y abajo, la manta —un pedazo de sombra más inmóvil que cortaba el coche, horizontalmente, en dos— dejando vislumbrar, tan sólo, una que otra lista amarilla de la piel de tigre que nos cubría las piernas.

Las manos resguardadas debajo de la manta, nos entreteníamos en adivinar a quién pertenecía la que estrujábamos. La silueta de Pascual, inmutable en el pescante, se movía imperceptiblemente cuando los caballos aflojaban el paso. En algunos sitios las ruedas abrían grandes surcos mojados que se cerraban, de inmediato. El barro dificultaba el avance de los caballos, cubiertos de espuma, y el coche, al inclinarse de un lado al otro, juntaba nuestras cabezas, volvía a separarlas al recobrar el equilibrio, dulcemente.

Todas reconocíamos las manos de Marta en el acto. Aunque había abandonado el hábito de arrancarse el pellejo, mientras éste florecía en torno de los dedos, en la palma de la mano, su contacto recordaba la superficie áspera de las maderas sin cepillar.

En cierta ocasión, al rozar su mano despellejada, dije, instintivamente, de quién era.

—“Yo no juego más. Me reconocen enseguida” —la oí murmurar, mientras retiraba su mano de la mía. En la oscuridad, Irene se apresuró a recogerla, y a inquirir, con una voz forzada, como si quisiera mitigar su decepción al creer que las hallábamos muy feas:

—“¿De quién es ésta?”

Cuando tuve, de nuevo, la mano de Marta en la mía, exclamé:

—¿De quién será?

En la penumbra, las manos se agitaban debajo de la manta. Cerca del pueblo un foco iluminó, de golpe, las cinco cabezas juntas. Durante un momento alcancé a ver que Marta se prestaba, con una sonrisa triste, a que continuara el engaño.

—“Cuando sean grandes y se casen, niñas, tendrán que matar las gallinas para el puchero de sus maridos...”

La vez que el jardinero nos dijo eso, no hice mayor caso, pero me fui a mi cuarto —porque sospeché que se dirigía al gallinero para escoger un pollo y matarlo— mientras él se alejaba silbando, indiferentemente, como si el cuello de la gallina y su revoloteo incesante —hasta quedarse quieta, de golpe— no le produjera ninguna repugnancia, ningún miedo. Pero una tarde, cuando trajeron un pavo a casa, mucho antes de Navidad, con el fin de cebarlo para esa fecha, comencé a sentir aprensión.

¿Si me casara con alguien que no tuviese cocinera y le gustase comer pollo alguna vez?

Recordé el aire alarmado con que una cocinera entró al comedor exclamando que el pavo, ya introducido en el horno, había lanzado un glogloteo, acaso el último, apresado en la garganta cuando lo estrangulaban, y empecé a imaginar todos los detalles de esa matanza. Sentía el cuello blando, granuloso, repulsivo, cubierto de pintitas rojas, de la gallina que se retorció para todos lados. Me veía aprisionándole el cuerpo entre las rodillas, procurando tirarle la

cabeza hacia atrás, pero el cuello se estiraba como un elástico, y al interrumpir el tirón, la cabeza regresaba, con un ruidito seco, a su postura habitual. Convencida de que me olvidaría de la cabeza, que me equivocaría de sitio, otras veces imaginaba a la gallina aún viva, revolcándose a mi lado; sobre las manos y el delantal una mancha estremecida, repugnante y espesa.

Lo único que no lograba concebir era el primer gesto. Cómo agarrarla. Dónde debía de apretar para producir el ahogo. Cómo doblarle el pescuezo. Aun utilizando un hacha, era necesario sujetarla con una mano mientras le asataba el golpe con la otra. Era entonces cuando el horror me turbaba tanto que, al golpear con el hacha, le dividía la cabeza en dos partes, o al arrancarle, únicamente, la cresta, descubría uno de mis dedos distanciado, irreconocible sangrando sobre la mesa.

Después supuse que la gallina se quedaría medio muerta, la cabeza balanceándose en el borde de la mesa, mirándose de abajo hacia arriba, y experimentaba el mismo miedo que si una mano extraña hubiese intentado abrir la ventana de mi cuarto, o el que me estremecía cuando Irene, en la oscuridad, avanzaba a la suya sin avisarme.

Decidí, durante mucho tiempo, no casarme nunca.

Oigo los acordes del piano. La casa se llena de paquetes. No hemos visto a la madre ni a Miss Whiteside durante toda la tarde. Vagamos de un lado al otro. Salimos al jardín. Consultamos el reloj. ¿Cuándo llegará la hora de desatarnos los rulos, de estrenar los vestidos?

Aunque esa noche comemos con mis padres, con Miss Whiteside, nos parece que la cena no finaliza nunca.

Oigo los acordes del piano. Las puertas del salón, clausuradas todo el día, se abren de par en par. Detrás nuestro, los sirvientes, cohibidos, se agrupan junto a la ventana. En fila, llegamos a esa porción iluminada, de pronto, por la luz distinta y movidiza de las velas coloreadas, para leer nuestro nombre en algún paquete. La marcha que la madre toca nos aleja, nos aproxima al árbol. Los rostros de mis hermanas —alegres triángulos ubicados, durante un segundo, en el hueco de una rama— se acercan a los largos hilos de estrellas que se ocultan en el sitio más frondoso. El oro y plata de los adornos, los globos luminosos y frágiles detienen, sobre una mejilla, sobre una cabeza rubia, un reflejo pequeño, apurado y repentino. Cuando mi padre se aproxima al árbol para iniciar la distribución, nuestros ojos comienzan su descenso hacia la parte nevada, donde nos aguarda una realidad más duradera.

Todas buscamos un sitio propicio para amontonar los grandes paquetes de distintos colores. Luego los abrimos, apresuradamente, y leemos el nombre incluido con el regalo. Cada uno de ellos presupone un beso, y durante media hora, la cabeza de la madre, de mi padre, de Miss Whiteside,

las nuestras, se inclinan para apoyar sobre una mejilla, ese gesto que adquiere aquella noche una ternura más acentuada y repetida.

Las velas ya vencidas, comienzan a inclinarse hacia un lado. El árbol se oscurece con los brazos abiertos y recargados. Sobre las curvas de algodón que circundan su tronco, una lágrima verde, roja, amarilla, nos indica el final de esa noche ruidosa y ya lejana.

Antes de que el árbol se sumerja en la penumbra, bebemos champagne junto a las últimas luces que se balancean. Las manos de mis padres se agitan en la media luz para alcanzar, en la copa del árbol, una pequeña vela que se inclina demasiado. La hora, el champagne, no consiguen detener nuestra impaciencia, y a las doce, nos retiramos hacia nuestros cuartos, cargadas de regalos, ansiosas por compararlos entre sí, por tenerlos tranquilamente, en la penumbra de los dormitorios.

Así eran nuestras noches de Navidad. ¡Si mi niñez no conociera esos grandes paquetes, ese ceremonial tardío y apresurado, esa media noche un poco irreal y enternecida!...

A la mañana, un gran bebe de ojos movibles, un juego de paciencia, el tic-tac de un reloj, repetían la certidumbre de esa noche perfecta y que, sin embargo, me gustaba más al contemplarla desde el día siguiente, en la realidad tangible de los regalos que verificaban su existencia rápida, misteriosa y tierna.

Cuando la madre la retaba, siempre respondía lo mismo.

—“Qué voy a hacerle, señora. No puedo disimular nada.”

Era la niñera de Eduardito, y sus veinticinco años, un poco apagados, parecían más graves aún por esa sombra que el vello proyectaba sobre su labio superior.

Al oírle decir, sin que viniera al caso y sin ningún motivo: “no puedo disimular nada”, nosotras no lográbamos contener la risa, hasta que una tarde, la madre, algo malhumorada, le explicó lo que era el disimulo y agregó:

—“Si descuida al niño, no se trata de que usted no pueda disimular nada. Usted no cumple, simplemente, con su trabajo, porque no sabe o porque no quiere hacerlo”.

—“Sí, señora” —contestó, pero a la primera reprimenda, su súplica fue la misma. Como era excelente y quería mucho a Eduardito, la madre decidió hacer caso omiso de su respuesta inevitable.

Una noche que yo lloraba, se acercó y me dijo: —“No debe dejar de llorar porque la esté mirando, niña. No tiene que disimular nunca nada. Yo también tengo ganas de llorar” —y se puso a llorar conmigo, hasta que las dos nos reímos.

A los cinco años, la cordillera ya me había acostumbrado a su presencia solemne y alejada, pero el paisaje no me inquietaba en absoluto. Las personas y las cosas me proporcionaban el mundo necesario y minúsculo para revestirlo de palabras y de gestos predilectos.

Recostada contra los álamos, sombreándose los ojos con una mano para vigilarnos mejor, la institutriz, Miss White-side, surge y se recrea con nosotras en cada episodio remoto y, silenciosa y tierna, se coloca entre los dos acontecimientos más lejanos de mi niñez.

La misma calidad de lágrima en los dos, el primero se adjudica un nombre -¡y lo retiene tan corto tiempo!-, el nacimiento de Esthercita; el segundo, que le pertenecía por estar en ella y porque sólo de ella amenazaba lágrima, fue su partida.

Mi padre la llamó por un año, pero permaneció seis entre nosotros. Debajo de sus ojos vivimos las cinco durante todo ese tiempo viéndola desde su cotidiana dulzura, desconociendo -gracias a su pudor- si un cansancio la aislaba alguna vez, si una tristeza la retenía en su cuarto.

Seis años en una casa extraña, sin el menor resquemor, sin pronunciar una palabra dura, sin requerir, tan siquiera, detenerla. ¿Educación perfecta? ¿Una ternura excesiva? Aun cuando se quiere se pega un portazo o se oye al otro que cierra la puerta con estrépito. Mientras vivimos en Mendoza, nunca escuchamos una palabra dura. ¿Influencia de la madre? ¿Acaso la temprana convicción de que no sirve para nada? Tal vez su dulzura no hubiera existido sola, o contrariada... pero permanece flotando sobre esos seis años y ninguna explicación podría aminorar su realidad dichosa, la certidumbre, ya lejana, de que era tan perfecta que no necesitaba ninguna clase de retoque.

Los mismos álamos que la atajaron tantas veces, nos permitieron verla, cuando se marchaba, en pequeñas instantáneas angostas y verticales, cada vez más en perfil, cada vez más en sombra, mientras su mano enguantada, de señorita inglesa, no conseguía ocultar una lágrima.

Es por eso que, al recordarla, mientras acaso nos esté escribiendo desde la Isla de Man o alguna aldea remota de Inglaterra, queriéndonos todavía, necesito destacar su figura para que su sonrisa, habituada al recuerdo, se detenga una vez más en el nuestro, si llega a leer su nombre en este libro.

—¿Oíste?

Incorporada en mi cama, procuré alcanzar el rostro de Susana a través de la penumbra, porque sospeché que no quería confesar su miedo.

Durante un minuto permanecemos rígidas, sin que se volviera a repetir el extraño cuchicheo que parecía provenir del cuarto contiguo que había pertenecido a la institutriz. El cuchicheo misterioso —¿una frase meditada en su ternura ya lejana?— acaso procediera de algún mueble, de alguna puerta mal cerrada, de algún murciélago que hubiese entrado durante el día.

Permanecí despierta, largo rato, para ubicar el ruido misterioso en el caso de que se repitiera, pues no era el ruido en sí lo que más me atemorizaba, sino la incapacidad de explicarlo, de justificar su procedencia.

A la hora del desayuno, después de comentar nuestro temor inútil, Susana me dijo:

—“No quiero que me preguntes si he oído algo. Prefiero que me digas: ‘acaba de abrirse una ventana, alguien camina en el cuarto de al lado’, pero no me digas ‘¿oíste?’, porque anoche no escuché nada sino mucho tiempo después de que me lo preguntaras y no sé si era el mismo ruido”.

Por esa misma razón, yo también me acordé de los días que pasé en Buenos Aires, cuando la madre me preguntaba desde su cuarto “¿oíste?”, el mismo miedo me invadía, porque, de inmediato, comenzaba a suggestionarme, y a fuerza de pensar en qué pudo haber sido lo que la asustara, llegaba a construir un miedo idéntico al suyo, aunque inmotivado. Estaba segura de que si me hubiese dicho: “alguien fuerza un cerrojo, o camina por el jardín”, yo hubiera oído, como Susana, exactamente lo que indicaba y no un ruido imaginario y misterioso.

Más tarde, cuando quería comunicar un miedo, comenzaba sin ningún preámbulo, y al preguntárseme si había escuchado algo anormal, yo contestaba, de inmediato, afirmativamente, pues me parecía que nada era tan terrible como hallarse sola, de pronto, ante un ruido extraño, ante uno de esos ruidos que no se repiten, que llegan a través de la noche, desligados de cualquier costumbre, y que no pueden verificarse porque casi siempre provienen de miedos distintos e indefinidos.

Para Susana y para mí, que no pasábamos de los diez años, su muerte no consistió de un día detenido de golpe, separado de la noche por una congoja.

Tanto ella como yo ignoramos los pormenores que nos hubieran ayudado a preverla, pues desde la tarde en que se enfermó, súbitamente, no lo vimos más, ya que la madre era la única que permanecía a su lado.

Una mañana, muy temprano, nos enviaron a la quinta de la profesora francesa, y esa circunstancia, que ya había significado un regocijo: el nacimiento de Esthercita, nos indujo a suponer que se aproximaba algo de cuyo misterio nada podíamos adivinar detrás de las puertas cerradas, en los ojos azorados del cochero, en el apremio de los caballos por separarnos de la casa.

Cuando regresamos, al atardecer, y mientras lo llevaban a pulso, seguido de todo el pueblo, al cementerio, la madre entró en nuestro cuarto:

—“Tengo algo que decirles” —murmuró mirándonos desde una región nueva y desesperada, al mismo tiempo que un temblor le estremecía el mentón de una manera muy distinta al que presagiaba una sonrisa—. “Papá ha muerto” —y

se quedó quieta, hundida en una angustia que le ensombrecía los ojos.

Susana se sonrió. Yo miré hacia la ventana. Fue como si la viese por primera vez, como advertí, más tarde, que todos, ante un hecho terrible, se agarran de cualquier objeto, el primero que encuentran, y no lo olvidan más. La ventana, con sus cortinas claras, me sostuvo, mientras mis ojos abarcaban todos sus detalles; la caída de los pliegues, el caminito prolijo de las costuras, el lazo que las mantenía abiertas. La muerte de mi padre se estremecía, toda entera, contra la ventana.

La madre lloraba y nos acercamos para tocarla. No sabíamos qué hacer ni qué decir. No preguntamos, tan siquiera, si ya lo habían llevado. En realidad, no hubiéramos sabido aproximarnos a él. Jamás lo vimos acostado, ni lo recuerdo sin cuello, en mangas de camisa, en “robe de chambre”, salvo los domingos en que se entretenía en el cuidado del jardín.

Ignoro cómo sintieron Susana, las otras, su muerte. Cuando la madre se fue del cuarto, la noticia, de pronto, pareció agrandarse como si el ruido de la puerta se hubiese levantado en una interjección final y triste. Sentí un tirón en la garganta. Quería llorar. A los diez años se llora por cualquier causa pero quería llorar con dulzura, para que fuera un llanto separado, distinto de los otros. Quería llorar a propósito, acordarme de muchos rasgos tiernos, para que el llanto me durase más que otras veces. Pero no fue necesario. El recuerdo, inconscientemente, agolpó en torno mío escenas cotidianas, gestos que, de pronto, adquirirían un significado duradero porque quien los había realizado ya estaba muerto. Vi el largo corredor sobre el cual se abrían todos los cuartos, su escritorio vacío, ninguna luz debajo de su puerta... Noruega, en el globo terráqueo, se alejaba para siempre. Más próximo, el dormitorio, la cuna arrimada a la cama grande. Luego recordé su rebenque, colgado de la percha.

Empecé a llorar. Lloré durante horas, mientras Susana permanecía sentada, muy grave, sin poder decirme una palabra, como si el dolor se quedara quieto en sus ojos desmesurados.

Durante los días subsiguientes, la silueta oscurecida de la madre, la atmósfera silenciosa, los preparativos para regresar a Buenos Aires, los estudios interrumpidos, las horas libres, me impidieron detenerme en su muerte. Unos meses después, al leer uno de los discursos en los periódicos que la madre guardaba, recién comencé a verla más clara, más dolorosa y definitiva. Entre todos los homenajes que se le tributaban separé una frase que, lejos de toda prevención retórica, se asoció a su recuerdo, en un sentido natural y exacto: "Era tan fuerte que se quebró como un roble; sólo los juncos se incorporan después de la tormenta".

Algunos años más tarde comencé a enorgullecerme de su nombre, pero cada respeto nuevo que su recuerdo me imponía, pasaba por la madre, y aún sintiéndolo lejos, desconocido, descendía familiar y dulcificado hasta en sus gestos más cotidianos.

Cuando miro su retrato pienso que no lo conozco, pienso que no me conoce.

Su muerte construyó diferentes destinos.

Inclinada sobre los últimos baúles, los ojos doloridos de llorar tanto, la madre aseguraba algún cerrojo, incluía algún objeto olvidado. Nosotras vigilábamos sus idas y venidas, aguardando la oportunidad en que se hallara ocupada por largo tiempo, para salir al jardín. Cuando la vimos detenerse frente a la mesa con un sinnúmero de papeles en las manos, cambiamos la señal convenida, y a los pocos instantes nos reuníamos en el camino de álamo que bordeaba la quinta.

—"Empecemos por el lado del portón" —anunció Irene.

La sombra de los troncos apenas permitía que las nuestras, mucho más pequeñas y delgadas, se acostaran a grandes intervalos sobre la tierra.

Ya junto a la puerta dejamos que Irene se distanciara algunos metros de nosotras. Marta iba detrás, seguida de Georgina, Susana y yo, todas atemorizadas por la oscuridad, por las figuras extrañas que la luna creaba entre las ramas.

Éra la última noche que pasábamos en Mendoza, y por separado, habíamos coincidido en el deseo, en la ternura de despedirnos, uno por uno, de los árboles familiares que no veríamos más.

La figura de Irene disminuía junto a los grandes troncos y su cabeza se acercaba a ellos, momentáneamente. Un poco más atrás, nosotras hacíamos lo mismo; besábamos la corteza áspera de una rama, la dulzura fresca y húmeda de una hoja que nos rozaba el rostro. A veces era necesario que nos alzáramos sobre la punta de los pies, para alcanzar una rama muy alejada. Otras, procurábamos que un tronco demasiado rugoso no nos lastimara los labios.

Cuando regresamos a la casa, ninguna de nosotras se atrevió a hablar y nos dirigimos, en silencio, hasta nuestros cuartos.

Una vez en la cama, me pareció que la despedida debía de haberse prolongado, y desde aquella noche conocí la voluptuosidad peculiar que poseen las despedidas. Al imaginarme en víspera de una larga ausencia, recorría, con toda minuciosidad, el ambiente, los gestos de ternura, las frases que yo pronunciaría si me era dado irme alguna vez. Sospechaba que nada era capaz de alcanzar el tono de tristeza murmurada y lenta que rodea a las despedidas, y al alargarlas indefinidamente, las obligaba a retornar, para que se iniciaran de nuevo, en aquella curva del tren que nos entrega, de pronto, la misma ventanilla, en aquel viraje del barco que nos acerca, una vez más, a la persona que se halla en la proa, y al prever que me despediría de alguien, cuidaba que las escenas se repitieran, que los abrazos no terminasen nunca, que siempre apareciese el minuto insospechado y extraordinario de recobrar una boca, de decir adiós con un tono ya habituado a la tristeza.

¿Cómo es posible, solía preguntarme, que alguien eluda esa emoción por no enfrentarse con la pesadumbre que sobreviene un día, una noche, en que las cosas adquieren mayor hondura, en que uno se siente más bueno, más solitario...?

Mientras besaba los árboles de Mendoza, ya iba al encuentro de ese fervor que me procuraron siempre las despedidas, pero aquella noche, al acostarnos, sin decirnos nada, ni sospechábamos que, quince años más tarde, repetiríamos ese gesto con los viejos árboles de la calle Tronador.

Vestidas de marinera blanca llegamos, las cinco, a Mendoza. Vestidas de oscuro partimos hacia Buenos Aires. Entre un tren de ida y otro de vuelta, el nacimiento de Esthercita, la muerte de mi padre. Un nombre nuevo; el otro ya pronunciado en recuerdo, con esa voz irresoluta con que se habla, al comienzo, de los que ya no viven, hasta que la costumbre, paulatinamente, sitúa sus nombres en conversaciones triviales, en episodios sin importancia, que sólo adquieren vida porque un muerto se mueve detrás de ellos.

Acodadas en las ventanillas, seguíamos el pastito acurrucado junto a los rieles de la vía contraria; recobrábamos, en alguna curva, el perfil brumoso de la cordillera.

—“¡Allí está, otra vez!” —exclamaba alguna. En ese momento, ella existía para nosotras, con esa ternura peculiar de las despedidas, en que uno recorre, largo tiempo, la cubierta del barco para recoger, un instante más, uno solo, la imagen familiar que va borrando la distancia.

A mí nunca me había interesado. La ventanilla la acercaba, la perdía, sin que yo lo notara. Quizá me habría atraído si alguna porción de sombra le hubiese dado contornos de rostro, le hubiera concedido un significado doloroso; si

no resultara tan evidente que se bastaba a sí misma; pero durante los seis años que vivimos en Mendoza, nunca llegué a vislumbrar en ella lo que más me interesaba en todas las cosas, esa sensación súbita de sentirse solas, la necesidad de que cambiaran de aspecto, de que conocieran una humildad y un desamparo.

Irene hojeaba una revista. Su vestido de etamina negra no le agregaba años ni disminuía, en nada, su apariencia infantil. Marta y Georgina jugaban con Esthercita. Posesionadas de una ventanilla, Susana y yo, entretanto, sosteníamos largos diálogos, contábamos los postes telegráficos, seguíamos algún caballo que cruzaba un camino, mientras Eduardito dormitaba sobre las rodillas de la madre.

Después de algunas horas, dos o tres cabezas comenzaron a oscilar junto a un vidrio empañado. La madre opinó que era conveniente comer temprano. Un rato más tarde, todas, en hilera, la seguimos; Eduardito asido de su mano, Esthercita en los brazos de Marta.

Un poco tristes, un poco distraídas, en fila, tropezando por el pasillo estrecho, cruzamos amedrentadas de un vagón a otro -viendo a nuestros pies, un solo segundo, la tierra siempre igual, siempre distinta- empujadas por las sacudidas del tren, hasta llegar al comedor.

Afuera, la noche -tristeza de los trenes que se van hacia otra sombra más apretada y desconocida- se agarraba de los cristales, mientras yo me distraía mirando a mis hermanas reflejadas en ellos.

Un tren que va, otro que vuelve. Nuestra niñez se quedaba inmóvil junto a una estación del pueblo.

Habían transcurrido cuatro días desde que llegamos a nuestra casa de la calle Tronador. Aún no conocíamos, a fondo, la sombra de los árboles en las distintas horas, pero, a medida que revisábamos los recuerdos de los primeros años, íbamos recuperando, poco a poco, el grupo de cañas tacuara, los cercos de ligustro, los canteros que sólo añoraban una presencia de boj.

Los más viejos del barrio nos habían visto en pequeña fila, cuando apenas contábamos algunos años, y al contemplar la hilera rubia, crecida y aumentada, repetían nuestros nombres como si sólo les faltara reconocerlos para ubicarnos en alguna visión lejana. A doña Nastasia se le llenaron los ojos de lágrimas. Contaba 90 años y habríamos de verla alcanzar su centenario, sobrepasarlo, siempre derecha, pegada como una enredadera a los muros de su vieja casa que todos los nietos pretendían arrebatarle.

Esa noche llamaron al médico. Toda la tarde nos habíamos entretenido fabricando cestitas de flores para que Esthercita se paseara con ellas entre los árboles. Pero cuando llegó la hora de acostarla, advertimos que no conseguía una postura cómoda, que su frente se hallaba demasiado húmeda.

Cuando el médico vino, ya nos encontrábamos acostadas. Desde nuestras camas oímos la voz de la madre, el ruido de las puertas viejas, cansadas de moverse. Se notaba como un aire de delincuencia en todo lo que sucedía del otro lado.

Al rato escuchamos un gemido. No reconocimos la voz de Esthercita, su modo de llorar, de pedir algo. Su dulzura era tan aletargada, tan frágil, que sólo se oían los pasitos por la casa, o se divisaba, contra una ventana, un rulo ardiendo bajo el sol.

En el dormitorio contiguo al que Susana compartía conmigo, la voz fastidiada de Marta, a fuerza de ternura, comenzó a impacientarse.

—“Necesito ver qué sucede. No puedo quedarme quieta.”

Susana y yo nos juntamos a las otras. En camisón, ataridas de frío, todas la acompañamos hasta el dormitorio de la madre. Junto a la puerta percibimos un murmullo de voces; poco después, un silencio ahuecado, tétrico. El ruido de una cuchara levantó una interrogación, y de repente nos llegó un gemido que parecía un grito fatigado antes de subir a los labios.

Pensé en su boca, demasiado blanda, demasiado tierna para albergar tal angustia; en el hoyito muy pálido que tenía debajo de la nariz. Al oír que alguien decía de cualquier criatura: “parece una muñeca”, me persuadía de que Esthercita era la única que, en realidad, con su agregado de vida dulce, se asemejaba a los bebés de las grandes jugueterías. Sobre sus ojos azules, las cejas angostas y nítidas limitaban su frente con una curva seriecita y breve, y sus pestañas largas se hallaban separadas entre sí, como si alguien las hubiera colocado, cuidadosamente, una por una. Antes de dormirse, abría y cerraba los ojos mientras acomodaba su cabeza sobre nuestras rodillas, y los párpados se movían, rítmicamente, como los de las grandes muñecas que bajan las tapitas de estearina cuando se las inclina hacia atrás.

La madre acudió al oír nuestros pies descalzos. Nos pareció asustada y que no quería mirarnos.

—“Esthercita está muy mal. Tiene convulsiones y yo no puedo hacer nada. Vayan a acostarse. El médico se quedará conmigo. No quiero que oigan porque es demasiado terrible...”

Su voz seca resonó extranjera, vacía de ternura. Sabíamos, sin embargo, que el dolor habitaba todo su cuerpo, su garganta, sus manos caídas, en donde el cariño sólo conseguía poner un laconismo.

—“¿Se muere?” —Una voz agria, como apenas interesada, dijo, inconscientemente, el miedo de las otras.

La madre intentó obstaculizarnos la verdad. —“¡Por Dios, no hablen de eso! Váyanse. Yo las llamaré si es necesario”.

La puerta cerrada nos puso un mundo nuevo ante los ojos. Nunca habíamos tropezado con la tristeza de una puerta cerrada, y presentimos que, del otro lado, la muerte pequeña tendría la misma manera de abrir las ventanas, de aguar los ojos, de enfriar los labios.

A la madrugada cesaron los ruidos. Alguien corrió un cerrojo, como si importara ya. La madre entró para llorar con nosotras.

Cuando la vi arregladita dentro de su cajón pequeño, me pareció, más que nunca, uno de esos grandes bebés, acostados en sus cajas.

No pude llorar, como las otras, ni acercarme para mirarla bien. Tuve miedo de sonreír. Comprendía que, en ese momento, el llanto era la única forma de exteriorizar mi dolor. Pero tenía los ojos secos. Hubiera dado mucho para que una lágrima descendiera por mi cara y la vieran los otros. Persuadida de que me iba a sonreír, me fui al cuarto. La luz de los candelabros trazó una larga raya en el suelo del hall.

Cuando cerraron la cajita, se escuchó un quejido. Pensé que tal vez fuese el último que había exhalado la noche antes y que recién entonces resonaba en el cuarto. Era la madre.

Luego vi el coche tan austero, tan alejado de todo lo que fue ella, que agrandaba la angustia de dejarla ir sola,

con sus cuatro años dulces, adentro de su cajita blanca. Se me ocurrió que hubiese sido más suave, más tierno, enterrarla en el jardín, al lado de un árbol grande o que, por lo menos, debería acompañarla una mujer para bajarla con más ternura.

Cuando el coche dobló la esquina de Tronador, senti, por fin, que la garganta se me endurecía hasta apretarse en llanto.

Así vi la primera muerte. Su muerte. Su muerte pequeña.

Fue mi mejor amiga durante dos años, pero, a pesar de coincidir en la mayor parte de las cosas, su predilección por todo lo que se hallara rodeado de tristeza constituía un constante motivo de enojos momentáneos.

A mí me atraían las calles bulliciosas donde charlaban los vecinos, donde corríamos carreras con los muchachos, donde tocábamos los timbres de las casas, o engañábamos a los transeúntes con ramos de flores atados a un hilo, con paquetes que sólo contenían un cascote. A ella, en cambio, le gustaba sentarse sobre unos adoquines arrumbados en un terreno baldío, cuyos viejos árboles se destacaban contra el cielo, para esperar, en silencio, esos instantes temblorosos del atardecer.

Al preguntarle si la veríamos a la tarde siguiente, objetaba, insegura, que le era imposible prever su estado de ánimo. Mi impaciencia me impedía concebir que alguien pudiera levantarse presintiendo el mal humor, la tristeza o el cansancio, y me alejaba, persuadida de que era inútil contar con ella para nada. Otras veces, mi fastidio me inducía a dejarla sola, pero ya un rato más tarde, Susana iba en su busca, disimuladamente, para que no creyera que nos hallábamos resentidas.

Si jugábamos a las visitas o nos disfrazábamos, siempre elegía la indumentaria más patética. Envuelta en tules, se acostaba en el suelo diciendo que era una novia muerta, y después de ausentarse unos instantes, aparecía toda vestida de negro, la cabeza velada por un crespón, para sentarse, muy quieta, en una actitud de viuda resignada.

Una tarde en que su melancolía me impacientó más que nunca, le dije algo desagradable. Ella se hizo la distraída. Media hora después, sentadas en el umbral de la calle, miró el cielo cargado de nubarrones. Yo pensé en las desventajas que el mal tiempo nos acarreaba a Susana y a mí, pues cuando llovía no nos dejaban salir a la calle ni jugar en el jardín.

Ella dirigió hacia mí sus grandes ojos que parecían decir tanto la verdad, y me dijo:

—¡Ojalá que mañana llueva! Así podré estar triste...”

A los seis meses de hallarnos en Buenos Aires, la madre decidió tomar una profesora antes de enviarnos a la Escuela Normal.

Cierta tarde, una señora de luto nos reunió en la sala. Muy serias y cohibidas, recitamos, a pedido suyo, los ríos de Rusia, los límites de España, el carácter de los esquimales, la eficacia de la hipotenusa, las peores costumbres de los animales domésticos. Aunque parecía muy satisfecha, la profesora nos dijo, con un tono condescendiente:

—“Está bien, pero se advierte que han tenido profesores extranjeros. Seguramente no saben nada del país”.

Nosotras procuramos objetar: San Martín, Belgrano, Moreno, pero ella interrumpió:

—“Al decir que no saben nada, me refiero al idioma. No lo conocen a fondo. Yo se los enseñaré. Para aprender el castellano, no sólo es imprescindible conocer los proverbios, sino practicarlos. Ésta es una teoría mía, exclusiva, pues creo que los proverbios constituyen la base del lenguaje. ¿Conocen ustedes algún proverbio español?”

Irene murmuró algo de que “cuando el río suena”, pero la señora López la aniquiló con el brillo de unos anteojos que parecían contruidos para dos personas.

—“Veamos —anunció, entusiastamente—. Usted, Marta, acérquese al piano y procure moverlo”.

Marta se levantó desganada y se apoyó contra él, pues nunca realizaba un esfuerzo inútil.

—“¿No puede? ¿Es muy pesado? A ver, mi hijita, trate de hacerlo usted” —ordenó a Georgina, mientras permanecía en una actitud reconcentrada. Georgina se acercó, tímidamente.

—“¿Usted tampoco puede? Bien. Las cinco, por favor, traten de moverlo”.

Apretadas contra un costado del piano, haciendo un tremendo esfuerzo, logramos empujarlo unos centímetros.

—“¡Magnífico! —exclamó la profesora—. Esto, en proverbio, equivale a ‘la unión hace la fuerza’. Marta no consiguió moverlo. Georgina tampoco; las cinco juntas tuvieron éxito. Muy bien. Pasemos a otra cosa”.

—“Hay que ponerlo en su sitio” —objetó Irene, ante la mirada iracunda de Marta y la indiferencia de la profesora que ya sondeaba otras tentativas prácticas.

—“Quiero que usted, niñita, deposite sobre la mesa todos los floreros que hay en esta sala” —ordenó, dirigiéndose a Irene, quien, convencida de que la profesora le exigiría un esfuerzo idéntico al anterior, encaramó en sus brazos la mayor parte de los floreros. Al aproximarse a la mesa, segura de que había ganado la partida, dos de ellos resbalaron y se hicieron añicos contra el suelo.

—“¡Muy bien! —volvió a exclamar la señora López ante nuestros ojos azorados—. Si hubiera hecho dos viajes no se le habría roto ninguno. Esto significa, recuérdenselo bien: ‘el que mucho abarca, poco aprieta’. ¿Quieren hacer el favor de anotarlo en sus cuadernos?”

Después de escribirlo, rápidamente, supusimos que quedaríamos libres, porque ya habían dado las cuatro y era la hora de tomar el té. Pero la profesora se ausentó del cuarto y a su regreso comenzó a dictarnos, con apuro, página tras página. Ya eran las seis de la tarde cuando se levantó, muy satisfecha, mientras nosotras la mirábamos como si sólo representara una ausencia de comestibles.

—“¿Tienen apetito, verdad? Ya sé que por mi culpa hemos retardado la hora del té, pero lo hago por el bien de ustedes. Antes de que me marche, hagan el favor de anotar: ‘más vale tarde que nunca’”.

Cuando la madre se enteró del traslado del piano, de la rotura de los floreros, de la hora en que habíamos tomado el té, no demostró un entusiasmo excesivo por ese sistema pedagógico. La señora López, lejos de extrañarse de que la despidieran, nos saludó, una a una, con la mayor amabilidad, pero, antes de retirarse, agitó los diez pesos que la madre acababa de entregarle y exclamó alegremente:

—“Más vale un pájaro en mano que cien volando”.

Cuando llegamos a Tronador las descubrí enseguida. Después, todos los días, en mis viajes de ida y vuelta a la cocina o al baño, me era imposible dejar de verlas. Eran las únicas tres baldosas rojas que se destacaban en el patio viejo. Ignoro cómo sobrevivieron al tiempo, cómo no se destiñeron al sol.

Recuerdo que de buen o mal humor, obligada a cruzar el patio cuando anochecía, temiendo todas las sombras que querían asaltarme, vigilando desde lejos la gran higuera del fondo que sospechaba siempre poblada de hombres, nunca pude abstenerme de dar el paso pequeño que unía a las dos primeras, el paso alargado que apenas me permitía tocar la última.

No comprendo por qué, ni cómo me inicié en ese ejercicio que luego habría de asediarme. Creo que un día, al verlas, pisé dos de las tres baldosas. Enseguida me pareció que la otra también me esperaba y la rocé, indiferentemente, sin sospechar que de aquella condescendencia misteriosa y descuidada surgiría ese juego perentorio que, ante cualquier complicación, cualquier tristeza, me sería imposible dejar a un lado.

Las tres baldosas me angustiaban y me cansaban. Cierta vez decidí hacerme la distraída, y caminando ligero, atravesé el patio en línea recta. Pero sentí, al alejarme, que las baldosas me esperaban y tuve que retroceder para cruzarlas dos veces, como si les hubiera escamoteado algo, como si hubiese cometido alguna falta u olvidado una promesa.

Cuando murió Esthercita, lo recuerdo aún hoy, me dirigí a la cocina para servir café. Las tres baldosas vinieron a mi encuentro a través de las lágrimas. Pensé que el paso corto y el alargado pudiesen conferirme un aire de pirueta, de juego, inadecuado para ese momento. Miré hacia atrás para cerciorarme que nadie me veía y pugué el saltito con los ojos nublados de lágrimas.

Ya entregada, definitivamente, a esa costumbre, las tres baldosas continuaron ejerciendo su influencia. Aun después de los veinte años me persiguió ese hábito molesto que, en ocasiones, me irritaba. Quería olvidar esa debilidad, ese miedo. Era imposible. Algo me obligaba a volver sobre mis pasos.

Luego, cuando abandonamos la vieja casa, al despedirnos de los árboles antiguos, de las rejas estiradas y frías, de los patios agrietados, miré las tres baldosas.

Pasé sobre ellas, por última vez, con la sensación de que lo más cotidiano, lo más inútil, se quedaba solo.

Una noche que Susana y yo conversábamos con él por encima del cerco, le pregunté qué haría cuando fuese mayor. Permaneció un rato en silencio, y luego nos contestó, como si terminara una frase muy extensa:

—“... Y me gustaría ser alguien que siempre tuviese que comunicar noticias graves, como, por ejemplo, decirle a algún amigo que su madre ha muerto; a otro, que tiene una enfermedad incurable. Pero no existe ningún puesto de esa clase.”

Nosotros lo felicitamos, burlonamente, y prometimos llamarlo si nos enterábamos de alguna desgracia, para que fuera él quien se encargara de comunicarla.

Cuando lo veíamos aparecer en la esquina de Tronador para pasar frente a nuestra quinta, Susana y yo lo mirábamos con fijeza, de arriba hacia abajo, porque sabíamos que se intimidaba tanto que su paso firme se tornaba impreciso y desgarbado, hasta el extremo de que parecía próximo a derrumbarse al llegar junto a nosotras. Después de saludarnos se alejaba, nuevamente, tan seguro como al comienzo, pero no podía soportar que lo mirasen, de continuo, mientras avanzaba por una calle.

Una noche lo divisamos en la esquina de nuestro jardín, oculto tras la sombra de los grandes paraísos. Decididas a investigar por qué motivo se escondía, nos acercamos para saludarlo. Se hallaba hablando solo, las manos agitadas como si subrayaran una frase o atenuasen una palabra dura. Al preguntarle si esperaba a alguien, procuró evadir la respuesta, pero ante nuestra insistencia, murmuró:

—“Mi cuñada ha desaparecido y yo sé con quién. Tengo que comunicárselo a mi hermano”.

Su voz denotaba tal preocupación que para reconfortarlo, le recordamos sus deseos de ser el portador de malas noticias, y agregamos que una carta, tal vez, resultaría el modo más fácil de salir del paso.

Él aguardó a que terminásemos de hablar, para decirnos, como si hiciera memoria:

—“Es la primera oportunidad que se me presenta. Necesito ensayar todos los gestos. Tengo que saborearla. No quiero perder ningún detalle. De aquí a un momento iré a hablar con mi hermano”.

Además de su amplitud, de sus habitaciones enormes, del gran jardín que la rodeaba, nuestra casa de la calle Tronador poseía dos sótanos bajo el comedor y el salón.

Una escalera insegura nos conducía a esa porción de frescura y de misterio. Entre telarañas, sobre los ladrillos ribeteados de una pelusa húmeda, se apilaba un sinnúmero de cajones atestados de papeles, manuscritos y libros de mi padre. En un rincón, algunas botellas traídas desde Mendoza, y en la parte menos sombría, el coche de Esthercita, un baúl con su pequeña ropa, su vestido de bautismo, el acolchado de su cuna.

Los sótanos siempre representaron para nosotras el único sitio seguro ante cualquier riesgo, y por más que los años nos hubieran demostrado la inutilidad de ese refugio, la certidumbre de su cercanía, de sus puertas disimuladas bajo la alfombra, aminoraron en dos circunstancias el miedo frente a un peligro que creíamos inminente.

Durante los pocos meses que permanecemos en Mendoza después de la muerte de mi padre, los episodios de la guerra del 14 poseyeron, para nosotros, la inconsistencia de una

realidad lejana, y al instalarnos en Buenos Aires, vivimos tan apartadas de cuanto acontecía en el mundo que hasta llegamos a olvidarnos de su existencia.

Una tarde corrieron rumores por el barrio de que los alemanes triunfaban. Atemorizadas, persuadidas de que la victoria implicaría una cantidad de vejaciones, la imposición de casarnos con ellos, de hablar su idioma, decidimos atrincherarnos en nuestra casa, y después de atrancar las puertas y ventanas, levantamos la tapa del sótano -para permitir nuestro descenso en caso necesario- y permanecemos todo el día vigilando, de soslayo, su oscuridad reconfortante.

Tres años más tarde emprendimos, por segunda vez, esa excursión a los cimientos de nuestra casa. Algunos diarios anunciaron que, en España, varias personas se habían apresurado a suicidarse para evadir el vaticinio de que el mundo se aproximaba a un fin repentino y catastrófico. Nosotras lo creímos, y un día en que un suicidio ocurrido en San Juan acercó la noticia con palabras funestas y horripilantes, después de decidirnos a morir todas juntas, nos encerramos en el sótano. Una por una descendimos a su oscuridad, llevando lo necesario para comer, pero al invadir los rincones, al no presagiar ninguna tormenta, ningún viento huracanado, la noche nos persuadió de la conveniencia de fallecer en nuestros respectivos dormitorios.

Hasta muchos años más tarde, fue inútil que nos sonriéramos de nuestra ignorancia, de nuestros temores absurdos e inauditos; a la menor señal de peligro mirábamos hacia el sótano, como si ese refugio estremecido de telarañas, lleno de ladrillos húmedos y de sombra, significase una permanente, una inmutable seguridad.

—¿Por qué no haces fuerza para soñar? —me preguntó una vez en que, sentadas bajo la gran higuera hablábamos de las imágenes que recorrían sus sueños, del regocijo que le procuraba saber que hasta de noche continuaría viviendo.

Aunque sólo contase un año más que Susana, yo era quien le explicaba todo lo que le parecía incomprensible, por más que, la mayor parte de las veces, también lo fuera para mí.

Recuerdo, entre otras cosas, haberla instruido, con toda precisión, sobre el nacimiento de los niños, en tal forma que, hasta los quince años, ese misterio se redujo, para las dos, a un acto tranquilo y simple. Convencidas de que el cordón umbilical era de una trascendental importancia, nos parecía lógico que el nacimiento se produjese por el ombligo, y el hecho de que éste poseyese una especie de nudo, nos persuadía de que bastaba desatarlo para que se distendieran sus pliegues y el niño llegase al mundo sin esfuerzo, sin angustia, sin nada de todo ese calvario por el que pasó ella, tan temprano. Las amigas del barrio partici-

paron de esta convicción cuando nosotras les explicamos, de la manera más razonada, que el nacimiento podía compararse con esas bomboneras de papel que se cierran mediante un cordón, y como ninguna se hallase capacitada para proponer una objeción valedera, esa teoría reconfortante nos acompañó hasta una edad en que otras ya lo saben y lo conocen todo.

Susana me describía sus sueños con tal entusiasmo que, al separarnos, yo me acostaba con la pesadumbre de que, mientras ella iba al encuentro de algo dichoso, yo me quedaría adentro de la noche, sin que sobreviniera ni una visión en esas largas horas en que dormía profundamente.

—“Si no sueñas, es lo mismo que si estuvieras muerta. ¿Por qué no haces fuerza para soñar?”

Esa tarde, mientras me hablaba de su último sueño, comencé a dudar de que acaso fuera exacto que, de noche, yo estuviese muerta.

Pero yo nunca había soñado y me causaba cierta aprehensión convivir con personas extrañas, mientras permanecía acostada, sin mover un brazo, sin abrir los ojos, sin decir una palabra.

Desde entonces traté, sin embargo, de neutralizar ese temor y seguí sus consejos, textualmente. Antes de dormirme pensaba en alguna persona, en algún accidente, en alguna escena callejera, y me aferraba a una imagen procurando arrastrarla conmigo a esa oscuridad de la cual emergía, a la mañana siguiente, como si me hubiese muerto algunas horas.

Sólo un año después, cuando estuve muy enferma, la fiebre me alcanzó el primer sueño. Al despertar, recordé algo que supuse había acontecido la tarde anterior, pero, al hacer memoria, comprendí que no era posible. Entonces llamé a Susana, y con un acento tan regocijado como el suyo, le dije:

—Anoche soñé que el tordillo de papá dormía delante de la puerta. De lo demás no recuerdo nada, pero sé que había algo detrás del caballo.

Susana me miró como si fuera discípula suya y me dijo, condescientemente:

—“Esta noche soñarás otra vez y te irás acostumbrando...”

Durante mucho tiempo Irene y yo compartimos un dormitorio cuyas camas se hallaban separadas por una pequeña mesa.

Una noche en que nos acostamos de muy buen humor, comenzamos a hablar de diferentes temas, de lo que seríamos dentro de diez años, de qué consistían nuestros distintos miedos. Los míos siempre fueron miedos pequeños que no me atrevía a contar a nadie, por temor a parecer absurda, y para comentarlo aprovechaba esos intervalos de oscuridad, antes de dormirnos, en que parecíamos más unidas que durante el día.

Después de muchas trepidaciones (siempre me pareció que un miedo comentado podría agrandarse indefinidamente, si la persona a quien se lo confiara agregase un detalle imprevisto o lo viese como un miedo propio) me animé a contarle que siempre me estremecía al darme vuelta en la cama, por temor de encontrar una mano que me tocara, de pronto, en la oscuridad. La intención que ella denotase y hasta la perspectiva de que me procurara la muerte, no era lo que me producía horror, sino el simple hecho de saber

que una mano desconocida, inerme, cruzaba la oscuridad para tocarme.

Cuando se lo expliqué, Irene no me contestó nada, y mitad ofendida, mitad aliviada, pensé que tal vez se habría dormido. A los pocos minutos resolví hacer lo mismo y me di vuelta hacia la pared, para dormirme.

De pronto, noté que algo me rozaba un hombro. Una mano se asentó sobre la mía, como si estuviera muerta. De un salto me incorporé en la cama. Casi enseguida comprendí que era la mano de Irene, pero esta seguridad no impidió que la indignación me llenara los ojos de lágrimas. El miedo que nunca había confiado a nadie, para impedir que se precisara, ya era algo palpable, experimentado. Ya conocía el contacto de una mano en la oscuridad.

Por primera vez pensé en marcharme de casa. Me parecía tremendo que Irene se hubiese aprovechado de una confianza, y llegué a persuadirme de que ninguna noche dormiría tranquila en un mismo cuarto con ella. Temí que el miedo -ya conocido- diera margen a nuevos estremecimientos, a detalles que antes no me eran familiares. Pero no le dije nada.

Durante dos o tres noches volvió a repetir el mismo gesto en las tinieblas. En una ocasión, dejó caer su mano, bruscamente, sobre mi cara. Apenas pude retener un grito y lloré, en silencio, mientras premeditaba la posibilidad de irme, de casarme muy joven.

A la cuarta noche me sorprendió comprobar que el miedo disminuía, y aunque comprendiese que Irene me había curado, involuntariamente, de ese miedo, nunca la hice partícipe de otro.

A veces comentábamos la posibilidad de morir de frío o calor. Yo aseguraba que sólo el frío podría matarme, pero si mis hermanas me pedían una explicación, era incapaz de darla.

A fuerza de ejercitarme llegué a sentir una indiferencia completa cuando el calor se tornaba demasiado insistente y, respecto al frío, lograba disimular tan bien los temblores que todas experimentábamos al regresar de un paseo, que mis hermanas solían decirme:

—"Tú nunca tienes frío."

En las oportunidades en que preveía que me iban a castañear los dientes, me bastaba levantar un brazo, ejecutar cualquier gesto, situarme, imaginariamente, en una situación arriesgada, para que los estremecimientos se interrumpiesen aunque el frío me recorriera con igual intensidad.

Para los días de verano contaba con otros recursos. Mientras los demás se quejaban del calor, yo me abstenia de hacer comentarios y hasta procuraba no escucharlos, segura de que mi indiferencia era más eficaz.

Al dedicarme, una tarde de mucho calor, a inventar procedimientos que me procuraran un alivio, encontré uno que

me produjo un efecto inmediato y prolongado: pasar un algodón sobre una pared revocada.

Cuando el calor nos despojaba de todo deseo de movernos y nos invadía esa lasitud peculiar de la siesta, yo permanecía tranquila, mientras frotaba, imaginariamente, un trozo de algodón contra una pared rugosa.

El efecto era inmediato. Un escalofrío tras otro me recorría el cuerpo, la piel de los brazos se tornaba áspera y una oleada fresca me subía por la espalda hasta detenerse en la nuca.

Al empeñarnos en conjurar lo que nos reservaría lo por venir, ella afirmaba, invariablemente, que todo hallábase dispuesto de antemano y que sólo creía en el Destino.

Para apoyar esta convicción apelaba a demostraciones prácticas tan arriesgadas que, a menudo, nos veíamos en el deber de contradecirla.

—Si decidiera dejar de comer, me moriría de hambre, lo cual no demuestra que esté predestinada a morir por esa causa —argüía alguna de nosotras, pero ella replicaba que, de no ser así, alguna fuerza extraña se encargaría de interrumpir el ayuno, para terminar afirmando que la prueba de que las cosas debían suceder en tal forma y no en otra, era el hecho de haber acontecido de esa manera.

Era inútil pedirle que se precaviera de algún riesgo. Al señalarle que llevaba desatados los cordones de los zapatos y que podía caerse, nos contestaba, imperturbable:

—“Si me caigo, es porque debo caerme. De nada sirve que me ate los zapatos.”

En los días de tormenta salía a la calle, y apoyada contra un árbol miraba el cielo como si se hubiera propuesto desafiarlo, sin hacer caso de los relámpagos ni de los truenos.

Era tan delicada que nos entristecía verla aproximarse a todos los peligros, reírse de las supersticiones —que nosotras considerábamos advertencias disimuladas y beneficiosas—, detenerse bajo los andamios, cruzar la calle sin tomar en cuenta los automóviles, persuadida de que nada era capaz de perturbar su destino.

La última vez que la vi la encontré tan demacrada, que me fue imposible no insinuarle que se cuidase. Con un acento lleno de encono y de rebeldía, me contestó que ello no solucionaba nada, que era demasiado tarde, y por más que continuamos hablando sobre su estado, eludió en todo momento la palabra Destino.

Elvira Cabral, tenías todo organizado para ser feliz; la frente lisa, la boca estirada, la melena no muy evidente, los ojos no muy grandes. Poseías un aire acostumbrado en cualquier sitio donde te hallaras. Cuando nos sentábamos juntas en la Escuela Normal, a mí me dominaba siempre el impulso de moverme, de gritar. Tú te quedabas quieta adentro de tu gran delantal almidonado. Escribías con letra alta y derecha. Yo me sentaba contigo y a veces sentía vergüenza porque me era imposible permanecer dentro del libro, porque no podía escuchar a las demás sin interrumpirlas. Tú me mirabas para objetar, muy seria:

—“Déjalas que terminen. Ya llegará tu turno” —sin saber que lo que me impulsaba no era impaciencia, sino ganas de irrumpir, ganas de producir mareo, de marearme.

Tú nunca te ruborizaste. Tú nunca le trajiste flores a la maestra. Era en lo único en que coincidíamos. Yo sentía tanto horror como tú por los ramos con que llegaban las otras. Tú las mirabas en silencio y tu mirada se mezclaba luego con la mía para decir: ¡basta!

Si te ibas temprano, me parecía horrible pedir un lápiz, una hoja de block Mentruyt a cualquiera de las otras. Al

quedar sola, las demás me rogaban que les contase cuentos picarescos. Cuando te hallabas cerca yo accedía, sabiendo que te desagradaban. Pero cuando te ibas, me parecía más decente no aprovechar tu ausencia, eludir el reproche de tu gran delantal almidonado.

Una tarde en que la maestra nos leyó un trozo de Juan Ramón Jiménez, recién comenzaste a verme. Era una página de "Platero y yo". Ninguna de las dos sabíamos nada de literatura, pero tuvimos, por primera vez, idéntico gesto.

Tu gran delantal blanco se me acercó un poco. Prolija, limpia, me hacías pensar en esos costureros llenos de compartimentos para cada cosa. Tu gran delantal almidonado, con su brillo fresco, con sus tablones estirados y tranquilos, era lo que más me atrajo en ti. Como si siempre te lo acabaras de poner, su rigidez de escarcha agregaba a su blancura esa apariencia triste y forzada de las flores de cera.

Durante todo el año aparecías idéntica a ti misma, como si fuera tu primera mañana de clase. Nunca trajiste caramelos, ni nada que pudiera quitarte tu aire de tenerlo todo dispuesto, para el día, para la noche, para la vida entera.

Antes de separarnos, al terminar el año, intentamos unos poemas en el álbum de una condiscípula. Tú escribiste una estrofa que me conmovió. Te lo dije, como te lo decía todo, inundada de entusiasmo, de desorden. Tú leíste la mía y recién al irte, al despedirnos, comentaste muy seria:

—"Elegiste lo más difícil, lo que yo quisiera ser. Pero ya tengo todo arreglado."

Sólo pude decirte adiós. De un modo u otro, ¿no llegarías siempre a tener razón?

¡Cuántas veces perdí el significado de una frase, por esa costumbre de contar las sílabas mientras alguien me dirigía la palabra! Si mis dedos llegaban a marcar diez, experimentaba un gran alivio, pues, de lo contrario, me era imprescindible seguir marcando el tiempo hasta que la frase terminara en la vigésima, en la trigésima sílaba. Al principio, repetía las primeras palabras aunque la voz de quien me hablase ya hubiera alcanzado otro rumbo, otra intensidad. Pero, una vez lograda la frase de diez sílabas, me desentendía de ese hábito y me era posible escuchar en calma.

Cuando la madre me retaba, los dedos comenzaban a moverse casi imperceptiblemente, y ese juego invisible le restaba eficacia a lo que me decía. Una tarde alguien me dijo: "llegarás después de mucho tiempo". La frase corta se detuvo en mis dedos. Su significado íntimo, de lucha, de aliento, su verdad, su mentira, no tenían altura ni importancia al lado de mi satisfacción cuando los dedos, ya más acostumbrados que el oído, la recogieron íntegra y perfecta.

La poesía, sin embargo, no me incitaba a recorrerla, a medirla. Mis dedos se movían, únicamente, mientras alguien me hablaba, y al poco tiempo adquirieron tal destreza que fui

capaz de seguir conversaciones enteras marcando las sílabas con los dedos. Sólo que yo me quedaba afuera. Cuando me di cuenta, demasiado tarde, fue necesario que les procurara toda clase de gestos a mis manos para escamotearles el ocio y deshabituárlas, poco a poco, de esa distracción absorbente.

Después, sólo de tarde en tarde, mis dedos recorrían las diez sílabas de una frase y se aquietaban sobre ella, como si la poseyeran para siempre. Pero yo también la escuchaba.

Durante mucho tiempo fuimos la única familia que poseía teléfono en la calle Tronador. Si alguno del barrio lo necesitaba, debía recurrir al almacén o pedir permiso para utilizar el nuestro.

Llegó un momento, sin embargo, en que decidimos negarnos a ello, debido a que la gente más extraña penetraba en nuestra casa. Pero, con frecuencia, alguna de nosotras accedía, sin que se enterasen las demás, al pedido de algún desconocido. Muchas veces ocurría, por tal motivo, que al cruzar la sala tropezáramos, inopinadamente, con un sujeto que observaba las habitaciones, de reojo, como si premeditara un asalto, o que una voz hosca interrumpiera en los cuartos, despertándonos sobresaltadas. Otras, nos brindábamos a transmitir un mensaje, pero esto siempre nos desagradó porque temíamos que llegase el momento de comunicar algo grave y no supiésemos hacerlo.

Una tarde me pidieron que llamase al Hospital Español para averiguar cómo seguía el hijo del vecino. Al enterarme de que había fallecido, permanecí junto al teléfono, sin decidirme a comunicar, personalmente, la noticia o enviar a otro que lo hiciera con mayor habilidad.

Con el propósito de sugestionarme, intenté rememorar algo de su vida, algún ademán, alguna frase rodeada de tristeza, pero sólo acudían a mi memoria sus gestos más risibles, los contornos de su figura desgarbada y torpe. Traté de ensayar un aire acongojado, pero me convencí de que aunque mi pesadumbre fuese auténtica, la expresión de mi rostro jamás alcanzaría a traducirla.

Retardé en lo posible la noticia, y decidí ir en busca de Susana. El miedo, que compartíamos las cinco, de no saber expresarnos en los momentos graves —que habría de perseguirnos hasta en las ocasiones en que el dolor actuaba en nosotras con una fuerza profunda y verdadera— me impedía abrigar muchas esperanzas sobre la ayuda que ella me brindaría. Al enterarla de la muerte, Susana adivinó, sin embargo, lo que yo pensaba y me dijo, inmediatamente:

—“¿Te acuerdas cuando bebía agua? ¡Te exasperaba tanto!”

En el acto lo vi sentado a la mesa, con un vaso de agua frente a él, y recordé que, debido a que le desagradaba el agua fría, permanecía largo rato calentando el vaso entre las manos, como he visto hacer después con el cognac.

Bastó ese detalle para que me sintiera segura de mí misma y me decidiese a comunicar la noticia.

Cuando tocaba el piano sabiendo, como nosotras, que tarde o temprano también sería vendido, apoyaba los dedos sobre las teclas, suavemente, pero con un apresuramiento parecido al de quien bebe agua sin tener sed, porque presente que no ha de tardar en faltarle.

Al quedarnos quietas junto a ella mientras improvisaba, comenzamos a notar un espacio enrarecido en su peinado, y acaso por este detalle, o porque su música sentimental y suave nos entristecía, la queríamos, entonces, más que nunca.

Ignoro quién de nosotras habló, por primera vez, de sus cabellos. La muerte de mi padre, y de Esthercita, le confirieron una apariencia abstraída que alejaba, hasta tornarla irreal, la época en que era incapaz de tolerar una cinta ajada, una onda de su “bandeau” fuera de sitio.

Acostumbradas a su pulcritud y a su belleza, nos rebelábamos contra ese principio de cansancio, y nos angustiaba pensar que podría acentuarse esa propensión al renunciamiento y a la dejadez.

Un día que la sorprendimos ante el espejo, y en que nos anunció que se le caía el pelo, nosotras invocamos el cambio de estación, no sé qué otros pretextos climatéricos, por

más que presentíamos que el otoño resultaría largo y su mentira muy poco duradera.

Semana tras semana, la transparencia se fue agrandando, paulatinamente, entre sus ondas negras, hasta que una noche, un poco en broma, un poco en tristeza, extrajo de un cajón una trenza larga, hecha con sus propios cabellos y que había llevado, algún tiempo, en torno de la cabeza.

—“Voy a usarla” —nos dijo, sonriente, como esperando que nuestras palabras la convencieran de que aún no era necesario. La trenza nos parecía tan joven, tan fresca, que nosotras aprobamos, y al pedirle que la soltara, los cabellos quedaron flotando como si, de repente, alguien hubiese abierto una ventana. Pero la tristeza del cuarto vacío, de su vestido usado, de lo que nosotras aún no podíamos darle, de lo que se le había ido entre las manos, de delante de los ojos, se levantó en pura angustia detrás de nuestros gestos, de nuestras palabras.

—¿Por qué no la usas destrenzada? Cuando te vuelva a crecer el pelo te la quitas. Nadie lo notará, y además, es tuya.

—“Ya lo había pensado” —nos contestó, con una voz embarullada de recuerdos.

Tirada sobre la cama, la trenza parecía un gesto definitivo, una decisión, una despedida. De vez en cuando, una de nosotras pasaba las manos sobre sus ondas lisas y frías. Alguien se la probó. Sobre su cabellera rubia, la trenza casi negra produjo un efecto extraño y nos reímos. La emoción se fue de las palabras y también un poco de su miedo.

Años después, al sentarse frente al piano que le regalamos entre todas, ninguna transparencia nos inquietaba, ninguna aprensión estremecía nuestra ternura.

A fuerza de repetírmelo, de verificar su facilidad reconfortante, terminé por resolver todos mis problemas con esta cómoda y accesible reflexión: “Suceda lo que suceda esta noche estaré durmiendo”.

Es así como, al urdir conjeturas acerca del futuro, me confortaba la certidumbre de que en el caso de no hallar con quien casarme, me bastaría dormir para olvidarlo todo, y me trazaba largos horarios de sueño, que acortasen la vida permitiéndome alcanzar —sin haber vivido enteramente y sin que mi presencia se notara demasiado—, esa edad en la que nadie espera nada de nosotros.

Esta manera expeditiva de eludir tribulaciones, me acompañó en las más diversas circunstancias, en esos momentos en que no encontraba nada de dónde agarrarme, como, por ejemplo, al aguardar mi turno en el consultorio de un dentista. Atenta al zumbido de la máquina, a ese silencio puntiagudo que precede a la extracción de un nervio, clavaba los ojos en el reloj para aprender, de memoria, la duración exacta de uno, de cinco, de diez minutos, y repetirme: “dentro de cuarenta, de noventa momentos idénticos a éste, todo habrá pasado y me hallaré dormida”.

Nunca llegué a prever el insomnio, una angustia capaz de provocarlo, o que no se disipase con el sueño. Pero algunos años más tarde, las noches comenzaron a alargarse hasta quebrar esa convicción, y al enfrentarme con la primera tristeza, con el primer miedo agitado y verdadero, comprendí todas las razones que me habían asistido para evadirme en esa forma.

Era la segunda noche que, desde mi cama, oía abrir la puerta que daba al jardín y los mismos pasos cautelosos se alejaban de mi ventana. Como si esa salida misteriosa, por la puerta más cercana a la calle, entrañase un peligro, un mundo nuevo e ignorado en la vida de alguna de mis hermanas, yo permanecía despierta esperando que regresaran.

Incapaz de adivinar quién era, esa noche me propuse comprobarlo, y después de aguardar a que los pasos se perdieran en el fondo del jardín, me levanté con la mayor cautela, y envuelta en una manta oscura, salí al patio iluminado por la luna llena.

Los grandes paraísos de la calle Tronador trazaban enormes senderos de penumbra sobre los muros de la casa. Avancé agazapada, procurando que mi sombra no se alargara demasiado, hasta guarecerme detrás de una palmera desde donde se dominaba el fondo y ambos lados de la casa.

A pesar de que la luna me permitía seguir los menores recodos del camino, no vislumbré a nadie en ninguna parte. Supuse que los pasos se hubieran encaminado hacia la calle, pero comprobé que el candado del portón se hallaba en su sitio habitual.

De pronto descubrí que una forma se movía en la parte más clara del jardín. Apoyada contra un árbol, envuelta en un amplio poncho que había pertenecido a mi padre, después de mirar el cielo unos instantes, abrió los brazos para desembarazarse de él.

Desnuda, silenciosa, inmóvil, su cuerpo se destacó contra la porción oscura del grueso tronco. Sin un estremecimiento, como si esperase algo, permaneció en esa actitud algunos minutos. Cuando se inclinó para recoger el poncho, regresé apresuradamente a mi cuarto, y ya en la cama oí sus pasos sigilosos, la puerta que se cerraba suavemente.

A la noche siguiente, oculta tras la palmera, la vi, de nuevo, reclinada contra un árbol, desnuda por completo, resplandeciente de luna. Pero no había transcurrido un minuto cuando percibí que un hombre se acercaba, silbando, por la calle Tronador. Al llegar al límite de nuestra verja, el silbido se detuvo. Amedrentada, estuve a punto de gritarle que se cubriese, por más que era imposible verla desde la calle. Pero ella también había oído, y, apresuradamente, recogió su poncho para regresar a la casa.

Aunque demoré el sueño muchas veces, la escena no volvió a repetirse.

Un día que buscaba un libro en el dormitorio de Marta, descubrí, entre sus cosas, un método para adquirir belleza. Algunas hojas dobladas señalaban una receta que consistía en salir, desnuda, en una noche de luna llena. Bastaba hallarse algunos minutos en contacto completo con su luz fría, para lograr una seducción irresistible. Era evidente que, al sumergirse tres veces consecutivas en ese baño de luna, ella esperaba intensificar su efecto.

Una noche Irene descubrió un gesto que casi siempre yo realizaba a oscuras y que consistía en sacar, disimuladamente, un brazo entre las cobijas para alinear mis zapatos debajo de la cama. El fastidio que ya me procuraba la certidumbre de no disponer de un día, de una noche, sin verlos entorpecidos por una de esas manías imposibles de abandonar, se agravó por su actitud irónica, en tal forma, que algunas veces temí llegar a odiarla.

Al acostarnos, era yo quien apagaba la luz, y mientras Irene fumaba un cigarrillo a oscuras, yo podía ordenar mis zapatos con toda tranquilidad.

A la mañana, en cambio, me era imposible impedir que, al sacar un vestido del ropero situado junto a mi cama, el pie de Irene, con un mal humor matinal, tropezara, a veces sin quererlo, casi siempre a propósito, con uno de mis zapatos. Sin necesidad de observarla yo sabía si su gesto era o no premeditado, y sin decir palabra, apretaba los dientes, me hacía la dormida o lloraba en silencio hasta que ella se marchara y pudiese volver a colocarlo en su sitio.

Persuadida de la inutilidad de toda explicación, de toda súplica, terminé por intentar inspirarle compasión. Le dije

que, por absurdo que le pareciera, su actitud bastaba para amargarme todo el día y que muchas noches me quedaba sin dormir por su culpa. La aparente sinceridad de su contrición me indujo a suponer que mi elocuencia había logrado enternecerla, pero a la mañana siguiente reinició el juego exasperante.

Sólo después de mucho tiempo llegué a explicarme su desasosiego, su mal humor. Debía de levantarse varias horas antes que yo. Cuando nuestros horarios coincidieron, la fila de zapatos permaneció intacta debajo de la cama.

Se quedaba en cama muchos días y al preguntársele si había dormido bien, sus respuestas eran siempre tan extrañas que, al escucharlo, no podía alejar de mi la certidumbre de que nos engañaba.

—“Anoche remonté un barrilete y coleaba con tanta fuerza que casi me arrastró. Hoy me quedaré en cama porque estoy muy cansado.”

Yo reprimía todo comentario, y un poco impaciente, me iba de su pieza.

Cuando se sentía mejor, pasaba casi todo el tiempo en la calle. Contaba dieciocho años y el único regocijo que le conocíamos era el de ayudar a los chicos del barrio en la construcción de barriletes, pero su debilidad apenas le permitía sujetarlos, una vez remontados, y al desprenderse alguno o caer en tirabuzón, se iba a su cuarto y no volvíamos a verlo durante mucho tiempo, pues ese entretenimiento lo distraía tanto, como lo acongojaba ver un barrilete destrozado contra la copa de un árbol.

Una tarde —ya de nuevo en la cama—, construyó un enorme barrilete verde. Después de pegar una cantidad de pape-

les hexagonales con un engrudo espeso, se echó súbitamente, hacia atrás, cerró los ojos y dijo que se ahogaba porque las ventanas eran demasiado estrechas.

Cuando apartaron el barrilete que abarcaba casi todo el lecho, ya había muerto.

Por más que las dificultades pecuniarias nos persiguieran durante todo el día, apenas el jardín comenzaba a poblarse de sombras, lográbamos evadirlas, y agrupadas en la glorieta, vivíamos con apuro las últimas horas que aún nos separaban de esa porción regocijada y misteriosa que compartíamos en la penumbra.

Una noche en que cada una distanciaba su sueño hasta parecer, de pronto, muy distintas, Marta le preguntó a la madre en qué se basaban las mujeres para saber si querían a un hombre.

Siempre dispuesta a respondernos con una seriedad que sólo descubrí mucho después, la madre contestó sonriendo:

—“Es muy fácil. Basta con imaginárselo en las situaciones más grotescas. Cantando desnudo sobre una tapia, por ejemplo. Si soporta esa prueba y no provoca repulsión, es porque se quiere de veras.”

Todas nos reímos y comenzamos a imaginar los hombres que conocíamos, en las indumentarias y situaciones más ridículas. Ninguno nos parecía capaz de resistir una postura inadecuada.

De pronto, como si la hubiéramos cercado de un silencio expectante, o acabara de nacer en todas nosotras la misma interrogación, Georgina inquirió:

—“Cuando te enamoraste de papá, ¿tuviste que imaginártelo de mil maneras para saber si lo querías?”

—“Fue innecesario” —respondió, con tal entonación de orgullo y de reproche, que todas nos sentimos avergonzadas.

Cierta vez se me ocurrió hacer una lista de mis manías para contemplarlas fríamente y tratar de librarme de alguna. Aunque reconocí que las más tenaces se arraigaran en mis primeros años, me propuse combatir las más recientes. Ese estudio prematuro no me aportó ningún descanso, sin embargo, y durante mucho tiempo seguí envidiando a mis hermanas, quienes, al acostarse, no perdían ni un minuto, mientras que yo me pasaba las horas enteras en idas y venidas que no me aportaban ninguna utilidad ni alivio.

Cuando ejecutaba alguna cosa con orden, no era por prolijidad, sino debido al impulso obsesivo de procurarle un bienestar a cualquier objeto y, si fuese posible, que se hallase en contacto con otro similar. Los lápices de colores, las palabras recortadas, los juguetes, no conocieron ninguna soledad, pues siempre se encontraban situados uno al lado de otro, como si hablasen en secreto.

Recuerdo que la institutriz nos habituó a que ordenásemos nuestra ropa. Yo colocaba los camiones, unos encima de otros, procurando que no se rozaran con las bombachas, y nunca pude dejar una enagua sola, alejada de las otras, porque me parecía que se quedaba triste.

Antes de acostarnos debíamos de poner los juguetes en su sitio. A mí no me bastaba agrupar las muñecas, procurarles la ternura suficiente del contacto de sus brazos. Cuidaba, además, sus posturas. A veces era necesario que me levantase de noche, para ir, a escondidas, al cuarto de los juguetes y cerciorarme de que ninguna mantenía un brazo en alto, la cabeza agachada o dada vuelta hacia atrás. No hubiera podido dormir pensando en que se pasaría toda la noche con una pierna encogida, sentada de costado, en una posición incómoda. Esta costumbre me siguió mucho tiempo. Más tarde, al visitar alguna casa donde hubiera criaturas, permanecía hasta que se hallaran acostadas para aproximarme a las muñecas, disimuladamente, y con un gesto distraído bajar un brazo, enderezar una pierna.

Nunca pude, tampoco, beber sólo un trago de agua o de cualquiera otra bebida. Era imprescindible que fueran dos, cuatro, seis. Hasta cuando me veía obligada a tomar un remedio de un sorbo, lo separaba en dos dentro de la boca, por desagradable que fuese. Con la cerveza me ocurría lo mismo; por mucha sed que tuviera, a medida que la bebía contaba los sorbos para detenerme siempre en un número par, y durante mucho tiempo, todas las noches, antes de acostarme, bebía cuatro traguitos de agua.

De los años transcurridos en la calle Tronador, existen pocas cosas que quisiera olvidar, ya que el tiempo ha suavizado sus contornos amargos o sufridos, pero ninguna distancia consigue disminuir un disgusto que soporté dos años: la cama jaula.

Como todos los dormitorios se hallaban ocupados, fue necesario que yo durmiera en el salón grande, que sólo conservaba de ese título reconfortante el sentido de su tamaño. Para conferirle un aire más nutrido, la madre había colocado un enorme biombo -otro utensilio degradante- en el rincón opuesto al que ocupaba el piano, y oculta detrás del biombo, mi cama jaula.

Todas las noches antes de acostarme, era necesario que apartase el biombo para abrir mi cama. Esa operación -que de por sí bastaba para estimular cualquier insomnio- me producía un malhumor inevitable. Me era imposible dejar de pensar que dormía al descuido y que ese lecho improvisado diariamente le restaba seriedad al sueño. Me humillaba dormir en una cama construida para arrollarse con todas las cobijas -conmigo adentro no bien me descuidara- y me estremecía ante la sola idea de enfermarme en presencia

de alguna visita y que alguien aproximase a mí la cama portátil, como si no fuera uno quien debe acudir al encuentro de ese mueble respetable.

Cuando por las mañanas, la cama desaparecía detrás del biombo, yo experimentaba un gran alivio, pero si recibíamos visitas y jugábamos a las escondidas o a las prendas, su existencia disimulada volvía a intranquilizarme. Estaba segura de que todos, sin vacilar, se ocultarían detrás del biombo, y al encontrarse con la cama —apenas más alta que una heladera— e inquirir quién se arriesgaba a descansar en ella, mis hermanas me denunciarían con un tono tan irritante como habitual.

Un año más tarde, la madre me compró un diván en un remate. Llegó a tiempo, pues tuve que permanecer en cama varias semanas, y me estremecía de vergüenza al imaginar que el médico me hubiera auscultado en ese lecho indecoroso, improvisado y humillante.

Cuando trajeron el diván, sentí, al estirarme por primera vez en ese lecho modesto, pero intransformable y definitivo, que una gran felicidad me invadía.

Una tarde en que vino, como de costumbre, a tomar el té, comenzamos a reírnos de ella y procuramos convencerla de que era fría, de que, por más que se hallase de novia, era incapaz de sentir una pasión, de tener un gesto como los que imaginábamos debían de practicar las mujeres enamoradas. Un poco incómoda, ella objetó que todo el mundo no se expresaba igual, y aunque quisiese mucho, prefería no evidenciarlo.

Afanadas en proseguir la burla, nos empeñamos en hallar alguna palabra que comenzase con carne, y adjudicarle un sobrenombre que implicara, al mismo tiempo, carne y frialdad.

—“Carne mustia, carne lisa” —enumeró Marta.

Atareada en acertar con un término justo y asíéndome del primero, “Carne lenta” le grité yo, y todas repetimos “carne lenta” con una voz regocijada.

Ella se fue al jardín y esa tarde se comportó más fríamente que nunca con el novio, que había venido a buscarla. Cuando se dirigieron hacia la glorieta, decidimos acercarnos, y sin comprender su pudor, pasamos junto a ellos, re-

petidas veces. Una de nosotras dijo en voz baja: "carnelenta", pero ella simuló no haber oído y al despedirse de nosotras, nos besó como siempre sin que ningún encono entibiara su abrazo.

Un mes antes de la fecha de casamiento, su novio sufrió un accidente que obligó a que le amputaran una pierna. Sospechamos que acaso lo abandonara, que buscaría un pretexto para no casarse con él. Pero sucedió lo contrario; jamás se separaron.

Sólo en una ocasión volvimos a decir "carnelenta". Aunque ella no se hallaba presente, descubrimos, de pronto, que habíamos sido injustas y que el sobrenombre retrocedía a nuestras bocas con ese tono de voz baja que tienen los grandes reproches.

Una vez descartado el problema de las gallinas, surgieron otros impedimentos tan difíciles de allanar que terminé por convencerme de que la única solución era permanecer soltera.

Bastaba imaginar el instante en que mi marido se quitase las medias, para que me recorriera un estremecimiento. Más que repulsión, temía que sus pies no fuesen correctos, o que ese gesto lo perjudicase hasta el extremo de dejar de quererlo. Sospechaba que una noche, después de inspeccionarlos, comentaría sus observaciones, las desventajas de los botines nuevos o de los desequilibrios atmosféricos. Aunque comprobara, diariamente, el recato que existía entre nosotros, llegué a persuadirme de que la intimidad conyugal implicaba la aceptación de muchas cosas dudosas, de que ningún gesto sería ocultado por el otro, y asediaba a la madre de preguntas, sin conseguir despreocuparme por mucho tiempo, a pesar de sus respuestas tranquilas y de las risas de todas mis hermanas.

La irritación que me proporcionaba cualquier frase relacionada con los pies, me indujo a pensar en las personas que hubiesen podido hablarme de ellos sin entibiar mi afec-

to, pero me bastó suponer que un ingeniero amigo de la casa arriesgara una alusión a ese respecto, para que se despojase de su apariencia misteriosa y refinada.

Existía, sin embargo, un inconveniente muchísimo más grave: la nariz.

No me importaba su forma, o su función respiratoria, sino la frecuencia con que algunos hombres se la tocan, se refieren a ella, se la acarician en actitud meditativa. Unos de mis mayores temores consistía en que alguno de mis amigos dejara de venir una tarde aduciendo un contratiempo nasal, pues aunque el hecho no me importunase, me hubiera considerado humillada al recibir un mensaje en que ella justificase una ausencia.

La nariz de una mujer, de un niño, aplastada y blanca contra un vidrio —que el público de los cinematógrafos festeja con demasiada frecuencia— me producía tanta repugnancia que la sola posibilidad de que una artista predilecta realizase ese gesto, era suficiente para que mi admiración decreciese, en el acto.

Ignoro la ventaja de quienes desconocen estos pequeños miedos que deambularon por mi niñez, pero sé que ellos influyeron en mis predilecciones hasta el extremo de anular un noviazgo prematuro.

Después de visitar nuestra casa durante varios meses, una tarde en que nos quedamos solos, me pidió papel y lápiz para copiar un poema que deseaba dejarme.

Sentado ante la mesa, procuraba recordar el comienzo, mientras ubicada en el lado opuesto yo contemplaba su rostro grande, sus manos delgadas y opacas. De pronto, una oleada de encono me obligó a levantarme para no mirarlo.

Al recostar el mentón sobre la palma de una mano, había extendido el dedo mayor para apoyarlo contra el extremo de su nariz. Intuí, inmediatamente, lo que ocurriría. No le bastó apoyar el dedo; lo fue empujando hacia arriba hasta conseguir que las fosas nasales se distendieran y que el extremo de la nariz palidciera en torno al sitio presionado por el dedo.

El gesto apenas duró unos segundos. Fueron suficientes para que me decepcionase definitivamente y experimentara un gran alivio al anunciarme que se marchaba.

No le bastaba con hacer girar sus pupilas constantemente. Cada mirada provocaba un movimiento simultáneo de la cabeza, como si sus ojos descoloridos pretendieran no dejar nada sin captar.

Ese perpetuo vaivén terminó por producirme una irritación difícil de reprimir.

—¿No puedes mirar sin mover la cabeza? —le preguntaba, incapaz de concebir que no supiera hacerlo, correctamente, a los dieciséis años.

Las noches en que todos nos reuníamos en la plaza, me desafiaba a adivinar el número de un tranvía que se hallaba a más de ocho cuadras de distancia. Era inútil que escrutase el letrero luminoso; jamás lograba distinguir su número hasta mucho después que él lo anunciaba. No tardé en enterarme, sin embargo, de que la disposición de las luces le permitía conocerlos desde lejos.

Cierta vez le pregunté cómo se arreglaba para dormir y si permanecía inmóvil durante el sueño. —“Tengo miedo —me contestó, con una voz angosta y seca—. Dicen que cuando uno mira algo fijamente, termina por perseguirlo.

Por eso yo miro las cosas de reojo, y no bien consigo ver una, paso enseguida a otra.”

—Es imposible que te persiga todo lo que ves —le contesté—. A lo sumo serán una o dos; el gato, alguna persona...

—“Una o dos” —me dijo, mientras sonreía, y se alejó repitiendo: “Una o dos...”

Cuando tuvo que hacer la conscripción, los médicos le examinaron los ojos y lo exceptuaron.

No sólo yo, mis hermanas, los vecinos, habíamos creído que poseía una vista sobrenatural. En realidad, se hallaba casi ciego.

Seis adolescencias alrededor de una mesa. Seis estómagos adultos en torno a un mantel donde los comestibles no ponían ninguna presencia reconfortante.

Eduardo y todas nosotras nos escudriñábamos los rostros para sorprender alguna distracción en nuestro apetito. Pero todos teníamos hambre. Un hambre íntegra, continua, definitiva.

Ese día me tocaba a mí el plato "extra". Cuando lo recuerdo, me estremezco de haber madrugado para ir al encuentro de lo que ya conocíamos insuficiente y para adelantarnos a la comodidad escasa, momentánea, de ese plato supernumerario.

En el cuarto de al lado alguien partía panes de Viena, recién salidos del horno, y los untaba con manteca.

Alrededor de la mesa, los otros cinco aguardaban, disimuladamente, la decisión de mi hambre. ¿Aceptaría o no? ¡Esa mañana me tocaba a mí! Se sentaron para beber su café con leche, apenas acompañado de un trozo de pan, y yo me acerqué decidida a mi asiento. El plato "extra" consistía de las migas que se desprenden de los panes cuando

se cortan rebanadas. Después de reunir las en un platito, las rociábamos con azúcar y nos servíamos de una cucharita para que duraran más. Como éramos seis, nos llegaba el turno una vez por semana.

Casi nunca incurrimos en la generosidad de alterar el orden preestablecido. Mientras retenía en mi boca las migas apenas apetitosas, sospechaba que los otros bajaban los ojos para no estorbarme con miradas demasiado elocuentes.

Teníamos el pudor del hambre. Si no cedíamos, a veces, ese plato "extra", era por pudor, por el pudor de quien tendría que disimular su entusiasmo. Nuestro hambre era un hambre púdica. Un hambre bien educada.

Después escaseó el plato extra. Descubrimos que el pan del día anterior era más accesible y abultaba más el estómago. Las miguitas de pan desaparecieron del menú.

Pero en la otra parte de la casa, alguien seguía despedazando los panes de Viena, y ese solo gesto, lleno de crujidos misteriosos, nos llenaba de odio.

Una noche, sin ninguna razón, se me ocurrió que sería terrible no poder resistir el impulso de manifestarle a alguna de mis amigas que su madre era estúpida o que su hermana preferida sólo merecía el calificativo de insignificante, de tonta. Pero decírselo con calma, sin emplear un tono de disculpa, ni ampararme en una disputa; de la manera más llana, simplemente, mientras tomásemos el té, delante de todos, como si recién lo comprobara. Al rato dejé de reflexionar en esos absurdos y terminé por dormirme, pero, algunos días después, durante la visita que hicimos, Susana y yo, a unos amigos que nos querían mucho, me asaltó repentinamente, la tentación de proclamar que el dueño de casa era un imbécil.

Sentí que el impulso se tornaba irrefrenable, y que una sensación extraña de rubor y de miedo me subía por las piernas. Mientras los demás charlaban y reían, yo aguardaba el momento propicio para decir "tu padre es un imbécil", tan serenamente como cuando se llega a una conclusión.

A fuerza de contenerme y repetirme que únicamente yo podría merecer ese calificativo, logré refrenar ese impulso.

pero fue necesario que dijera "tu padre", aprovechando un instante de bullicio y terminara la frase de cualquier manera, para experimentar un alivio.

A veces me alejaba de las personas, me encerraba en el baño y decía, en voz baja, lo que una fuerza interior pretendía obligarme a proclamar en voz alta. Otras, cambiaba el nombre y en vez de "tu madre es fea", decía: "fulano es feo" o "tu madre tiene un humor magnífico". Con frecuencia, al nombrar a las personas, la obsesión se tranquilizaba hasta desaparecer completamente. Una vez en calma, sentía lástima, ganas de llorar.

Nerviosa, vehemente, apresurada, la veíamos pasar cuando volvía de la escuela. A veces hablaba sola, pero otras iba pensativa, mirando hacia abajo. Su casa, lindera de nuestro jardín, nos permitía oír, desde las grandes higueras del fondo, las continuas recriminaciones de su madre.

Una tarde en que jugábamos a las escondidas, me oculté detrás de unas chapas de cinc situadas junto a la pared medianera. Mientras me buscaban oí un grito y una frase que no pude ahuyentar durante todo el día. Era la chica que veíamos pasar todas las tardes. Atormentada por no sé qué visiones terribles, el miedo que enronquecía su voz me obligó a salir de mi escondite. Mis hermanas también habían oído y todas juntas nos pusimos a escuchar, agazapadas contra la pared para impedir que nos vieran.

—“No me des de comer! ¡Pégame todo lo que quieras, pero no me encierres a oscuras! ¡Por favor, no me encierres a oscuras!”

Oímos el estampido seco de una cachetada y alcanzamos otro grito, más alejado:

—“¡No me encierres a oscuras!”

Después hubo un silencio largo. Seguramente ya se encontraba rodeada de soledad. Compadecidas, sugestionadas por el miedo que desteñía su voz, decidimos intervenir. Golpeamos las manos, varias veces, y como nadie acudiera, comenzamos a arrojar piedras contra el techo de la casa. Al oírlas rebotar sobre las chapas, la mujer se asomó, enfurecida.

Con la mayor dulzura posible, Irene le preguntó por qué no le infligía otro castigo a su hija, ya que el miedo a las tinieblas podría hacerle daño; pero la mujer refutó, encolerizada:

—“Yo sé lo que hago. Para eso soy su madre.”

Al día siguiente, cuando la vi regresar de la escuela, me acerqué y le dije:

—No debes desesperarte si te encierran en un cuarto oscuro. No te puede ocurrir nada, es como si tuvieras los ojos cerrados. Cuando tu madre compruebe que ya no te asustas, no te encerrará más. Debes aparentar que no te importa, aunque te mueras de miedo.

—“Lo haré” —me contestó, con una voz tan aterrada ante la sola posibilidad del castigo, que decidí engañarla y decirle que, después de castigarme en esa forma, habían desistido al comprobar que no me producía mayor efecto.

Esa noche, mientras me acostaba, pensé en la oscuridad y, por primera vez, me dio miedo. Resolví, sin embargo, realizar una experiencia para saber si el miedo podía transformarse en algo terrible, o si era posible acostumbrarse. Cerré las puertas y me imaginé rondando por el cuarto en busca de una salida o, por lo menos, de algún intersticio que dejase pasar una raya de luz.

El miedo me hizo perder, durante un momento, el triangulito de luz que entraba por la cerradura. Procuré tranquilizarme, vencer mi angustia. Desesperada, avancé a tientas entre los muebles, cuya ubicación retenía exactamente, y con un suspiro de alivio abrí, de par en par, la puerta.

A los diez años, ignoro por qué motivo, dejé de rezar, pero al enterarme, en Tronador, de que las demás lo seguían haciendo, comencé, de nuevo, a decir, Padrenuestros, Avemarias.

Una noche se me ocurrió que debía sacrificarme un poco más, ya que nunca iba a misa, y decidí rezar de rodillas, junto a la almohada, pero como dormía en un mismo cuarto con Irene, necesité apresurarme y hacerlo a oscuras para que no me viese.

A medida que me habituaba a rezar, la nómina de personas por las cuales pedía o agradecía algo, iba en aumento. Rezaba por la madre, por las hermanas -para que se casaran-, por los terrenos hipotecados en Mendoza, por la viejita que vendía diarios en la estación... porque el mundo no terminase de una manera catastrófica, pues en ese tiempo corría la noticia de que algunos habían preferido suicidarse a esperar la realización de esa profecía. Luego dividí la lista en tres partes; por los de mi casa, por lo más urgente y por lo que podía tener arreglo lento, pero rara vez logré hacerlo con calma, debido a que me era indispensable vigilar, constantemente, a Irene, para que no me sorprendiese.

Más tarde me pareció que esa postura resultaba demasiado cómoda y determiné arrodillarme en el suelo. El miedo de que alguien me viese me impedía rogar con tranquilidad a pesar de saber que las cinco compartíamos ese pudor.

En las raras ocasiones en que debimos persignarnos todas juntas, siempre procuramos hacerlo mientras las otras no mirasen, y más que por cualquier otro motivo, dejamos de asistir a misa por el temor de comportarnos mal, de arrodillarnos a destiempo, de que alguien nos mirase de una manera irónica, de que a alguna de nosotras se le ocurriera vigilar a las demás.

Una mañana en que, vestida para salir a tomar el tren, me arrodillé al lado de la cama para rezar, oí que Georgina daba vuelta el picaporte. Sin vacilar, me tiré al suelo y simulé que se me había caído algo debajo de la cama. Creo que Georgina sospechó lo que ocurría, porque me ruboricé. Pero nunca me dijo nada.

Una tarde, al regresar de la escuela, vimos a un individuo que discutía con la madre. La codicia con que miraba hacia el piano nos reveló, de inmediato, el motivo de su visita; días antes, otro sujeto semejante había coincidido con la ausencia definitiva de nuestra máquina de lavar.

Cuando el hombre se marchó, la madre nos dijo, con una voz en la cual el cansancio parecía más arraigado que nunca:

—“He decidido vender el piano.”

Unánimemente, nosotras intuimos que lo peor se aproximaba, pues aunque la hubiésemos presentado muchas veces, la venta del piano era algo en lo cual no consentíamos detenernos ni un instante. Ya habían desaparecido la consola, el enorme espejo de la sala, casi todos los muebles que trajimos de Mendoza, pero la entrega del piano significaba la pobreza sin disimulos, decisiva. Ni tan siquiera la venta de la mayor parte del jardín nos había entristecido tanto, ya que ningún cerco nos separaba aún de los árboles familiares, de los rincones más sombríos. Otra cosa era resignarnos a la falta del piano, pues él constituía cuanto dejara de

referirse a la pobreza, lo único que nos alcanzaba un olvido para ciertas actividades necesarias, aborrecidas y cotidianas como lavar los platos, cocinar, tender las camas. Una después de otra solíamos tocar algunas piezas, frente a las ventanas abiertas, persuadidas de que los vecinos salían a la vereda para escucharnos.

Esa noche decidimos que todas tocaríamos algo para despedirnos de él. La madre lo hizo antes que nadie, pero sus dedos se arrastraron sobre las teclas hasta que cesó, repentinamente, aduciendo que se sentía desganaada. Irene y Marta sólo se detuvieron algunos minutos. Luego tocó Georgina, quien sabía más música que las demás. Mi turno era el siguiente y el último.

Cuando me senté frente al piano, me pareció que ninguna despedida podría obtener ese acento responsivo, esa tristeza definitiva. Ya se habían retirado todas y yo continué tocando, largo rato, una pieza tras otra, como acostumbraba a hacerlo muchas veces para que me oyeran desde sus camas. Sin avergonzarme comprobé que una lágrima temblaba sobre las teclas y se escurría hacia adentro.

A la mañana siguiente vino un camión en su busca. Agrupados en las puertas, como si se tratara de un entierro, los vecinos comentaban el traslado. Detrás de las persianas, sin atrevernos a salir a la calle, nosotras contemplábamos el piano negro, silencioso, reluciente, hasta que, una vez instalado en el camión, lo cubrieron con unas lonas.

Un rato más tarde vimos que la madre se dirigía a su cuarto con algo apelotonado en una mano. Cuando entramos al salón, una de nosotras intentó una broma al notar que el sitio vacío se hallaba atestado de polvo, de telarañas. En silencio nos pusimos los delantales blancos y partimos hacia la escuela. La madre se quedó sola frente al rectángulo polvoriento.

Antes de los trece años, la honradez era para mí una norma que no consentía vacaciones. El anhelo de satisfacer una pequeña venganza me hizo incurrir en la tentación de infringirla. Pero siempre me retuvo la certeza de que no sólo iba a dañar a quien me proponía. Esta argumentación, por lo demás, se refiere únicamente a ciertas exigencias alimenticias contrariadas, con sobrada frecuencia, por la comida de los perros.

Más hábil que yo, más enterada de lo innecesario de la nutrición cuando es muy combatida, Marta, en cambio, pasaba ante ellos con un aire cansado e indiferente. Al divisarlos junto a la verja, o acurrucados durante la siesta en esa modorra provocada por las grandes comidas, yo sentía que un gesto de puño cerrado me molestaba adentro.

No era que dejase de quererlos. El grande, sobre todo, parecido a un ternero negro, me enternecía al plantarme sus enormes patas sucias y calientes sobre los hombros, al volver de una correría. El otro no me gustaba tanto. Era un perro ovejero que nos hacía pensar en esas hijas de familias numerosas que recién llegan cuando las finanzas florecen, aprenden a tocar el piano, cursan el Liceo de Señoritas, y poseen,

por lo común, un nombre con diminutivo y adherencias.

Habían llegado a nuestra casa acompañando a unos parientes que durante dos años la compartieron con nosotros.

A las diez de la mañana y a las cinco de la tarde, una aversión incontenible me separaba de los perros. Era la hora en que ingerían dos litros de leche y un kilo de pan, de ese pan crujiente que hoy mismo me deleita, y debíamos de asistir, todos los días, a ese espectáculo, procurando distraer la angustia de un apetito disciplinado a una frecuente ausencia de comestibles.

Era en tales momentos que la honradez me parecía una virtud difícil de sobrellevar, y en que hubiese deseado sustraer algún pan, siempre que los dueños de los perros se enteraran del robo, pues, de lo contrario, éste perdía gran parte de su interés.

La haraganería y el hartazgo de Marta, prepararon, entre tanto, una pequeña venganza que todas esperábamos por igual.

Habíamos dispuesto que cada una de nosotras lavaríamos, por turno, la cocina, los enseres nuestros y de los parientes, durante una semana. Mientras Irene, Georgina, Susana y yo nos encargábamos de la tarea, sabíamos que la vajilla no se reduciría mayormente, pero cuando llegaba el turno de Marta, preveíamos las consecuencias.

Poco a poco, con una apatía sistemática, sin histerismos, sin exclamaciones, sin negarse a cumplir con su obligación, sabíamos que dejaría caer, uno por uno, los platos, las copas, las tazas, para calmar su aversión por esa tarea que siempre nos pareció monstruosa y repetida. Cuando logró disimular la colección al número indispensable, nos dijo, sin la menor malevolencia, y sin ninguna satisfacción aparente:

—“Hay once platos playos, once soperos, once de postre, y el mismo número de tazas y de copas. Igual cosa acontece con los cubiertos. Esta mañana se me cayeron tres cucharas dentro del pozo y no pude sacarlas. Hagan el favor de tener cuidado.”

Cumplida esta primera parte del programa, con la misma apariencia fría y descuidada educó a los perros —demasiado aristócratas para que se les permitiera comer los res-

tos- a que lamieran los platos sucios. Uno por uno, los colocaba en fila para que, atraídos por ese sabor nuevo, los perros se abalanzaran sobre ellos, hasta que, ya relucientes los situaba con gran cuidado, bajo la canilla abierta.

Ahora sospecho que lo que aparentaba ser rencor, era, en realidad, descontento. El sistema obtuvo, al menos, una finalidad que no se había propuesto: los perros la querían, sin comprenderla.

Cuando el apetito estimulaba nuestra imaginación, Susana, Eduardo y yo nos reuníamos para resolver la forma más adecuada de conseguir unas monedas. Las hermanas mayores no intervenían en estas apremiantes disposiciones, ni se hallaban enteradas, como nosotros, del valor de las botellas vacías, de las cañerías averiadas, de los sombreros en desuso, ni eran capaces de reconocer a qué ramo correspondía el grito del comprador que resonaba en la cuadra.

Nosotros en cambio, sabíamos apreciar, en la primera ojeada, una canilla en mal estado, la inestabilidad de un tabique capaz de proporcionarnos algún tirante negociable, los recursos que podría brindarnos un sobretodo olvidado en un baúl del sótano.

Esta manera de ahuyentar el apetito nos costó, sin embargo, dos disgustos que nos obligaron, muy a pesar nuestro, a desistir de esas maquinaciones alimenticias.

El primer encuentro con rostros adustos y recriminaciones ocurrió cuando al oír la voz del viejito que compraba zapatos usados a \$1,50 el kilo, salimos a la calle para ofrecerle un par de magníficas botas de señora, que habían cos-

tado \$45, y por las cuales percibimos la estimulante suma de \$1,65.

El otro provino de que nuestra generosidad culinaria nos instigó a facilitar que la familia usufructuase de unos huevos pasados por agua.

El vecino del fondo poseía un gallinero bien surtido de gallinas ponedoras, separadas de nuestro jardín por una pared que apenas nos llegaba a los hombros. Una tarde en que el cacareo regocijado de una gallina repercutió en nuestros estómagos con una nostalgia definitiva y seductora, decidimos ejecutar un plan, postergado repetidas veces.

Provistos de una caña, a cuyo extremo habíamos sujetado una latita de manera que pudiese oscilar mediante una cuerda, al oír el primer cacareo trepamos a la tapia para aproximar el recipiente, y un solo tirón bastó para que el huevo rodara dentro de la lata, sin el menor tropiezo.

Durante las dos horas que duró esa maniobra, sólo obtuvimos media docena de huevos, debido a que las gallinas no observaban un horario fijo, pero la tarea no pudo ser más cómoda, pues ellas se encargaban de anunciar el momento en que acababan de poner un huevo.

Por espacio de una semana llegamos a pescar casi todos los huevos del gallinero, pero el cacareo tan beneficioso malogró el sistema. Harto de acudir a ese llamado absurdo, sin encontrar ningún rastro benemérito, el vecino sospechó que ocurría algo inusitado, puesto que resultaba inverosímil suponer un engaño tan reiterado por parte de las gallináceas.

Una mañana en que, mediante mil subterfugios, atraíamos un huevo a la latita, el rostro congestionado del vecino irrumpió desde atrás en un cajón y, esa misma tarde, un alambre tejido nos distanció, para siempre, de ese deporte nutritivo.

A los catorce años, uno de mis pasatiempos predilectos fue gritar desaforadamente, y cuando ya no podía más, reírme, reírme despacito al comienzo e ir en aumento hasta que las carcajadas resonaran en toda la cuadra. Susana y Eduardo me acompañaban a pasar tardes enteras sentados en los umbrales de las casas vecinas, riéndonos hasta que los ocupantes nos rogaban que nos marcháramos.

Otras veces me ponía un chambergo de hombre y, envuelta en un poncho, trepaba al techo de la cocina desde el cual me era posible contemplar el interior de las casas circundantes, y después de arrojar algunos ladrillos sobre las chapas para atraer la atención de los vecinos, iniciaba mi discurso.

Inmediatamente de vociferar dos o tres palabras en distintos idiomas, llamaba a todos los vecinos por sus nombres, con una voz estentórea, y cuando algunas cabezas recelosas comenzaban a asomar sobre las tapias, mi voz y mi gesticulación adquirían tal énfasis que mis gritos terminaban por rebotar contra las puertas, contra los vidrios de las ventanas, contra los techos de cinc.

A veces inquisitiva, otras, irónica, a los improprios seguían párrafos en inglés, en francés, frases dislocadas, el nombre de algún vecino, los escasos términos italianos y noruegos que conocía, insultos colectivos, una carcajada estridente, un verso amanerado. Si algún vecino incurría en la tentación de desaprobarme o de aplaudir, arreciaban los insultos, mi insuficiencia políglota, mi gesticulación arbitraria, los golpes contra las chapas de cinc.

Cuando sospechaba que mis gritos no tardarían en negarse a salir de mi boca, ejecutaba ejercicios de equilibrio sobre la tapia para comenzar, después de un momento, la segunda parte de mi programa. Una risa apenas perceptible se iba transformando, paulatinamente y sin alterar mi seriedad, en una carcajada seca como un estampido, a la que sucedían otras cuya precipitación me obliga, hoy mismo, a sonreír.

Envuelta en el poncho, la cara enrojecida, el chambergo echado sobre los ojos, proseguía imperturbable esa tarea que, por lo general, duraba más de una hora, hasta que, ya sin voz, descendía muy seria y me encerraba en mi cuarto.

Por más que procurase erguir la cabeza, siempre se le inclinaba hacia un lado. Demasiado grande, demasiado pálida, parecía que le fatigara la espalda, los brazos, los redondeles celestes de sus ojos, más fríos que su piel tranquila un poco húmeda.

Su madre me permitió cuidarlo algunas tardes hasta que, poco a poco, se fue habituando a dejarlo conmigo. Su modo de mirar, de venir hacia mí con una seriedad inusitada, me atraía mucho más que cualquiera otra distracción. Al reposar su cabeza grande entre mis brazos durante horas enteras, experimentaba tal gratitud por ese cansancio que me endurecía la espalda que, para prolongarla, retardaba en lo posible el momento de acostarlo, como cuando permanecemos en la cama, largo rato, en una postura incómoda, para saborear el instante de darnos vuelta. Una vez dormido, sin embargo, me invadía invariablemente el mismo miedo, me imaginaba que su cabeza podría tornarse tan pesada que se me cayera de los brazos.

Durante todo el tiempo que vigilé sus comidas, mi ternura cometió un solo descuido y le quemé, levemente, la

boca. Supuse que sufriría toda la noche, que acaso muriese, que su llanto pequeño, casi silencioso, encubría, mucho más que un reproche, una tristeza oculta.

Unos meses más tarde su padre me alejó de la casa, porque su excepcional penetración fisonómica lo había persuadido de que mi boca poseía ciertos indicios de una maldad latente.

Su casa apenas distaba una cuadra de la nuestra. En vano me miraba desde la verja con sus grandes redondeles celestes que ya parecían más fríos. Yo tenía que pasar sin detenerme y mirarlo desde lejos o, trepada a la pared de nuestra quinta, divisarlo en el balcón, en las mañanas de sol.

Una tarde habló de cosas serias y pidió que le trajeran rosas blancas al cuarto. Su cabeza grande se hallaba tirada sobre la cama, su cabeza nunca tuvo fiebre.

Cuando me llamaron para que lo viera y me hallé frente al pequeño cajón blanco, tuve, por primera vez, una sensación de injusticia. Su padre se hallaba presente, pero no le dije nada. Recordé que mi boca era de persona mala y sólo pude permanecer con los ojos clavados en la cabeza dulce y seria, que desde tanto tiempo no acariciaba.

Al alejarme me pareció que siempre lo había imaginado así, quietito, detrás de sus redondeles celestes.

Después de sorprenderme, varias veces, frente al espejo, la madre me aconsejó que cesara de investigar la manera más decorativa de recoger mis cabellos y accediera a dejármelos cortar. No tuve necesidad de emplear una argumentación muy persuasiva para que Susana se decidiese a acompañarme. Bastó enterarla de mi propósito para que evidenciara su interés por asistir a una experiencia que, eventualmente, podría serle útil.

Cuando salimos de la peluquería, apenas logramos disimular nuestro regocijo. El nuevo peinado aminoraba el tono rojizo de mis cabellos y ofrecía a los suyos una solución inesperada. Hubiéramos deseado no postergar, ni un minuto, la sorpresa y la algazara que suscitaríamos en casa, pero un encuentro imprevisto contrarió esa impaciencia: al franquear nuestra verja tropezamos con el jardinero.

Gigantesco, fornido, ya entrado en años, poseía unas manos de dimensiones exorbitantes; unos dedos tres veces más largos y más gruesos que los nuestros. Todas las mañanas, al saludarnos a Susana y a mí, apoyaba el mayor contra uno de nuestros hombros, y ese solo gesto, que pare-

cía hecho al descuido, era suficiente para impelernos hacia delante, para hacernos trastabillar si nos encontraba desprevenidas.

Resueltas a evitarlo, yo intenté ocultarme tras uno de los pilares del portón, mientras Susana corría hacia la casa. Mi estrategia obtuvo tan poco éxito como la suya. El jardinero se interpuso en su camino y, después de darle los buenos días, la empujó en el hombro con su dedo fabuloso. Resignada a cumplir ese rito ineludible, decidí afrontarlo, de inmediato.

Después de mirarme con un aire indeciso como si, de pronto, no me conociera tanto, extendió la mano y, sin tocarme, me señaló con el índice. Durante un momento esperé que subrayara su saludo con el empujón habitual, hasta que comprendí que ya nunca me empujaría más.

Inmóvil ante él, una sensación de vacío se fue agudizando poco a poco. Me pareció que me alejaba de lo que había sido hasta ese instante y que, al distenderse hacia mí, ese dedo me señalaba algo desconocido en que me iría internando, paso a paso; algo que, al ofrecerme otras emociones y otros riesgos, me apartaría, paulatinamente, de todas las pequeñas incidencias, de todos los pequeños miedos, de todas las manías... de toda la ternura que recorrió mi infancia.

Índice

PRÓLOGO

"Una tal Norah Lange", por Sylvia Molloy .. 9

LA CALLE DE LA TARDE .. 29

POEMAS EN PROSA .. 31

Sentir cerca de mí .. 31

La tarde se ha extendido .. 32

En nuestros labios .. 33

Él acogió mi tristeza .. 34

Siento que una multitud .. 35

Siempre .. 36

Fuimos y volvimos .. 37

Él vino a mí .. 38

Tres poemas .. 39

Te alejas .. 40

Recuerdo .. 41

Anochecer .. 42

Jornada .. 43

La tarde se va .. 44